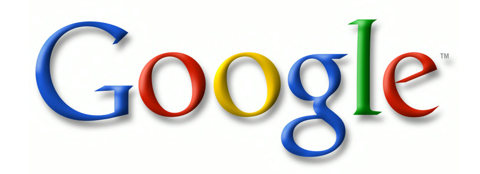


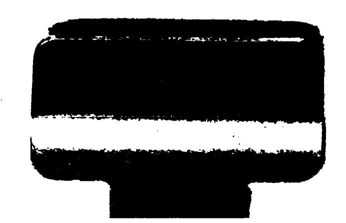
F. GIL MARISCA





RIE


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

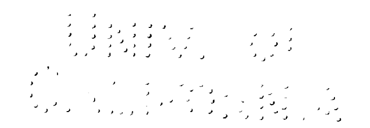



RIE

FERNANDO GIL MARISCAL

R I E

RELATOS DE AMENO ENTRETENIMIENTO



MADRID

IMPRENTA DE JUAN PUEYO

Luna, 29.—Teléf. 14-30.

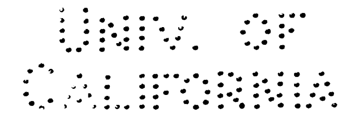
1918

Al Excmo. Sr.

D. Joaquín Chapaprieta

Testimonio de admiración al político ilustre; homenaje de gratitud y respeto al Maestro querido.

Fernando.



A MANERA DE INTRODUCCION

El coche del bolo.

Tropiezo poco grato para muchas gentes suele ser el encuentro de un cortejo fúnebre. Algunos incluso llegan á reputar de mal agüero el toparse de manos á boca con el entierro de un semejante que de indiscreto modo se atraviesa á su paso, viniendo tal vez á perturbar una digestión empezada con los mejores auspicios.

Sin embargo, es fuerza reconocer que en esto como en todo se va progresando bastante. Ya no es raro, ni mucho menos, ver detenidos voluntaria y plácidamente, ante una carroza mortuoria, á transeuntes pacíficos, que saludan corteses al prójimo que silencioso se despide, y que luego, haciendo trípode con el bastón, se entregan serena y reposadamente á pensamientos filosóficos, luciendo en los labios una sonrisa amable.

Realmente, al hacer aspavientos ante un entierro, somos por lo menos injustos con la madre Naturaleza, que cariñosamente nos prodiga para nuestro solaz y recreo un espectáculo moral y entretenido. Y el hacer

ante su paso gestos de desagrado, el ponerse tristes y melancólicos, el sentir escalofríos á lo largo de la espina dorsal, es algo atávico é incivil que de buena gana denominaríamos irracional, si con ello no infiriéramos grave ofensa á los animales, quienes en ésta, cual en otras muchas materias, nos dan lecciones que orgullosamente despreciamos. Ningún perro pierde su tiempo derramando lágrimas sobre el cadáver de otro perro, ni se alborota, ni se excita, ni se entenebrece cuando le ve pasar arrastrado de una pata, forma la más usual de enterramientos caninos. A lo sumo, hace una ligera y estoica consideración acerca de las pequeñeces terrenas y de las vanidades perrunas, y en seguida marcha diligente á atender á sus propias cosas y negocios.

Nuestros egoístas terrores nos hacen desperdiciar muchas sensaciones estéticas. Un entierro es espectáculo siempre nuevo; puede ser emocionante y sensacional; por la brevedad de su representación no produce nunca en el mero espectador hastío ni fatiga cerebral; es sencillo en su argumento y de variedad infinita en sus manifestaciones; ninguno como él se presta á más consideraciones ni puede dar mayor diversidad de temas para ejercitar las facultades intelectuales; su actualidad no decae nunca. Por último, en la generalidad de los casos, es completamente gratuito. Cualidades son éstas que le dan méritos sobrados para obtener la primacía entre todos los espectáculos públicos, salvando y respetando entre nosotros los españoles—¡claro es!— los sagrados derechos adquiridos por el *espectáculo nacional.*

Los que por suerte ó por desgracia en la Coronada Villa vivimos, bien podemos decir que en esta materia

no nos privamos de nada, absolutamente de nada. Aquí la variedad es completa.

¿Cabe, á decir verdad, algo más grandioso y admirable que el regio cortejo fúnebre de las *Glorias nacionales?*

Cubierta de coronas, cuajada de flores, avanza majestuosa la carroza, dejando entrever apenas los cincelados herrajes del arcón que guarda los preciosos restos. Allí la Parca, inexorable, redujo á polvo frío al hombre que, generoso, sacrificó su poderosa mentalidad por amor y en beneficio de sus conciudadanos.

Formando conjunto armónico ondulan cadenciosas las empolvadas pelucas de cocheros y lacayos, y los sombreros de tres candiles y las prusianas casacas se mueven solemnes al mismo compás. Con gravedad impropia de su animal condición, arrastran los caballos las galoneadas gualdrapas y azotan melancólicos el aire con sus penachos negros.

Detrás los huérfanos marchan y, en familiar confusión, los hijos y los hijos políticos á los sobrinos se unen, y los nietos y los biznietos y los nietos políticos y los biznietos políticos del brazo van de los primos y de los hermanos y de los primos políticos y de los hermanos políticos y de los sobrinos políticos y de los demás parientes y de las demás parientes políticos... En sus pechos brillan las sedas, las cruces y las placas; á sus costados asoman pulidas llaves doradas y empuñaduras auríferas de espadines, y el viento acaricia y juega con el plumón rizado de avestruz que ribetea los tricornios flamantes que sus cabezas tocan. La orfandad en sus semblantes se retrata; una tristeza infinita les anubla los ojos, y hasta los tataranietos y los tataranietos políticos, al levantar al cielo sus ma-

necitas de rosa y al separar sus boquitas de fresa del ubérrimo pezón de la nodriza, exhalando tiernos vagidos, parecen querer decir con el divino poeta:

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo escuro
con soledad y llanto
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Después la comitiva avanza y los sombreros de copa y las levitas negras inundan de tinieblas el espacio; y las tinieblas se salpican con abigarrados uniformes, con guerreros cascos, con los apuntados sombreros de los altos funcionarios, con los bonetes y capelos de los dignatarios eclesiásticos, con penachos de plumas de múltiples colores.

Y la seda sigue brillando, y el oro sigue refulgiendo... y el buen pueblo, embobado, contempla absorto el dolor mudo de tanta grandeza, de magnificencia tanta.

La patria llora en los parches destemplados y gime inconsolable en los desgarradores sonidos de los clarines roncos. La Iglesia eleva sus preces en cánticos funerales. Como espuma rizada por las olas oscilan las mangas perdidas de las blancas sobrepellices; barren el polvo, recamadas en oro, las capas pluviales, y los profundos ecos de los sochantres, apoyándose en coros de acólitos y sacristanes, imploran del Altísimo piedad... Y las amatistas de los diocesanos fulguran junto á las esmeraldas cardenalicias, y pasan abades mitrados y pasan abades benditos y pasan reverendos padres de faz cetrina, de caladas gafas, terciado el manteo, flotando al aire la colgante mano.

La dolorida serpiente de esplendorosos anillos rematada por informe cola de coches y automóviles prosigue deslizándose, en marcha lenta y continua, y extiéndese y se ensancha en plazas y paseos, y se encoge y se alarga por los recodos de las calles, y bajando cuestas y subiendo lomas, siempre ondulosa, magnífica y brillante, va trasponiendo los horizontes sucesivos hasta desaparecer del todo en su mayestática carrera.

Grandiosidades tales, como fácilmente puede comprenderse, no son para vistas y admiradas en todos los días del año. Más corriente y usual es, por ejemplo, hacer observaciones á propósito de algún opulento chocolatero cuya vida dedicada á la sustitución pacífica y metódica del cacao por sus más ó menos limpios similares le permite morir colmado de consideraciones y de bendiciones, exhibiendo en su esquela todos los tratamientos, honores, títulos ó condecoraciones en que se tradujo el agradecimiento de tres ó cuatro generaciones de compatriotas, consumidores de la sabrosa mixtura.

Otras veces es el noble aristócrata, heredero de cien gloriosos apellidos, ramas frondosas del secular árbol genealógico que hunde sus raíces en el ombligo valeroso de un héroe de las Cruzadas. Envuelto en sudario de pergaminos, con orgulloso talante emprende el viaje eterno acompañado del nubarrón de acreedores que escolta le dieron durante toda su vida.

También suele ser la piadosa dama cuya virginidad pulida por quince lustros de primaveras avanza guardada preciosamente en alba caja de raso, esperando sea llegada la hora en que rompiendo mármoles y bronces pueda volar á recoger el premio que por sus

virtudes supo merecer y que el agradecimiento póstumo de una comunidad entera habrá de asegurarle.

Otras es el acaudalado notario que á la elaboración de *instrumentos* consagró ventajosamente su laboriosa existencia, y cuya panza combando la tapa del ataúd parece resistirse á ser enterrada dando fe de vida, como si aun se considerase capacitada para seguir ejerciendo sus notariales funciones.

Y otras es el hombre correcto que sin romperse ni mancharse, sin hacer bien y sin causar mal vivió entre sus semejantes haciendo un culto de su egoísta corrección, el cual correctamente se deja arrastrar hacia otro mundo donde pueda igualmente atender á los cuidados de su personalidad sin ajenas preocupaciones.

Y otras es el bravo militar á quien el cuidado de los intereses que la patria en sus manos puso no impidió el cuidado y fomento de los propios intereses.

Y otras es el abogado ilustre, catequista milagroso cuyas manos de santo convirtieron en buenos, con sólo tocarlos, los peores y más empecatados asuntos.

Y otras es el bellaco farsante y vocinglero que inquieto se revuelve todavía, pugnando por hilvanar un discurso de ultratumba, pletórico, como suyo, de ampulosidades y mentiras.

Y otras es el avaro que se encoge y se retuerce y cuya boca contraída, más por la codicia que por la muerte, gruñe sordamente el dispendioso gasto de su sepelio.

Y otras es el tramposo que ahoga las carcajadas para que sus afligidos herederos no se den cuenta de la situación en que les deja, hasta que él se vea puesto á salvo de sus iras.

Y otras es el médico renombrado, y el pacífico

rentista, y el prestigioso industrial, y el silencioso escribano...

Y algunas es el luchador que rindió su vida en holocausto de un ideal, á quien no aguarda la paz ni aun en el sepulcro, pues á él se asomarán para remover sus cenizas los odios de hiena de sus enemigos.

Y algunas es el más afortunado hombre público á quien la envidia persiguió en vida, que por toda fortuna lega á sus hijos un nombre afamado y á quien cabrá la suerte de oir desde la tumba los elogios tardíos que á su memoria se tributan.

Y algunas es el juez honrado á quien la toga sirve de mortaja, tanto para mostrar su amor imperecedero á la función augusta que la sociedad le encomendó, cuanto para tapar los rotos y descosidos y los verdes tornasoles de su raída levita.

Y algunas es el maestro de escuela á quien el hambre continúa atormentando las entrañas sin permitirle dormir con tranquilidad el sueño eterno.

....

Pero no son las carrozas lujosas cubiertas de galas y seguidas de brillante séquito, ni son tampoco los modestos coches de parco cortejo los que más atraen nuestra atención...

Lector, ¿no has tropezado alguna vez con un ataúd humilde que marcha solo, sin acompañamiento de ningún género hacia la última morada?

Es un coche viejo y destartalado, embadurnado toscamente de negro y amarillo. El conductor, un gañán macabramente grosero, fuma, aburrido, en el pescante. Los desencuadernados jamelgos, mal cubiertas de piel sus descarnadas osamentas, tiran de mala

gana. Y el vehículo tiembla y cruje cual si también de caminar harto estuviera.

Ni una corona, ni un adorno, ni el más leve signo revelador de que aquel desdichado sér deja tras sí un vínculo de afecto.

Es el *coche del bolo*.

La sociedad, que para sus elegidos tiene galas de oro, de flores y de seda, tiene también para los infortunados á quienes en vida persiguió, un gesto de piedad, siquiera en muchos casos un gesto hipócrita, un sarcasmo sea. El infeliz jornalero que un año y otro regó la tierra con el sudor de su cuerpo hasta caer reventado en el surco que su arado abrió; el miserable mendigo á quien la pobreza colectiva resultante de los egoísmos individuales lanzó y retuvo en la senda de la vagancia; el que por propias ó por ajenas culpas fallece en el hospital; y hasta el desventurado que en el cadalso expía sus crímenes, porque la sociedad que no pudo ó no supo evitarlos tampoco sabe ó puede redimirle; todos, incluso los que ella misma mata, van amparados en su viaje postrero por los brazos de una cruz.

La cruz, para los creyentes, es la promesa cierta de la bienaventuranza. Para los incrédulos será siempre un símbolo consolador: el de que la divinidad toma parte en los humanos dolores.

Pues el *coche del bolo* ni aun ese signo ostenta.

Un bolo, un pedazo de madera torneada, álzase en el lugar donde la cruz habitualmente domina. La sociedad castiga á aquel miembro suyo que no pudo, que no supo ó que no quiso adaptarse á sus normas, negándole no sólo su propia misericordia, sino también la esperanza de una misericordia futura.

Y sin embargo, nunca más oportuna la piedad fuera. Bajo aquellas rígidas tablas, por ninguna concupiscencia curvadas y de toda vanidad desnudas, una tragedia se oculta.

No es necesario preguntar á nadie; no hay por qué hacer averiguaciones; el silencio del solitario coche es por demás elocuente. Conduce á un hombre sin familia, que no deja en el mundo un solo amigo, á un hombre para quien el mundo una tortura fué.

¿Murió tal vez en la cama de un hospital, rechazando en el instante supremo los auxilios de una religión, porque en su fe no comulgaba? ¿Fué un suicida que puso fin á sus días porque la vida intolerable le resultó?

De cualquier modo, un sér humano fué que sufrió mucho, y que por su soledad fué doblemente desgraciado.

Por eso, lector, cuando en tu camino encuentres un coche solitario de estos que en un bolo se rematan, pídote para el infeliz que le ocupa una mirada de piedad...

Pero tampoco quiero que te entristezcas, lector mío. Ríe, ríe siempre. No olvides que la risa es la más perceptible superioridad del hombre sobre el bruto; y guarda tus tristezas para el día en que, solo ó acompañado, con galas ó sin ellas, con cánticos ó en silencio, con cruz ó con bolo, te lleven en tu coche —ya que andando nunca consentiremos que vayas—, y te veas aprisionado entre las cuatro tablas de tu ataúd.

Y si seguir mi consejo quieres, ni aun entonces te entristezcas; sonríete por lo menos todavía. Para lo que por aquí abajo se guisa...

Ya lo dijo Miguel de los Santos Álvarez, y lo repi-

tió Espronceda, de quien yo lo tomo bajo su responsabilidad, pues no quiero cargar mi conciencia con comentarios de índole tan delicada:

«¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!
Como de Dios al fin obra maestra!...»

«E PUR SI MUOVE»

Mosén Jacinto vivía complacido de sí mismo. Tanto lo estaba, que algunas veces, recluído en el secreto de su conciencia, se preguntaba si su interior satisfacción no sería vanidad que pugnara con la modestia evangélica que debía asistirle como pastor del rebaño de fieles. Porque mosén Jacinto, además de hombre culto y amante de las bellas artes, era bueno y humilde.

Realmente, aunque algo de vanidad hubiera, que no la había, en su regocijo interno, merecía disculpa.

Cuando mosén Jacinto se hizo cargo de la parroquia, ganada en brillante lid, había encontrado la vetusta colegiata en el mayor abandono. Allí puso á prueba su temperamento de artista para restaurar, en lo posible, aquella que en tiempos fué una joya cincelada por el sentimiento religioso del mismo pueblo que ahora la veía desaparecer con indiferencia.

En sus portadas bizantinas, con adiciones del renacimiento greco-romano; en sus amplias naves ojivales, en sus mutilados sepulcros de la Edad Media, en sus capillas barrocas, mosén Jacinto leía como en un libro

la historia completa de la iglesia. Horas enteras pasaba en la penosa labor de hacer resurgir las delicadas formas de la piedra labrada, que manos ignorantes habían hecho desaparecer bajo sucesivas capas de cal.

En la sacristía se extasiaba ante el retablo de primitivos, desahuciado del altar mayor para ser sustituído por otro con imágenes de bulto, más brillante y más adornado. En él había invertido muchas tardes frotando sus tablas ennegrecidas con patatas frescas y con cebollas hasta hacerlas recuperar sus colores. Al final de su contemplación, mosén Jacinto seguía con la vista las líneas del retablo, bárbaramente aserrado para que encajase en la pared, y sonreía con tristeza.

Otras veces se le veía bajar por la escalera de la torre con la sotana llena de telarañas y llevando en la mano un trozo de casulla ó algún santo sin brazos y sin narices, que había encontrado en los huecos de las bóvedas...

Cayetano, el sacristán, le decía que aquellas cosas viejas nunca valieron nada, y que más mérito tenía, á su juicio, el relicario de San Pablo, de plata maciza, que no lo podía levantar un hombre, ó la imagen de cera de Santa Victoria, que parecía *mismamente* que estaba dormida.

Mosén Jacinto sonreía y no contestaba nada.



—Que sí, mosén, que lo he visto yo y que es la verdad como que me tengo que morir... Ha abierto los

ojos y ha movido la cabeza... y me ha sacado la lengua...

—Pero, hombre, ¿no dices que es una calavera?... Pues las calaveras no tienen ojos ni lengua... Vamos, sosiégate y cuéntame cómo pasó.

El raquítico mozo, con la voz entrecortada aún por el espanto, relató:

—Pues mire usted, mosén, estaba yo cavando la huesa para la médica, que murió anoche... Como ahora vamos por la parte de la *cañailla*, por donde enterraban el año del cólera, siempre se tropiezan huesos... Pues cuando ya no me faltaba ni tanto así que *ajondar*, tropecé con ella... La eché arriba con la pala, y sigo *ajondando*...; pero en esto me veo que me empiezan á tirar tierra y cantos..., miro para arriba y me veo la calavera que estaba dando brincos...

Mosén Jacinto sonrió con dulzura:

—Todo eso es miedo, hombre, nada más que miedo... ¿Cuánto tiempo llevas en el oficio?

—Ya va para seis años, mosén... Pero no es miedo, que es mucha verdad. El miedo me lo quitó mi padre, que me entró una noche un esqueleto entero que relumbraba...

—Bueno, hombre, bueno; pues anda y no digas nada á nadie, que ya voy yo para allá.

El asustado muchacho salió temblando todavía.

Mosén Jacinto sopló por última vez en los geométricos dibujos del capitel. Miró un momento, mientras guardaba su navajita, la ventana absidal que libertaba de su envoltura calcárea y pasó á la sacristía. Después de cepillarse un poco la sotana, iba á salir, y ya estaba en la puerta, cuando se detuvo indeciso. Al fin, dirigióse á la percha, se echó el manteo sobre los hom-

bros y de encima de una mesita de divergentes patas salomónicas tomó una caldereta de metal con un hisopo.



—¡Allí está, mosén! ¡Allí está!

—¡Ahora mismico ha pegado un salto!

—¡Es el enemigo!

—¡Le echan chispas los ojos!

—¡Tiene los malos!

—¡Allí, mosén! ¡Allí!...

Mosén Jacinto, siguiendo la dirección de veinte manos, que señalaban á un lugar del que parecía querían huir todos, encaminóse hacia una fosa recién abierta, que rodeaban montones de tierra fresca.

El grupo compacto de viejas, mozas, hombres y muchachos le siguió. La presencia del sacerdote infundía ánimo á las sencillas gentes, cuya curiosidad superaba á su terror.

Se oían las pisadas.

Las manos secas y arrugadas de las beatas apretaban convulsivas las gruesas cuentas de sus rosarios. Sus labios de pergamino musitaban rezos, interrumpidos de rato en rato por ahogados suspiros...

El joven párroco quedó parado ante la abierta tumba.

Al borde de ella, en un montículo de tierra, una calavera monda y desdentada, con color amarillento de vejez y de humedad, descansaba sobre su base y parecía mirar con las vacías cuencas de sus ojos á los recién llegados.

Mosén Jacinto contempló breves momentos el fúnebre despojo La sonrisa animó su semblante. El cráneo estaba inmóvil.

Iba á volverse hacia sus acompañantes, amonestándoles para lo sucesivo con benévolo reproche, cuando la calavera, como si siguiera el hilo de sus pensamientos, movióse pausadamente en signo dubitativo.

Mosén Jacinto quedó clavado en el suelo. La risa cayó de sus labios. La realidad se imponía.

Algunas mozuelas huyeron; las viejas chillaron.

El sacerdote se resistía á admitir la intervención de lo sobrenatural en aquel suceso extraño. Miraba fijamente á la calavera, y la calavera le devolvía las miradas con sus órbitas huecas, en cuyo fondo se acertaba á vislumbrar algo que chispeaba fosforescente y satánico.

El cementerio empezaba á verdear al influjo de la primavera. El sol doraba una pequeña pirámide de piedra toscamente labrada, que en una de sus caras contenía un nombre y una fecha. A su lado, una cruz de hierro, tomado de orín, sostenía una lápida, también de hierro, en la que ya no se leía nada. Más allá, un pequeño sepulcro de mármol blanco mostraba un angelito, que, llevándose ambas manos á los ojos, parecía reir y llorar á un mismo tiempo.

Mosén Jacinto, abstraído, posaba su mirada sobre todo, como si demandara á la Naturaleza una explicación racional de aquella endemoniada brujería.

A sus pies crujió el débil travesaño de una cruz de madera, pintada de negro con letras blancas.

Un grito brotó en todas las gargantas.

La calavera, en un movimiento rápido, casi nervio-

so, había alzado su macabra faz, en cuyas angulosidades oscilaban las sombras, y un instante había mostrado la sonrisa siniestra y repugnante de sus dientes rotos.

—¡Es el enemigo!

—¡Es el maldito!

Mosén Jacinto, aturdido por las voces que á sus espaldas oía, y como si le decidieran éstas más que su propia voluntad, sacó la escondida caldereta y, alzando el brazo, roció la calavera con agua bendita.

Las viejas tapáronse los ojos, temiendo ver salir los retorcidos cuernos, los rabos enroscados, las peludas patas de cabra...

Pero la calavera, como si los exorcismos no rezaran con ella, continuaba moviéndose...

Y ahora su movimiento era pausado, y su macabra fisonomía dibujaba una sonrisa sarcástica de burla y de desafío.

Ya estaban todos desconcertados, cuando Policarpo, el enterrador, á quien nadie viera venir, se presentó:

—¡Ah, ladrón!—gritó, apenas se dió cuenta del sitio que ocupaba la fosa—. ¡Ah, reladrón y maldito, que hasta después de más de veinte años de comer tierra, «entoavía» has de dar ruido!

Y dirigiéndose al párroco:

—Este es, mosén, el usurerazo de don Agapito, que chupó la sangre de los pobres hasta más allá de los noventa, en que se murió... y que ahora sale de los infiernos... Sí, ésos son sus ojos de murciélago sin entrañas... ¡Ah, recondenao, reladrón!...

Nadie pretendió evitarlo. Con ambas manos alzó la pala y, dejándola caer, partió en dos la calavera...

Y un hermoso lagarto verde, con metálicos reflejos dorados, que fulguraban bajo los rayos del sol, salió de la cavidad rota. Miró un momento, asustado, á la asustada concurrencia, y después se alejó rápido, con el rabo partido por la pala del enterrador.

UN BUEN SERVICIO

Me habían recomendado un clima seco y de altura, y en Rabanales encontró alivio mi dolencia.

Sin embargo, pasados unos días el tedio se apoderó de mí. Cuando un forastero no siente afición por la bebida, ni le seduce el tapete verde, ni halla gran placer en arrancar tiras del pellejo de su prójimo en el Casino, lleva mucho adelantado para aburrirse en un pueblo. Yo me aburrí soberanamente, y valga la inmodestia.

Hacía ya mis preparativos de marcha, cuando llegó á Rabanales, de temporada, Vicente Torres, diputado provincial por el distrito, perteneciente al llamado partido católico.

Aunque distanciados en ideas, simpatizamos bastante. A ello debió contribuir en gran medida nuestras correrías artísticas por los pueblecillos de los alrededores, pródigos en recuerdos arqueológicos. También había en nuestras relaciones algo de curiosidad por analizarnos mutuamente, curiosidad fácilmente explicable entre personas que piensan de modo diferente y soportada con gusto entre personas medianamente educadas.

A Vicente Torres debí mi conocimiento con el teniente de la Guardia civil Jorge Sanromán. Era éste hombre joven, simpático, dicharachero, y entusiasta de su carrera sobre toda ponderación. El relato de sus aventuras entre gitanos y ladrones, descritas por él con la mayor riqueza de detalle y colorido, me hacía pasar muy buenos ratos. Llegué á pedirle que me permitiera acompañarle en alguna de aquellas excursiones.

—Cuando tenga entre manos un buen servicio ya le avisaré á usted—me contestaba Sanromán.

Una mañana, á mediados de Agosto, recibí el aviso con carácter de suma urgencia.

Cuando á los pocos minutos salía yo á la carretera, caballero en un rocín de la propiedad de mi fondista, me esperaba ya impaciente el buen Sanromán en traje de faena, con el tricornio envuelto en la flotante funda blanca, y mordiendo, nervioso, el barboquejo.

A todo el trote largo que mi cabalgadura admitía pasamos las eras, entre la admiración de las sencillas gentes, que suspendían sus ocupaciones y paraban las bestias que tiraban de los trillos para vernos atravesar rápidos aquellas nubes de polvo.

—Es el servicio que más me interesa desde que soy jefe de esta línea—me dijo Sanromán cuando á campo raso salimos—. Se trata—añadió—de dos bandidos que robaron el año pasado la iglesia de Valdefuentes, que se fugaron de la cárcel, y que han sido sorprendidos hace media hora, cuando se preparaban á robar la iglesia de Carrasquilla, según me avisa el juez municipal.

Poco más pudo decirme ni yo preguntarle, pues el paso que llevábamos era imcompatible con la conver-

sación, y pronto nos encontramos en la plaza de Carrasquilla ante la primera autoridad judicial, que empuñaba el bastón de mando, á quien acompañaban el secretario, el cura y demás notables del pueblo. El corro de labriegos, mujeres y muchachos que les rodeaban se abrió para dejarnos paso.

En todas las caras se reflejaba el estupor y la indignación. Las del juez y el secretario irradiaban la satisfacción del deber cumplido.

—¿Y *su señoría*—se apresuró á preguntar el juez—, vendrá pronto?

—No sé—contestó el teniente—, porque acostumbra á dar paseos de diez y doce kilómetros; quizás le haya cogido fuera el propio que usted mandó, y yo no he querido detenerme. Buen estreno va á tener. ¿Pero dónde están los pájaros?

—Esté tranquilo el señor teniente—dijo el secretario—, que del torreón no se escapan. Y me alegro que esto no fuera hace quince días, porque el señor juez de instrucción creo que es muy competente, y sin hacer comparaciones sabrá apreciar...

Sanromán no le dejó concluir, y echando á andar, subimos al local del Juzgado, donde, libres del elemento popular, nos informamos de los detalles de tan importante captura.

Resultaba que los atrevidos bandoleros habían tenido el cinismo de presentarse, á las ocho de la mañana, ante la puerta de la iglesia, cuando el párroco celebraba. Entregaron los caballos á un muchacho para que cuidase de ellos, y dieron la vuelta alrededor del templo, examinando con atención las ventanas y el alero del tejado. Haciendo un agujero en él habían realizado el robo de Valdefuentes. Después

habían entrado en la iglesia; pero, aunque simularon oir misa devotamente, pudo observarse en ellos cierta intranquilidad, así como que miraban de reojo, con gran disimulo, el arcón colocado al lado de la epístola, dónde se guardaban los ornamentos sagrados, de gran valor y antigüedad.

El primero que había entrado en sospechas fué el tío *Ratón*. Este cosía la albarda de su burra en el portal de su casa, situada frente por frente á la iglesia, y presenció toda la extraña maniobra. Comunicó en seguida sus dudas al secretario, quien, acompañado del albéitar, marchó hacia la iglesia. Examinados los caballos, resultaron no ser de silla, sino destinados á las faenas agrícolas, y conservaban huellas recientes de haber sido enganchados á carros, y, al parecer, también á un coche. Por ello era presumible fueran procedentes del robo.

La casualidad hizo además que pudieran ser reconocidos é identificados los delincuentes. La *señá Salvadora*, que había traído aquella mañana un canasto de frutas de Valdefuentes, y que fué una de las pocas personas que vieron á los ladrones la noche en que robaron la iglesia de este pueblo, reconoció en seguida al más joven de los dos, y casi se atrevía á identificar también al otro.

Cuando quisieron escapar, no les fué posible. Rendidos ante la actitud enérgica de las autoridades, fueron maniatados, se registraron sus ropas, ocupándoseles diferentes objetos, y se les sometió á un minucioso interrogatorio, en el que incurrieron en manifiestas contradicciones. Una vez descubiertos, habían dado pruebas de una desvergüenza poco comunes aun en los mayores criminales.

—Son, en verdad, curiosos—decía el secretario, con orgullo—los estudios de la psicología de los delincuentes. Este atrevimiento en dar el golpe en pleno día se comprende por lo que pudiéramos llamar cierta vanidad profesional. Es algo parecido á lo que ocurrió recientemente en Francia con la banda del Garnier y comparsa. ¿Pues y los nombres que eligen?... El más joven, al que le fué ocupada esta petaca con las iniciales F. R., dijo que se llamaba Antonio Pérez. Ya ven ustedes: un nombre que parece carece de importancia, y que, sin embargo, fué el que llevó en vida el secretario del calumniado Felipe II.

—Es mucho hombre este secretario—decía el juez, satisfecho—. Tiene unas narices como un pachón... Y si no, cuenta lo de la pluma esa que escribe sola.

—Es una pequeña nimiedad aparentemente—contestó, creciéndose, el auxiliar—; pero que aquí quisiera ver yo á muchos detectives. Como ya he dicho, los dos manifestaron no saber firmar, y, sin embargo, al que dijo llamarse Federico López le fué habida esta pluma estilográfica... Supongo que no la traería para que yo extendiera las diligencias sumariales, como he tenido el prurito de hacerlo; y que si no fuera porque es la pieza más importante de convicción, había de pedir al señor juez que me la dejase de recuerdo, aunque no fuese más que por el trabajo que, aunque me esté mal el decirlo, le he ahorrado en la instrucción de este sumario... Y si no, vean ustedes una pequeña muestra. Es la declaración mancomunada de los presuntos reos.

El secretario leyó:

«Y repreguntados al tenor de la repregunta, que racionalmente se derivaba de su respuesta, si no obs-

tante lo declarado es lo más cierto y toda la verdad á sensu-contrario, que los declarantes tenían el propósito serio y deliberado de robar y saquear dolosamente la iglesia parroquia de este pueblo de Carrasquilla, como lo prueba su culpable actitud, las contradicciones en que han incurrido, y, á mayor abundamiento, la falta de documentos justificativos de su personalidad, así como también las piezas de convicción que les han sido habidas, y que se unen á los presentes autos, los detenidos contestaron, por unanimidad, no ser cierto y que se atienen á lo declarado, sin que tengan nada más que declarar. Pero el señor juez, de lo que yo el secretario doy fe, observó en las negativas de los reos sorprendente vacilación, por todo lo cual, y haciéndoles saber que no podían hacer uso de fuero propio y especial, así como tampoco de exención ni privilegio alguno...»

El teniente, que había hecho cuantas preguntas juzgó necesarias, y que no debía ser gran admirador del secretario de Carrasquilla, interrumpió diciendo:

—Bien; vamos á ver á esos ciudadanos.

—En el torreón están fumando más que Bocanegra—dijo el juez.

—¿Pero les han dejado ustedes tabaco?—preguntó, sorprendido, Sanromán.

—Odia el delito y compadece al delincuente, dijo cierto sabio—arguyó, sentenciosamente, el secretario.

—Y que quemen la cuerda y que pongan pies en polvorosa, digo yo—contestó, malhumorado, el teniente.

Sin hablar una palabra llegamos al viejo torreón, convertido hacía años en palomar.

Delante entró el juez, y enarbolando el bastón, dijo con imperio:

—¡Poneos en pie, sinvergüenzas, que viene á veros el señor teniente de la guardia civil!

Los dos sujetos que dentro estaban con las manos atadas, acataron la orden...

Al movimiento de sorpresa del teniente, contestó una triple carcajada, que espantó á las pacíficas palomas.

Cuando la situación se explicó un poco, el juez, echando á rodar el símbolo de su autoridad, se abrazaba tembloroso á las rodillas de uno de los prisioneros. El secretario estaba alelado y los trozos escogidos de su literatura procesal se esparcían por el suelo.

La cosa no era para menos. Los presuntos saqueadores de iglesias eran el señor juez de instrucción de Rabanales y el diputado católico por el distrito.

PASO AL REPESO

I

A pesar de que mi tierna esposa me aseguraba una y otra vez que nunca había estado mejor, yo me sentía morir por momentos; y como siempre me había parecido mal eso de morir como un verraco que se resiste á entregar la piel, me dispuse á morir con estoicismo clásico.

No es cosa que tenga nada de agradable dejar un mundo al que, por malo que sea, ya está uno acostumbrado, y marchar sin saber á dónde se va; pero para mí era cuestión de amor propio, por lo mucho que de los demás había murmurado, el morir estéticamente; y aunque por dentro se me barajaban una porción de temores, con salpicaduras de infiernos y demonios, por fuera procuré guardar la misma tranquilidad que Sócrates al beber la cicuta, ó que Petronio al abrirse las venas.

Aquella vez morí de una pulmonía, complicada con la edad, pues tenía ochenta y tres años.

Para aquellos de mis lectores que no hayan muerto todavía, resumiré en cuatro palabras el desarrollo de

esta sensación, extraña, sí, pero que ni tiene nada de molesta ni merece la pena de pasarla rabiando y gritando como energúmenos ó rezando como viejas.

Primero sentí que se me morían los pies y las manos; después los brazos y las piernas; luego el cuerpo, aunque todavía sentía vivo el corazón... Sentía que me iba reduciendo cada vez más, como si fuera una vejiga de goma que, por salírsele el aire, se va empequeñeciendo poco á poco.

Después se me murió el corazón, y quedé recluído en mi propia cabeza. Una modorra profunda me invadía. Apenas alcanzaba á vislumbrar por los ojos alguna claridad y á oir un ruido monótono, como el sonido de una cascada lejana.

Luego, en medio de mi sopor, sentí que disminuía más, pero de una manera vertiginosa. Me parecía que caía desde lo alto de una torre.

Un momento tuve miedo y me acordé de mi madre, que me enseñó á persignarme; pero el letargo me traía el recuerdo como envuelto en un sueño, y yo, cada vez más pequeño, seguía bajando.

II

Cuando en mí volví adquirí el pleno convencimiento de que estaba muerto.

Es algo difícil de explicar eso de estar muerto y vivo á un tiempo mismo, y, sin embargo, nada más cierto. Yo era yo mismo, y no lo era... Pero no tenía

tiempo ni lugar para tales sutilezas y disquisiciones, pues cuando me di cuenta me encontré en la más absoluta obscuridad, impelido por un torrente impetuoso de un líquido espeso y caliente.

Como ya nadie me veía, me abandoné al más franco y sincero terror. Entonces sí que pasé un mal rato; entonces sentí no haber llamado á un cura. Yo nunca creí en ellos; pero, ¡qué diablos! si alguien podía haberme sido útil á la hora de morir, un cura ó un fraile tenía que ser.

Rebuscaba en mi conciencia cuanto de bueno y de malo había hecho en el mundo... exprimía la memoria en revisión general de mis actos, y hacía cábalas y conjeturas acerca de la suerte que me aguardaba, cábalas y conjeturas que pronto deseché, convencido de que para nada me serviría devanarme tanto los sesos, pues el camino que llevaba á ninguna parte buena podía conducir, y tenía por necesidad que ir derechito á los infiernos.

Más muerto que vivo (y nunca se empleó la frase con tanta propiedad) continuaba yo flotando en aquel canal nauseabundo de paredes gelatinosas. Como había perdido la noción del tiempo, no supe el que dentro de él pasé. Sólo recuerdo que en marcha continua pasaba de unos subterráneos á otros, invadidos todos por el mismo líquido, que me arrastraba sin ahogarme.

Habiendo sido un escéptico toda la vida, pronto me repuse y me hice á la idea de tener que habérmelas con Pedro Botero, y á la verdad que ya me iba extrañando no ver por ninguna parte á sus alados y cornudos súbditos.

Puesto á hacer observaciones, noté con agrado que

en lugar de hacer más calor á medida que avanzaba, hacía más frío; de lo que deduje que, ó habían sufrido error los que supusieron que el infierno estaba lleno de llamas, ó yo no iba al infierno, ó no había lógica ni en el mundo ni fuera de él.

Después de mucho andar dimos en otros corredores, también subterráneos, pero alumbrados con una hermosa claridad rosácea que se traslucía por sus paredes, construídas, sin duda, con mármoles y pórfidos.

Mi admiración convirtióse de súbito en terror ante la vista del medio en que me encontraba.

Millares de bestias feroces, de horribles monstruos de formas fantásticas nadaban en el inmundo elemento.

—¡Dios mío! pensé—. ¡Si estaba rodeado de demonios, sin saberlo! Estos no tienen cuernos ni alas de murciélago; pero son mucho más temibles, mucho más asquerosos. Indudablemente que éstos son los auténticos.

Algo me tranquilizó el ver que no me molestaban. Pasaban á mi lado, me miraban y seguían su camino, devorándose unos á otros.

De algunas agresiones frustradas fuí, sin embargo, objeto. Uno de ellos pretendió darme una dentellada, y otro quiso asirme con su descomunal garra, parecida á las pinzas de los cangrejos. Pero yo resbalaba entre sus dientes y entre sus uñas, como si fuese de goma elástica.

Estos incidentes acabaron por regocijarme, y como siempre tuve gran facilidad para adaptarme al medio ambiente, llegué á no encontrar molesta la compañía de aquellos animaluchos de tan variadas y espeluznantes fachas.

Me reía viendo sus aspectos terroríficos, y hubiera dado cualquier cosa por poderles pasar la mano por el lomo. Unos había, sobre todo, graciosísimos: su cara, armada de pinchos, ganchos, pelos, sierras y cepillos, infundían verdadero pavor; eran los más voraces, y no sé por qué me recordaban al concejal republicano del ayuntamiento de mi pueblo.

Ya contaba con salir de tales mazmorras, cuando me encontré detenido, precisamente en el corredor, iluminado sobrenaturalmente.

El líquido que me arrastraba se había ido enfriando, y, congelándose, formaba una especie de betún que olía, por cierto, bastante mal. Entonces pensé que aquello sería la lava de algún volcán, pues en tal forma y cantidad no podía ser otra cosa; y hasta me aventuré á suponer si este volcán fuera alguno de los de la Luna que no estuviese apagado del todo...

Luego, aquellas masas de betún frío se abrieron, y por el fondo de las inmundas alcantarillas corrieron arroyos de otro líquido también helado. No sé cómo fuí arrastrado por uno de ellos, y así seguí mucho tiempo, dando vueltas y revueltas...

Hasta que fuí á desembocar á un espacioso túnel, de altísima bóveda, cuya enorme salida, cubierta de espeso ramaje, se abría en el fondo.

Cuando llegué á ella logré detenerme.

Desde allí se alcanzaba á ver un espacio infinito.

En medio del infinito cuatro globos de fuego brillaban con luz deslumbradora.

Comprendí que eran las cuatro estrellas de la Osa Mayor.

III

Ya iba cansándome de estar pegado á aquel poste, contemplando la inmensidad del infinito; y ya creía que mi destino por toda la eternidad era el de pasarla aburrido viendo las oscilaciones de las estrellas de a Osa.

Parecíame que el castigo impuesto á mis humanas flaquezas y pecados era excesivo; encontraba poco correcto que me hubieran condenado sin oirme, y echaba de menos, para distraer mis forzados ocios, la lectura de *La Época*, de que fuí siempre suscriptor, y las alegres novelas de Paul de Kock, que constituyeron una de mis debilidades terrenas.

Tan pronto creí asegurado mi eterno porvenir en la boca del sucio túnel, olvidé las oraciones que intentaba recordar, y según convenía á mi indiscutible condición de réprobo. me dediqué interiormente á maldecir y á desesperarme.

....

Así hube de pasar mucho tiempo, hasta que una ráfaga hedionda me arrancó y me vi lanzado al espacio.

La esperanza renacía en mi pecho (perdón por la metáfora) al sentirme flotar en el infinito.

Entonces me vi libre de malos olores, y aunque por todas partes entreveía fantásticas formas de energúmenos inofensivos que, como yo, flotaban y marchaban en todas direcciones, perdí el temor.

Tanto más lo perdí cuando me sentí impelido en movimiento ascensional hacia la región donde otras constelaciones, que antes no viera, brillaban.

Conforme subía, mi corazón se ensanchaba... Había desesperado demasiado pronto. Tal vez los anteriores sobresaltos fueran tan sólo la parte de purgatorio que me correspondía; y ciertamente que mis disculpables pecadillos no merecían más... Porque ya no había que dudarlo: ya caminaba derecho al Paraíso...

Poco me faltaba para llegar á las estrellas fijas.

Contemplaba embobado el acceso á la región celestial. Multitud de estalactitas de brillantes, de los cuales cada uno pesaría varias toneladas, pendían por milagrosa manera de una máquina de purísimo oro, laborado en formas delicadas, que ocupaba extensión inmensa.

—Aquélla—pensé—será la puerta del Empíreo.

Me preparé á verla franqueada ante mi presencia y procuré adoptar una actitud seráfica y humilde, de inocente beatitud, según correspondía á mi cualidad de bienaventurado neófito.

Pero me vi detenido en mi ascensión por uno de los bloques de diamante, al que quedé pegado.

Esperando fuera breve la antesala, púseme á considerar la inmensidad del Universo que abandonaba y...

No solté la carcajada, porque no tenía boca para reirme.

¡Aquello tenía la gracia por arrobas!

Debajo de mí, me veía á mí mismo, veía mi propio cadáver alumbrado por cuatro velas y con una expresión en el semblante de estupidez absoluta.

Todo había sido una cuestión de perspectiva. Así lo comprendía después de profunda meditación.

Aquel espacio infinito era el de mi propio despacho, convertido en cámara ardiente; y aquella constelación, en la que yo creía empezaba el cielo, era la araña que colgaba del techo. ¡Y yo estaba preso en uno de los vidrios tallados que la adornaban!

—Pero, señor—me decía á mí mismo—éste es el más espantoso de los ridículos... Además, es imposible...; yo he recorrido subterráneos; he soportado la vecindad de monstruos marinos; he estado amarrado á un grueso tronco á la puerta de un alto túnel...

Mis meditaciones acabaron por contestarme:

—Tú no eres ya tú, sino tu alma; has corrido por tus propias venas; has nadado con los microbios que infestaban tu sangre y has salido por tus propias narices.

¿Luego el alma es algo material, por muy pequeña que sea?...

Iba á contestarme con ayuda de la reflexión, cuando el rumor de un beso llegó hasta mí...

—¡Cuerno! —me dije —. ¡Mi mujer con su primo!... ¡En mis propias barbas!... Y luego dirán que los espíritus levantan veladores y que dan golpes... ¡No les daría yo pocos si pudiera!...

Mi situación no podía ser más desairada. Reducido á la calidad de microbio, veía á mi Dorotea besuquearse con su primo, de quien yo nunca hice caso por creerle imbécil... El imbécil lo fuí yo, y de cuerpo entero, al nombrarla heredera de todos mis bienes...

Y la cebada debía venir de atrás, como dicen en mi tierra... Parecía que no habían hecho otra cosa en toda su vida...

¡Marranos! ¡Canallas! ¡Indecentes!

....

Por fortuna, mi *sucesor* abrió una ventana para que se despejara la atmósfera, pues faltando á todas las consideraciones que merece un hombre de cuerpo presente, había estado fumando, echándome el humo á las narices y llamándome *viejo chocho* y dándome otros calificativos, de los que no quiero acordarme.

No reventé de cólera porque el aire que entró me puso en movimiento y me lanzó de mi casa.

Pero juré vengarme.

IV

En continuo contacto con la Naturaleza, mi alma se iba aferrando al materialismo.

A merced del viento más sutil volaba de un lado para otro. Las emanaciones aromosas de las flores, el calor de la luz solar, el mismo rayo tibio de la luna por las noches, me ponían en movimiento, hacían me elevase dulcemente arrastrado por una plácida brisa, para después caer muellemente en otra flor ó en alguna pulida y ancha hoja verde.

Ya los sentidos, ó mejor dicho, el recuerdo de ellos, pues veía sin ojos y oía sin oídos, no me inducían a error. Sabía perfectamente que me encontraba vagando en un jardín, y á pesar de ello me deleitaba contemblando la inmensidad de aquel mundo en el que viví sin conocerle y las bellezas naturales que tantas veces mi pie indiferente destruyó.

Selvas vírgenes, de gigantesca vegetación, á través

de las cuales, flotante, me transportaba el aire cálido y denso, eran mi encanto y mi placer. En sus laberintos intrincados me perdía, y embobado quedaba ante sus formas raras y caprichosas, lindísimas en sus menores detalles. Grutas fantásticas que no fueran soñadas por la imaginación portentosa del poeta más atrevido, mostrábanme sus lagos silenciosos, cuyas serenas aguas surcaba algún horrible y espantoso monstruo que Linneo clasificaría en el orden de los insectos. La flor humilde y sencilla abría para mí el tesoro de sus recónditas bellezas. El grano de arena diminuto, inperceptible, me enseñaba también sus límpidos cristales de finísimas aristas. Y poblándolo todo y vivificándolo alegremente, multitud de animales de múltiples tamaños, clases y colores vagaban por los aires y flotaban en las aguas, y á mi lado pasaban, sobrecogiéndome instintivamente con sus recias pisadas y con sus roncos rugidos, y recordándome, aunque nunca le viera ni le oyese, al megaterio de los primeros tiempos.

No teniendo cosa mejor que hacer ni en la que ocupar mis ocios, empecé á fabricar para mi particular uso un sistema de filosofía con los elementos que á mi alcance encontraba.

Empecé por negar la existencia de toda vida futura, por no hallar rastros de ella en ninguna parte y por estimarla además completamente innecesaria.

Y viéndome danzar tan suelto de un sitio para otro, llegué á hacerme á la idea de que ya mi ser estaba reducido á la calidad de semilla que el aire arrastra; y que volvería á nacer convertido en flor ó en una bestia cualquiera, si tenía la desgracia de ser tragado, al respirar, por su señor padre.

—La Naturaleza lo es todo—pensaba una tarde, recreándome en el fondo del cáliz de una rosa y gozando, como un epicúreo, la deliciosa sensación del baño de su perfume.

—Si una rosa —añadía—pudiera ser eterna, me suscribiría á una eternidad de prisión en ella.

Sacóme de mi éxtasis aromoso la presencia de un animalejo que cerca de mí saltaba juguetón. Tenía la forma de un cebollino de superficie tersa y brillante; y remataba en un rabo, que agitaba con muestras de alegría cuando en él fijaba mi atención.

La presencia de aquel ser quería traer á mi memoria el recuerdo de alguna persona conocida. Repasé á todos los muertos con quienes me unió alguna amistad en vida, y poco á poco los fuí descartando. Al fin creí caer:

¡Ah!—le dije—. Ya sé quién eres. Tú eres el alma de mi buen Pedro, el criado más fiel que nunca tuve, el que me sirvió toda la vida como un perro. Tu presencia trae á mi alma remordimientos. Después de tu muerte abandoné á tus hijos. Perdóname, Perico; pero ya puedes considerar que, en mi estado actual, nada puedo hacer por ellos...

—Pero, ¿es posible?—contestó mi interlocutor, moviendo el rabo con zalamería—; ¿es posible, mi amo, que no me haya conocido usted? Yo no soy Pedro que murió hace ya muchos años; yo soy Ton, el perro más fiel que usted ha tenido, y que he muerto esta mañana.

—Tú deliras, Ton—le repliqué—. ¿Cómo puedes tú ser mi perro, si los perros no tienen alma?

—Yo, señor, no sé si tengo alma ó no, ni sé tampoco qué cosa sea eso del alma. Lo único que puedo de-

cirle es que yo soy Ton, el Ton de siempre, como lo prueba el que ahora mismo estoy ladrando con usted. Y ya era hora de que usted entendiera mis ladridos, pues iba resultando insoportable el estar toda la vida meneando el rabo.

—Tu argumentación me convence. Veo, Ton, que has seguido el mismo proceso lógico que siguiera el gran Descartes cuando enunció su célebre entimema: *Cogito ergo sum.* ¿Has cursado Filosofía, has aprendido latín, amigo Ton, desde que no nos vemos?

—Pero, ¿qué tonterías son, mi amo, las que está usted ladrando, si nunca tales cosas le oí?

Aquel lenguaje soez me exasperó, y comprendí que ni en vida ni en muerte se debe tener confianza más que con nuestros iguales.

—Habla con el respeto que me debes, chucho indecente y despreciable—le dije.

Y añadí:

—La culpa me la tengo yo, por dar ciertas familiaridades á quien no es digno de ellas.

Ton, ante mis palabras, calló y volvió á mover el rabo, con cuya humildad me desarmó.

Consideré que no tenía él la culpa de carecer de educación y de cultura. Además, y esto fué lo que me ablandó del todo, pensé que mi buen perro había llevado su fidelidad al extremo de morir de pena por el sentimiento que mi muerte le causara. Por otra parte, también tenía curiosidad por saber noticias de mi casa.

Estas razones, unidas, hicieron que después de un rato de silencio le preguntase con dulzura:

—Dí, Ton, hijo mío: ¿y qué ha ocurrido por casa después de mi muerte?

—Pocas noticias, y malas, mi amo—contestó Ton con plañidera humildad.

Y añadió:

—La señorita, como ya sabía usted, se entendía con el señorito Gregorio...

Debí enrojecer.

—Mira, Ton—le dije—, en intimidades de familia no te metas. Yo te pregunto qué fué lo que ocurrió en casa después de mi muerte; dime qué cara pusieron mis sobrinos al verse desheredados... quiénes me lloraron... qué hicieron los criados...

—Bueno; pues si no quiere usted que diga lo que hacía el ama con el señorito Gregorio, mejor... Tampoco le diré otras cosas que pudieran interesarle; pues aun cuando parezca que uno sólo lame platos, también sabe y ve y se entera... y se calla porque es prudente y discreto.

—Tú, Ton—le dije para sacarle de tan resbaladizo terreno—: te has dejado influenciar de los chismes y cuentos de la gente de escaleras abajo, con la que más frecuentemente te relacionabas. Y en cuanto á lo que me dices del señorito Gregorio, en verdad que me extraña y que pasmado me deja, pues tú bien comías los pedazos de pan que él te daba, aunque sabías, puesto que lo dices, que atentaba á mi honor.

—Y ¿qué hacer, mi amo? Uno no es más que un perro, y tiene que vivir de lo que le dan...

Ton tenía razón, y bien podía perdonarle su encubrimiento en gracia á su rasgo de fidelidad muriendo en mi obsequio...

—Pues la casa—continuó—, en cuanto usted se murió quedó convertida en un cuartel robado... Sus sobrinos llegaron en seguida y armaron un escándalo

tremendo. Decían de usted mil infamias, y aseguraron que iban á meter en la cárcel á la señorita y al señorito Gregorio. Para que se callaran, les dieron muchos papeles de aquellos que usted guardaba en la caja de hierro, y ellos se fueron muy contentos y diciendo que así no tendrían que pagar los derechos reales.

—Pero tú, Ton, eres el demonio. ¿Quién te ha instruído á ti sobre el pago del impuesto, si antes te reías groseramente cuando te preguntaba si sabías latín y si conocías el entimema de Descartes?

—Yo, mi amo, sólo sé lo que oigo, y de ese entimema y de ese señor de *las cartas* nadie me dijo nada.

—Entonces, según eso, el único que me ha sido fiel hasta después de muerto has sido tú, mi buen Ton. ¡Cuánto siento no poder beneficiarte en nada!, no poder darte un abrazo siquiera; porque aunque no me veo, supongo que ahora seré una especie de cebollino como tú; y brazos sí sé que no los tengo.

—Efectivamente, señor, que usted parece un cebollino, aunque sin rabo; pero en cuanto á lo de mi muerte, no quisiera que usted se engañase... Yo siempre le fuí fiel, ya lo sabe usted; pero...

—Dílo, hombre, dílo sin temor, y no te avergüences, hijo mío, de haber dado el ejemplo más hermoso de fidelidad que se dió en la historia del mundo. Habla, mi buen Ton.

—Pues la verdad es, mi amo, que cuando usted se murió yo enflaquecí, en parte por el sentimiento natural, y en parte porque no me echaban de comer. Con el estómago vacío estuve más de una semana, hasta que esta mañana entré en la cocina y vi que estaban asando una hermosa pierna de cabrito. Aguardé á que se fuera la Blasa, y solo, mano á mano con la pierna,

estuve pensando un rato si llevármela ó no. Por último, me decidí. «Si el señor viera—pensé—cómo marcha la casa después de su muerte, y si viera á su pobre Ton morirse de hambre, aquí donde tanto roban todos, seguramente haría la vista gorda y me permitiría que en su memoria regalara mi vientre con esta rica presa...» Conforme lo pensé lo hice. Agarré la pierna por en medio y me dirigí á la puerta, dispuesto á saborearla en un rincón de la cuadra, donde el Playero, como no come carne, me permitía celebrar tranquilamente algún que otro banquete. Pero en la misma puerta me sorprendió la Blasa, que volvía con una plancha en la mano. Al verla me eché á temblar; los ojos se me arrasaron en lágrimas; me consideré perdido... Sin embargo, para ablandarla solté la pierna, fuí á lamerla la mano y meneé el rabo pidiendo perdón. No conseguí nada. La Blasa echaba lumbre por los ojos.

—¡Maldito carcamal!—dijo—. ¡Pellejo asqueroso lleno de pulgas! ¿Conque quieres cabrito, eh?... ¡Pues vé á juntarte con tu amo!...

Al decir esto me tiró la plancha á la cabeza, con tal fuerza, que me hizo saltar los sesos, y allí mismo, junto á la pila, después de dar dos ó tres vueltas, estiré la pata.

V

Aunque el relato de Ton me dió á conocer bien á las claras el egoísmo de sus sentimientos, continué en su compañía por la sencilla razón de que no tenía otra.

Él,aprovechándose de mi bondad natural, me tendió una celada, en la que caí inocentemente. Esta imprudencia había de ser causa de todas mis desventuras.

El astuto Ton me dijo un día:

—Mi amo: he observado que usted anda tardo y perezoso. Mejor dicho, no anda de ninguna manera, sino que va donde le llevan. Yo, en cambio, gracias á mi rabo, doy saltos y camino adonde mejor me parece. Mi rabo está fresco y gelatinoso; de manera que si á usted le conviniera pegarse á él podría aprovechar su agilidad y su fuerza, y yo de todo corazón prestaría á usted este servicio, con el que le demostraría una vez más que sé agradecer el pan que en su casa he comido.

—Tus palabras, hijo mío—le contesté—, me conmueven. Agradezco y acepto tu ofrecimiento, que es desinteresado, por lo mismo que nada puedes esperar de mí.

—«Haz bien y no mires á quién», dice el refrán, mi amo.

—Es un consuelo para mí, hijo Ton, verte practicar el bien por el bien mismo. Eres un estoico, y ejemplo raro es el tuyo en estos tiempos de utilitarismo que corremos.

Tragué el anzuelo como un incauto. La unión se hizo, y asemejándonos á microscópica pesa de gimnasia, anduvimos varios días dando saltos por el jardín y marchando voluntariamente adonde mejor nos parecía y más rabia nos daba.

Pero al poco tiempo creí notar un fenómeno de la mayor importancia para mí. Mi alma ya no pesaba; por el contrario, los rayos del sol me atraían cada vez con más fuerza, y me hubieran elevado por las regio-

nes etéreas si no me sirviera de estorbo y lastre el espíritu de mi perro.

Cuando me hube convencido de la realidad del fenómeno, procuré solucionar amigablemente el conflicto, y en muy buenas formas dije á mi adjunto:

—Hace días, carísimo Ton, y seguramente tu fina perspicacia habrálo observado ya, que vengo hondamente preocupado. La solución de un grave problema me acongoja y atormenta, y de él quiero hacerte partícipe, pues tanto y más que á la mía á tu felicidad interesa.

Y tras breve silencio, para mayor solemnidad, proseguí:

—Apostara cualquier cosa, mi excelente camarada, á que en tu natural noble, sencillo y confiado no te paraste nunca á pensar ni á preguntarte cuál fuera la razón de ser de tu existencia en el mundo ni cuál el destino que más allá de él reservado te estuviera. Mas, ¿qué digo? ¿qué habías tú de pensar y de preguntarte siendo como eres y como siempre has sido y serás la criatura más leal, más fiel y más abnegada que pisó jamás este bajo planeta? Tú, bueno entre los buenos, no tenías por qué preocuparte de la suerte que te aguardara, porque tu vida se deslizó serena por la senda del bien y de la virtud. Y en la inocencia de tus generosos sentimientos llegaste á creer que todos los seres, honrados á tu igual fueron, y buenos y virtuosos, y por eso, de manera tan noble cuanto impremeditada, uniste tu suerte con la mía. ¡Ah, cándida y angelical criatura! ¡Cuán magno es tu error... y cuán equivocado estás!... Mas ello no será: que yo también tengo conciencia y no he de tolerar que un solo minuto en el error perseveres; y he de abrirte los ojos,

cuésteme lo que me cueste, aun sabiendo como sé que voy á perderte, á ti, que eres hoy mi único bien.

Hice una ligera pausa para observar el efecto que mi patética perorata causaba en el ánimo de Ton. Indudablemente que la cosa no marchaba por mal camino, pues mi buen perro escuchaba con atención, como si descansando sobre los cuartos traseros enderezase las orejas para oir mejor, y á veces parecía como si las bajara emocionado y como si se arropase con ellas los hocicos para ocultar las lágrimas que involuntariamente saltaban de sus ojos.

—Sí, hijo mío —proseguí—. Triste es decirlo, y para mí cruento; pero nuestra separación es forzosa... Porque si hubo un momento en que el egoísmo me hizo aceptar tu ofrecimiento generoso, seguir callando sería un crimen nefando, y yo no debo, no puedo corresponder á tu lealtad con la más negra ingratitud. Ton, te debo toda la verdad. Escúchame. ¿No oíste alguna vez (y seguramente que muchas lo habrás oído) decir aquello de «cada oveja con su pareja»? Pues en esta verdad axiomática y sencilla se encierran resumidas todas las que luego quiero exponerte... ¿Es que yo puedo ser pareja tuya? ¿Es que tú puedes ser pareja mía?... Tu claro criterio te mostrará con meridiana luz que por mucho y muy grande que sea (y mayor ciertamente no puede ser) el afecto que nos une, tú y yo emparejar no podemos.

»Ahora bien, y vamos con ello á lo que importa más: yo que he leído mucho, quizá todo cuanto acerca de esta materia se haya escrito, puedo anticiparte algo de lo que al destino de nuestras almas respectivas se refiere:

»Empezando por la tuya y por que quiero veas que

ningún fin bastardo mueve mis palabras, inspiradas tan sólo en una muy alta y desinteresada sinceridad, te diré que la mayoría de los escritores (de aquí mi extrañeza del otro día) niega que tengáis alma los animales, ó brutos, como en lenguaje incomprensiblemente soez os denominan y escarnecen. Así somos, hijo mío, los hombres; así discurrimos en nuestra estúpida soberbia y en nuestro egoísmo; y así nos comportamos con vosotros que nuestros hermanos sois y que tantos títulos de superioridad sobre nosotros en tantas cosas tenéis. Sin embargo, si de esta manera absurda piensa la vulgaridad de los autores, los más excelsos y mejor informados, y hasta algunas religiones de las que más probabilidades de ser verdaderas tienen, afirman de modo incontrovertible que las almas de los brutos, una vez muertos, pasan á unos lugares especiales y apartados donde son tratados según á sus merecimientos corresponde. Y para que veas cómo allí las gastan te puedo decir, por saberlo de muy buena tinta, que en la sección canina que á tus virtudes corresponde hallarás los más exquisitos placeres, que tu imaginación no puede siquiera adivinar.

»Allí vivirás en palacios encantados y dormirás en mullidos cojines de plumón y raso. Benéficos genios, que de un lado para otro andan prestos á satisfacer el menor de tus caprichos, velarán tu sueño y te rascarán mientras duermes, pues exclusivamente para proporcionar este placer á los canes elegidos existen allí las pulgas, unas pulgas especiales, traviesas é inofensivas. ¿Y qué decirte, Tou, de los opíparos banquetes que allá constantemente se celebran, pues al deleite de comer no sigue nunca la pesadez de la digestión, y lo mismo puedes estarte comiendo una hora y dos y

tres que cincuenta años seguidos!... Bástete con saber que allí no podrás desear un solo manjar, por raro ó complicado en su guiso que fuere, sin que al instante venga en volandas una fuente ó cazuela trayéndolo en el mejor punto aderezado y en cantidad suficiente para hartar á reventar á diez ó doce jaurías... Pues, ¿y en cuestión de exquisiteces y refinamientos? ¡Prodigios, chico, prodigios! Hay marmitas en permanente cocción, dejando siempre escapar un vaporcillo de aroma delicioso, con el que tan pronto al hocico llega, la boca se hace agua, sirviendo a cualquier hora y momento de insuperable aperitivo. Hay cacerolas y platos untados con exquisitas sustancias mantecosas propias para lamidas. Y perniles colgados á relativa altura que permite el placer de comerlos á saltos. Y huesecillos tiernos rellenos de tuétanos maravillosos que embriagan el paladar en voluptuosidades desconocidas. Y una particularísima especie de amorcillos con alas á propósito para corridos y ladrados que huyen arrojando terrones del más dulce y exquisito azúcar... Y á todo esto callando estoy lo principal... ¡Menudas hembras te esperan allí! ¡Cada perra...! ¿Eh? ¡Con el caimán que estás tú hecho!... Pero á qué descender á detalles si en seguida tú has de verlo.

Mis palabras no eran perdidas. El interés de Ton no decaía un solo momento y con gran satisfacción notaba yo cómo excitaban en él sus instintos de molicie, de gula y de lujuria.

Cambiando el disco, tomé un aire melancólico y quejumbroso, y proseguí:

—Mas estos placeres, hijo mío, que como premio á tus virtudes te aguardan, son únicamente para ti; de ellos no puedo ser yo partícipe. Y el mero hecho y

sola consideración de constituir yo un obstáculo á tu felicidad, fuera bastante para que te exigiera nuestra separación. Pero es que no es esto solo, Ton. Es que además voy á arrastrarte á sufrir conmigo suplicios eternos. ¡Oh, sería cruel, sería horrible, sería espantoso! Dios, hijo mío, nos dió á los humanos facultades poderosas, libertad amplísima y una multiplicidad de medios tal para el desenvolvimiento de nuestras facultades, para nuestra perfección y progreso, que vosotros, inocentes animalillos, desconocéis. Pero también nos exige una cuenta estrecha y rigurosa. Y yo (vergüenza me da confesarlo) he hecho un uso perverso, un uso malvado de esas facultades y de esos medios que á mi alcance encontré. Yo, hijo mío, pequé mucho en el mundo. El gusano roedor de la conciencia implacable me remuerde. Ahora he de purgar mis tremendas, mis innumerables faltas. Mi castigo ha de ser terrible. Una eternidad de suplicios horrorosos me espera. ¡Y qué suplicios! Me estremezco al pensarlo. Los tormentos más horribles, los martirios más espantosos y cruentos serán la justa sanción que inaplazable me aguarda.

»En calderas humeantes de aceite hirviendo serán fritas mis carnes. En parrillas candentes sobre hogueras inextinguibles se tostará mi cuerpo con chirridos escalofriantes, que sólo de oirlos helaría la sangre en las venas del varón más esforzado... Y el plomo derretido y la ardiente pez abrasando los intestinos... Y demonios horrendos con tenazas enrojecidas arrancando la piel, y la carne, y los tendones, y las ternillas, y los dientes, y las uñas de las manos, y las de los pies... Y el hambre que barrena las entrañas, y no poder comer... Y la sed rabiosa, una sed infinita que

asfixia y ahoga, y no poder beber... Y así un día y otro día, y un año y otro, y un siglo y otro siglo, y siempre, siempre!, ¡¡siempre!!, ¡¡¡eternamente!!!

»¡Ah, Ton! ¿Sabes tú lo que es la eternidad? No. No lo sabes; ni lo supones siquiera. Un ejemplo, que en meditaciones piadosas suele encontrarse y que apropiado parece para inteligencias cuadrúpedas, te dará una ligera idea de lo que la eternidad es:

»Imagínate un monte muy alto, muy alto. ¿Ves el monte de Cabeza Encinosa, donde tantas veces cazábamos juntos? Pues mucho más alto y más grande. Como doscientos montes de Cabeza Encinosa apelotonados todos y encima unos de otros. Bien: pues figúrate que ese monte altísimo es de la más dura piedra, y figúrate que una hormiga, con su lento paso, va de un lado para otro del monte, y vuelve á ir y vuelve á venir por el mismo sitio como si hiciera senda, y así una vez y otra, y millares de veces y millones de millones... ¿Será posible que tan débil insecto consiga horadar el monte con sus tenues patitas hasta dividirlo en dos? Y en este caso, ¿qué de tiempo, qué de millones, qué de trillones de siglos para conseguirlo no necesitaría? Pues, fíjate bien, Ton: ese tiempo inacabable no es un solo segundo comparado con la eternidad. ¿Te vas haciendo cargo? Siempre... Siempre... Siempre... Y siempre sufriendo atrozmente, horrendamente, bárbaramente... ¡Ah, Ton! Es horrible. Espantosamente horrible.

»Pero con ser ello tan horrible, todavía es más horrible para mí el pensar que voy á arrastrarte conmigo á ti, mi pobre Ton, mi inocente y buen Ton. Lo más horrible para mí es que voy á corresponder ingratamente, villanamente á tus muestras de sincero cariño,

haciéndote partícipe de mis tremebundos tormentos. Y esto sí que no he de consentirlo, porque además sería un sacrificio estéril.

»Así, pues, yo te ruego, y en bien tuyo, si preciso es, te ordeno y exijo que procedamos á nuestra separación, que sólo en tu mano, ó mejor dicho, en tu rabo está.

»Agítale con fuerza, hijo mío. Líbrate de mi peso; abandóname á mi justa suerte, y vete con mi bendición á cumplir tu destino y á gozar las delicias tan merecidas que te aguardan.»

Un rato aún continuó Ton guardando silencio, como si meditara, y al cabo de él:

—Pues mire usted, mi amo—contestó, saliendo con gran desenfado de aquel mutismo que de buen agüero reputaba yo—: á todo ese discurso que usted me ha echado, y á todo eso de las cacerolas y de las marmitas, y del aceite y del vinagre, y de las hormigas de la eternidad, sólo le diré que no sufra usted penas por mi suerte y que no me hable de separaciones, pues por ir con usted dejo yo todas las perras habidas y por haber, y los cojines y los perniles. Cuanto más, que bien sabe usted que nunca fuí de pretensiones, y que con cualquiera cosa tengo bastante. De modo que no hay para qué desalivarse la boca, pues por donde usted pase pasaremos los dos, y no se hable más. Y en lo que me parece que ha estado usted un poco exagerado ha sido en lo de las calderas y las parrillas. Para mí que ha de haber mucho de fantasía en eso de freirle á uno como si fuera bacalao en tiras; y en lo de asarle y en lo de sacarle las tripas para hacer morcillas de plomo y pez. Pero, ¿es que por hacer todas esas judiadas y herejías á la pobre gente, que con ellos para nada se

metió, sacan provecho los diablos? Pues yo creo que peores que las personas no han de ser, y que no yéndoles con cogotes ni con ínfulas, y dándoles siempre la razón, se podrá vivir entre ellos. Y malo ha de ser no topemos con alguno de buenos sentimientos que nos eche á escondidas un pedazo de pan para engañar las gazuzas, ó unos jarros de agua, que siempre anda barata, para refrescar la siesta... Por cierto que se me ocurre que si la cuestión de la eternidad es como decía usted antes, cosa que no se acaba nunca, así paso el tiempo que pase, se me ocurre, digo, que ya vamos á estar siempre juntos, y que siendo como será de esta manera, no sé á qué andarnos con tantos remilgos de cumplimientos y etiquetas, y que bien podíamos llamarnos de tú por tú, pues después de todo, allá nos andamos de tal para cual, y nos andaremos, Dios mediante, hasta que las ranas críen pelo; porque pensar que yo voy á menear el rabo, eso sí que son ganas de perder el tiempo.

Tanta perfidia unida á tanta desvergüenza amargó mi espíritu. Sumido en mis propios pensamientos, no volví á dirigir la palabra al insolente can.

Como un globo, vagué algunos días más, hasta que un fuerte huracán se desencadenó y nos elevó sobre las nubes.

Allí la atracción de los rayos solares era más fuerte que la impedimenta de mi perro. Seguimos subiendo hasta salir de la atmósfera terrestre.

Desde entonces, caminando en un día continuo, perdí la noción del tiempo.

VI

Seguíamos bajando hacia el sol. Ya el dorado disco se agrandaba hasta llenar el espacio infinito; y relucía, relucía... como si fuera un inmenso brasero de los que bien limpios con ceniza cuelgan las mujeres frente á la puerta para que los vean desde la calle.

Mi alma se inundaba de luz, se esponjaba: parecía ensancharse y crecer.

Indudablemente caminábamos con rumbo fijo. Otras almas empezaban á asomar, que marchaban en nuestra misma dirección. Y, de cuando en cuando, fuerzas desconocidas nos encauzaban con una especie de escobas giratorias.

Quise prevenir los conflictos que la nefasta unión con mi perro pudiera acarrearme.

Haciendo de tripas corazón, procuré instruirle un poco para que no me hiciera jugar mal papel. Mas su espíritu era tosco y grosero y repugnaba toda enseñanza. Quise hacerle comprender algunas ideas elementales de Astronomía, y me contestó con ladridos, que ni siquiera se preocupó de disimular. Una vez que le pregunté si recordaba haber vivido otra vida, además de la suya de perro, me soltó una risotada y me dijo que estaba más loco que una cabra.

Hube de renunciar á toda labor educativa. El maldito animal parecía complacerse en hacer resaltar toda su natural estupidez y barbarie, que taimadamente supo antes disimular.

Marchábamos, pues, en silencio, cuando el perverso perro me llamó la atención hacia tres almas que, como tres puntos luminosos, caminaban á corta distancia.

—Oye, tú—me dijo—: aquéllos nos hacen señas.

Miré, y, efectivamente, vi tres avellanitas brillantes que se dirigían hacia nosotros. Una era color de rosa pálido, otra verde claro y la tercera negra con pintas blancas.

Mi sorpresa fué grande cuando en la verde reconocí á mi antigua amiga la marquesa de N.., á quien hacía tiempo traté con bastante intimidad.

—Tú por aquí, Elvira—le dije cuando emparejamos—. Qué grata sorpresa. Pero yo creía habías muerto hacía más de diez años. Y siempre tan elegante. El verde que vistes es encantador.

—¡Ah! ¡Ernesto!—dijo ella—. Tú galante hasta después de muerto. También tú llevas un violeta muy *chic*... Por cierto que voy á presentarte al padre Serapio, que nos acompaña, el predicador más notable de su Orden, de quien ya habrás oído hablar... El padre Serapio... El señor Del Corral...

Cambiamos las obligadas frases de cortesía, y Elvira siguió:

—Pues no sabes cuánto celebro encontrarte. Yo soy siempre la misma; he nacido para vivir en sociedad y me aburría de estar sola ó de tratar con gentuza. ¡Ha visto una tanto desde que dejó aquello! Gracias á que encontré al Padre, que acompañaba á este joven, y llevamos un viaje delicioso... ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía! No os he presentado. ¿Cómo es su apellido, joven?

El de la envoltura rosácea se puso rojo como una amapola, y nada dijo El padre Serapio contestó por él.

—No es extraño, marquesa; cuando se marcha hacia

la vida eterna las cosas terrenales se olvidan. Este tierno joven, que es uno de mis mejores discípulos, se llamaba en el siglo Carlitos Cordero. Yo tendré la dicha inmarcesible de conducirle por mi propia mano adonde pondrán en la suya la palma que ha ganado en su vida virginal. Él nos servirá á todos de llave de oro para entrar por las gloriosas y ebúrneas puertas, porque no creo que todos tengan la suerte de poder presentar un joven puro á los veintisiete años.

—Sí que es raro—dije yo, por decir algo.

—Y tan raro—añadió Elvira, con algo de socarronería.

—¿Has olvidado, Carlitos, la jaculatoria que has de decir al entrar?—preguntó Serapio.

—No, padre—contestó Cordero—, ni tampoco la que pronunciaré al llegar al primer coro.

—¡Ah!—dijo Serapio—. Los ángeles mismos no tienen el candor de esta azucena.

—Pues no sabes, Elvira—dije á la marquesa—, lo que sentí tu muerte. Fué de una indigestión, ¿verdad? ¿Y qué hará ya? ¿Doce años?

—Por Dios, chico; no creí nunca que fueras tan grosero; mi muerte fué debida á una tuberculosis galopante, y hará escasamente seis años y medio.

La marquesa coqueteaba hasta después de muerta, y no quise contradecirla.

Cambié la conversación y le pregunté:

—Di, Elvira: ¿tú crees que ahora nos sacarán á colación todo lo que hicimos por allá abajo? Sería terrible que nos encontrásemos con tu marido.

—Yo creo que siempre se exagera algo. Sí que sería un poco desagradable ver ahora al pobre Juan. Pero como murió hace mucho tiempo, no es fácil que

esté por aquí; y si está, comprenderá que es muy desairado el darse por aludido. Además, Serapio me ha asegurado muy formalmente que corre de su cuenta el arreglarlo todo. Y ya sabes—añadió con sonrisa picaresca—que llevamos un mirlo blanco, que de éstos entran pocos en libra.

—Pero dime—dijo Elvira, fijándose en mi perro—, ¿quién es ese que llevas pegado á ti, tan basto y tan ordinario?

Yo me azoré ante la pregunta, y hubiera dado cualquier cosa por una mano armada de tijeras para desembarazarme de mi enojoso can. Pero me repuse, y con gesto indiferente y compasivo contesté:

—¡Ah! Sí. Es un pobrecito mudo de nacimiento, á quien he recogido en el camino. Ya sabes que siempre es bueno hacer una obra de caridad.

—Dímelo á mí, que fundé un hospital... Pero es que ése parece que da cierto tufo, como á perro de los que no se lavan.

VII

Numerosos espíritus de todos los colores y de variadas formas se fueron agregando á nuestro paso. Mi perro y yo, con Elvirita y el fraile, marchábamos unidos al joven Cordero para sacar todo el beneficio posible de su compañía.

Un momento llegó en que la aglomeración fué tal, que chocábamos unos con otros. La algarabía que ar-

mábamos era ensordecedora. Me recordaba la calle de Alcalá de Madrid á la salida de los toros.

Oíamos hablar los idiomas más diferentes. Fijándose bien se entendían las conversaciones particulares; pero al pronto producían la impresión que se sentiría al pie de la torre de Babel...

—¡Hagan el favor de no arrempujar!—gritó una voz á nuestro lado.

Y al poco rato sonó la misma, encarándose con un espíritu vecino.

—Y usted, so viejo verde, se podía ir á parchear á su madre. ¡A ver si es que porque una esté sola se van á pitorrear!

El aludido nada contestó; pero debió insistir, ó quizás la misma aglomeración le llevara de nuevo hacia aquella alma chillona y regordeta, porque ésta levantó de nuevo la voz:

—¡A ver si va á poder ser! Que le digo á usted, tío tiñoso, que á mí no me soba nadie.

El padre Serapio intervino:

—Hermanos, haya paz entre vosotros. Olvidad los apetitos de la carne, y preparaos debidamente á escuchar el fallo inapelable hacia el cual todos caminamos. Y tú, hermana, depón tu irascibilidad y sufre con resignación las flaquezas de tu prójimo.

—Y á usted, ¿quién le da vela en este entierro, cacho de pendón?—gritó aquélla en tono de ponerse en jarras—. Me basto yo y me sobro, aunque no esté aquí mi hombre, para quitarme de encima pelmas como éste.

—¡Jesús!—dijo Elvira—, qué gente más ordinaria.

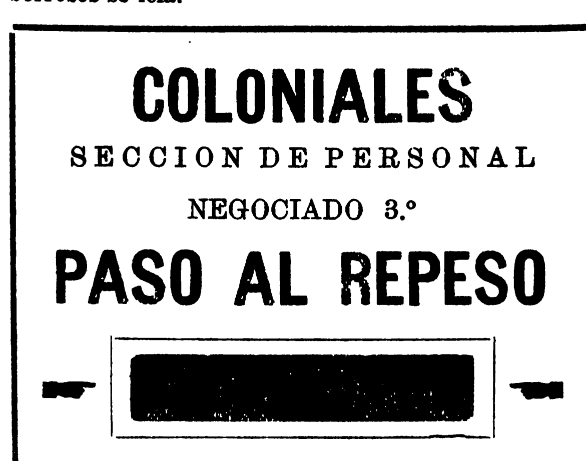
—Pues aquí todos somos iguales — contestó la arpía encarándose con ella—, ¿lo sabe ya la marquesa

del pan pringao? Que donde se ponga una señorona, por muy empingorotá que sea, se puede poner Paca la naranjera, vendedora en la plaza la Cebá, pa servirla.

Optamos todos por callarnos, y al fin y á la postre trabamos amistad con Paca, quien también se puso á buenas con su cortejador. Este resultó ser un militar retirado procedente de la clase de tropa, que por haber vivido en la calle de Toledo conocía de antiguo á la naranjera. Se llamaba don Nemesio y era un viejo muy simpático.

Ya nos íbamos acostumbrando á las apreturas y se nos reían las tripas con las ocurrencias de Paca, que la misma Elvira encontraba distraídas é interesantes, y con los mentirosos relatos de las hazañas cubanas de don Nemesio, cuando divisamos una gran boca que, á manera de buzón, se abría en la superficie solar.

Encima, en una lápida blanca y en caracteres algo borrosos se leía:



Paca cuando acabó de deletrear el rótulo soltó una carcajada, y antes de que todos desapareciéramos en la negra boca del buzón dijo:

—Eso de *coloniales* está pero que muy propio, porque mismamente debemos parecer un chorro de judías del Barco.

VIII

En medio del atontamiento que me produjo tan violenta caída, me sentí arrastrado por diferentes conductos ó canales, en los que resbalaba rápidamente; noté como si nos removieran con palas y como si nos hicieran pasar por cedazos que oscilaban en continuo vaivén. La impresión que recibí fué la de viajar en el interior de una fábrica de harinas.

Y ¡á cuántos chascos está sujeto el humano espíritu tan pronto abandona la carnal envoltura!

Cuando en mí volví, cuando esperaba salir á la espaciosa explanada de algún gran valle, me encontré en una dilatada y tranquila laguna cuyas aguas envolvían mi alma en una sensación deliciosa de tranquilo bienestar.

¡Caramba! pensé: ¿estaré en la laguna Estigia? ¿serán estas aguas las que yo suponía fantásticas y mentidas aguas del Leteo?

Pronto me dí cuenta de mi verdadero estado, de que el mucho leer sólo trae trastornos de los sesos y de que lo que yo suponía extensa laguna de acantiladas costas era ni más ni menos que una cubeta en la que

me encontraba en remojo en unión de otros muchos colegas espirituales. Mi cubeta era una de tantas que integraban un aparato colocado en una oficina destartalada, y cuyas viejas mesas sacudía con unos zorros un hombre de edad, con blancas barbas y calva luciente, que vestía una blusa azul· En medio de la sala se alzaba una balanza sobre metálico poste, cuyos platillos oxidados indicaban no debía usarse hacía tiempo.

El silencio general apenas le interrumpían los golpes de zorros y un cuchicheo que alcancé á oir en una de las cubetas vecinas. En las voces reconocí á mis compañeros de viaje Carlitos Cordero y el Padre Serapio.

—Padre—decía Carlitos—. Si yo creo que no es él.

—Pues se la sueltas de todos modos — contestaba Serapio—. Si no es él puede ser un criado que tenga, y siempre le gustará que le confundan con su amo.

—Padre—decía el pudoroso joven—, si esto no es como lo pintan las estampas.

—Es que todavía no hemos entrado; probablemente ni siquiera habremos llegado á la portería.

—Yo, padre, tengo mucho miedo de ver á los diablos. Si hubiera podido traer la medallita que usted me dió.

—Tú, hijo mío, sólo verás angelitos, muchos angelitos, y jugarás con ellos á la pelota y al peón como cuando estabas en el colegio.

—¡Ay! padre—decía Carlitos rebozando gozo—, yo no me creo bastante digno.

—Pues si tú no lo eres, hijo mío, ¿quién podrá serlo? Pero, mira, ya se acerca. Anda, Carlitos, díselo con dulzura y con aquella voz que cantabas las flores en el colegio.

El joven Cordero empezó su jaculatoria, pero tar-

tamudeaba y no pasó de repetir palabras incoherentes. «¡Oh! excelso. . ¡Oh! celestial... amparadme... la dicha eternal.

El hombre de las barbas, que pasaba en aquel momento, paróse al oir aquella voz atiplada y dando un golpe con los zorros en las cubetas dijo:

—A callar todo el mundo, que está prohibida la conversación.

Carlitos no volvió á rechistar; pero Serapio, con maneras insinuantes, preguntó al que acababa de darnos el zurriagazo:

—Señor, ¿podría decirnos si hablamos con el portero celestial?

—El portero sí soy; pero no consiento que nadie me tome el pelo. Con tanta confusión me van á hacer que me afeite las barbas. Me llamo Mónico Corros... Y no me pregunten más, que no tengo ganas de que éntre el jefe y me ponga una multa por contestar á preguntas tontas.

—Pues bien, señor de portero, señor don Mónico—insistió Serapio—; sed caritativo y tened la bondad de decirnos dónde nos encontramos.

—En letras bien gordas está á la entrada, para que todos lo sepan.

—Una palabra no más, señor don Mónico... Sed caritativo. Dadnos un consejo, que avalorará la experiencia de vuestras barbas venerables.

Don Mónico se atusó el bigote dándose importancia, y dijo:

—Hable, pues; pero hable pronto, para que no nos pillen de charla.

—Pues es, excelso Mónico, que quisiéramos saber cómo haríamos para presentar debidamente la virtud

virginal de este joven pudoroso que con nosotros traemos.

—Aquí no hay presentaciones que valgan. Aquí á cada cual se le da lo suyo, y en paz. ¡Pues no faltaba más! ¡A ver dónde se cree que está! Además, esa virtud en los machos se aprecia poco. Todavía, si fuera una hembrita...

—Pero es, ¡oh gran Mónico!, que este caso es excepcional: es que se trata de un joven valeroso que resistió durante veintisiete años el arrollador empuje de las pasiones; quo supo vencer al demonio de la carne después de reñir con él descomunales batallas; que ha salido ileso y puro de cuantas asechanzas puso el enemigo para arrebatarle la preciosa flor de su virginidad; que...

—Y ¿cuál es? ¿Cuál es? —preguntó Mónico empuñando una lente formidable y mirando á la cubeta.

—Éste es, éste que á mi lado se acoge tembloroso como una paloma cándida —contestó Serapio.

—¿Ése que se le sube el pavo y que se pone colorauco cuando le miro?... Sí que tiene veintisiete años de los de allá arriba, se le conoce en el diente... pero lo que no tiene... ¡ja! ¡ja! ¡ja!... Ya me lo pareció en la voz de flautica... ¡El demonio tiene cara de conejo!...

Y el bueno de Mónico se alejó dando risotadas y sacudiendo fuertemente las mesas con sus zorros.

Un millón de carcajadas confundidas en una sola carcajada homérica salió de las cubetas. Carlitos se anegó en un mar de rubor, y Serapio, sin decir una palabra, saltó al suelo con la agilidad de una pulga, y se perdió de vista.

IX

Todavía estaba haciendo la limpieza Mónico cuando entró un hombrecillo chiquitín, al que yo juraría haber visto por acá abajo. Venía frotándose las manos, y alguna vez se rascaba un hermoso sabañón que ostentaba en la nariz. Llevaba flecos en los pantalones y los tacones de sus botas deformes se torcían hacia adentro.

Apenas entró, fuése derecho á uno de los armarios, se puso unos manguitos negros y se sentó á una de las mesas, abriendo un libro grande que sobre ella estaba.

Mónico le dió un cariñoso golpe con su manaza en las espaldas, al tiempo que le decía:

—Mucho se madruga, señor González, para el frío que hace.

—Y qué quiere usted, amigo Corros; hay que trabajar, y el servicio está muy atrasado.

—Pues si hay que trabajar que trabajen todos... No va usted á ser el burro de carga del negociado... Vamos, no sea usted primo y caliéntese en la estufa mientras nos traen el café.

González, sin hacerle caso, seguía escribiendo. Mónico se despojó de su blusa y apareció con levita azul galoneada de plata. Los botones tenían en relieve una balanza.

A poco entró un mozo con servicio de café y dos medias tostadas. Mónico, sentado ante la estufa, estuvo un rato disolviendo pacientemente el azúcar en el café, que luego fué mezclando con la leche, pasando y

repasando con mucha calma el líquido de cafetera á cafetera. Cuando hubo terminado, llenó los dos vasos, y presentando uno con una media tostada al covachuelista:

—Ahí va, señor González—le dijo—, y créame á mí: hace usted mal en tomarse tantas sofoquinas, que al fin y á la postre ni agradecido ni pagado.

—Y cómo ha de ser, si la soga se rompe siempre por lo más delgado, y yo ni soy de plantilla ni tengo agarraderas.

González siguió escribiendo con la derecha y mojando y comiendo con la izquierda. Alguna vez salpicaba en el libro y lo limpiaba con un pañuelo sucio que sacaba del bolsillo.

Yo estaba admirado. Fué preciso que pasasen dos horas, según el reloj de la oficina, para que saliera de mi abstracción y de mis cavilaciones.

Serían las once y media cuando entró un pollo muy acicalado fumando un cigarrillo egipcio. Dirigióse á González y le dió una palmadita en el hombro, que contestó con una mirada muda. Después acercó una silla á la estufa, se sentó, y estirándose los pantalones se puso á leer un periódico.

Luego fueron entrando hasta otros cinco, que hicieron corro con la estufa en medio.

—¿Cómo andamos de política; nos vamos ó nos quedamos?—preguntó uno de ellos, que llevaba barba de una semana y usaba cuello y puños de celuloide.

—Mal, Sánchez, mal — contestó el que leía el periódico dándose importancia—; el gobierno no dura tres días. Ayer estuve en el te de Negocios Extranjeros y la opinión reinante es esa. A mi juicio, el del Interior ha hecho una botaratada presentando el proyecto tan

pronto: debió aguardar á que viniera el buen tiempo, cuando las minorías están debilitadas porque muchos representantes se van á provincias.

—Pues si se van el ministro y el director — dijo otro—al jefe le dan la cesantía.

—Don Bálsamo—replicó el del periódico—continuará en el Negociado. Estoy bien enterado. Ayer le vi un momento en la avenida paseando con el futuro ministro. El que peligra es el jefe de la Sección.

—¡Recorcho!—gritó otro —; si me quitan á don Santos, me parten...

La conversación fué interrumpida y el círculo deshecho instantáneamente al rumor de unas puertas que se abrían.

Cada cual ocupó su mesa y todos se pusieron á escribir y á revolver papeles.

Un silencio religioso se hizo en la oficina. Diríase que alguna aparición mágicamente evocada iba á tener lugar... Y, en efecto: solemnemente, cual si así fuera, con litúrgica gravedad, apareció primero la ceniza, hábilmente conservada; después un hermoso puro, luego la boquilla de espuma á medio culotar con su luciente bola de plata, y antes de que acabase toda ella de pasar se empalmó á las barbas grises de un señor de grueso y acachuelado porte, que abrigaba un gabán de pieles y cubría una chistera monumental y flamante. La cara, al parecer, no era de muchos amigos.

Sentóse á la mesa más grande y más nueva, y apenas se hubo calado los lentes de oro, mandó imperativo:

—¡Ramírez, la firma!

Ramírez, que era el pollo del periódico, recogió apresurado unos papeles y los presentó al jefe.

—¿Y no hay más firma, señor Ramírez?

—Sabe usted, don Bálsamo, que estos días he venido un poco tarde porque me encontraba algo acatarrado. Además, ayer, el señor ministro de Negocios Extranjeros...

—Está bien: puede retirarse... ¡Pérez... deportaciones!

—Señor jefe, como la máquina hace días que no funciona...

—¿Tampoco?... ¡Martínez!... ¡Permutas!

—Señor jefe...

—¿Qué?... ¿También la máquina?... ¡Ah! ¡No, no; esto no puede seguir así!... ¡A ver, González!... ¡el registro!

González, mordiendo la pluma, se levantó y llevó su gran libro á don Bálsamo, quedando en pie delante de la mesa, mientras aquél repasaba las hojas. Las piernas le temblaban y las hilachas de los pantalones acariciaban, en blando aleteo, los descosidos contrafuertes de las botas.

Don Bálsamo dejó un momento de mirar el libro, dirigiendo la vista á la puerta, por la que entraba un niño de escasos doce años, con blusa á la marinera y las pantorrillas al aire.

Don Bálsamo miró al reloj, que señalaba las doce y media, y encarándose con él le dijo:

—¿Le parece á usted, Luisito, que son éstas horas de venir al Ministerio? Aunque su padre sea el jefe del 7.°, usted ha de venir á la hora de todos y la hora de entrada en este Negociado es la de las nueve.

Luisito no dijo una palabra. Destapó una máquina de escribir y empezó á teclear.

—Y bien—dijo don Bálsamo, cerrando el libro de

golpe y porrazo—. ¿Usted cree, señor González, que así se puede continuar? El negociado lleva un retraso de tres meses y esto es intolerable. Ustedes se agarran á que las máquinas no funcionan; pues si no funcionan volveremos al desacreditado y primitivo sistema de mi antecesor. Volveremos á las balanzas y vendrán ustedes por las tardes y por las noches, si es preciso. Todo antes que tolerar que el abuso continúe. Y ustedes abusan de mi bondad; pero aunque visto de lana no soy borrego. Sí, señor González; si es necesario me temblarán ustedes, como temblaban á mi antecesor, que lo mismo en este negociado que en la colonia supo hacerse temer y sembró el terror por todas partes.

—¡Mucho cuidado, señor González!

Cortó la filípica el anuncio de una visita.

Don Bálsamo, al divisar la cara del interruptor, levantóse sonriente y todo lo de prisa que su abdomen se lo toleraba, y abriéndolos de par en par:

—¡A mis brazos, don Chorobito!—gritó—. ¡A mis brazos!...

Cuando de ellos empezó á verse libre, el recién venido don Chorobito (que así debía llamarse, ya que de tal nombre no protestaba) insinuó dulcemente:

—Pues venía á molestarle, amigo don Bálsamo...

—¡Molestarme á mí, don Chorobito!... Pero... ¿y papá? Hábleme de papá... ¿Cómo sigue mi señor don Abdón?

—Pues no está peor. Papá se conserva bien.

—¡Ah, qué naturaleza la de papá! ¡¡Y qué carácter! Aquí, papá, en esta casa será recordado siempre. Por supuesto, que de don Chorobito no digamos... ¡Caramba, caramba, qué sorpresa más grata!... ¿A que no se acuerda don Chorobito de la primera vez que fué

director? Cuando teníamos que quitarle las plumas de la mesa, porque hacía con ellas banderillas para ponérselas á los ordenanzas. Pero qué remalo que era. ¡Je... je!...

—Sí. Eso sí. Todos dicen que yo era muy travieso.

—¿Mucho?... Muchísimo. Mas lo que también deben decir es que la gracia que usted tenía no la tenía nadie. ¿Y lo de prisa que aprendió á firmar? Porque no de todos se podría decir como de usted, que todo lo firmaba de su puño y letra. Pero qué sal de criatura... ¡Oh! Me acuerdo de un día que tuve que salir un momento mientras estábamos despachando, y cuando volví me encuentro con que me había estropeado usted más de veinte expedientes. ¿Se acuerda usted? Le habían chocado las rúbricas de un jefe que hacía muchos garabatos, y «su excelencia» se había entretenido en recortarlas con las tijeras para «hacer colección», como decía usted con la mar de gracia. Pues ¿y el día en que le llevamos á confirmar? Que cuando su ilustrísima le pegó los dos mojicones de reglamento se nos echa á llorar, y que yo le dije: «¿Pero no le da vergüenza al señor director estar llorando?» Y usted se puso serio y se calló, aunque haciendo pucheretes todavía, que, claro está, en seguida se quitaron, en cuanto yo saqué el paquete de napolitanas. ¡Ah! Pero lo que tuvo más chispa, si no hubiera sido por el percancillo, fué lo del real decreto.

—Hombre, á propósito; cuéntemelo usted cómo pasó, porque mamá dice que fué con el morillo y el tío Casiano que fué con las tenazas; y yo creo que fué con el morillo.

—Y con el morillo fué. Por cierto que no hace mucho me recordaba esto papá y lo hizo de una ma-

nera que casi me asustó. Fué cuando le presenté aquel proyecto que usted patrocinaba sobre la reforma constitucional. Don Abdón, muy serio con aquellas patillas tan hermosas y tan solemnes: «Mi hijo don Chorobito—me dijo— es una de las primeras cabezas que tenemos, esto es público y notorio; pero no podemos fiarnos mucho de él, porque es algo revolucionario». Y lo decía con aquel aplomo y con aquellas patillas, que yo me lo creí y hasta iba á interceder en favor de usted...

-Sí Papá es muy serio, pero no tanto como la gente cree. En casa, algunas veces se ríe.

—Pues aquí, en la casa, nunca le vimos reirse, y eso que á corazón... Aquel mismo día, cuando vió que yo me hacía un taco, me dijo: «Sí, hombre; y usted, amigo Balduque, debe saberlo mejor que nadie. ¿No se acuerda usted del real decreto que se puso por montera?

—Pero eso quería también preguntar: ¿fué una montera ó fué un barco lo que hice?, porque mamá dice que fué barco, el tío Casiano dice que fué montera, y á mí, á ratos me parece que fué barco y á ratos que fué montera.

—Y así justamente fué: á ratos barco y á ratos montera, pues las dos cosas parecía, y hasta las tres, porque, según los que lo vieron, también tenía algo de sombrero de teja.

—A ver: cuénteme usted, cuénteme usted, don Bálsamo; para que se ría mamá, porque el tío Casiano es tan cascón... Pero, eso, si no le interrumpo; porque usted tendrá que trabajar.

—¡Qué trabajar ni qué niño muerto! Y siendo para contar á mamá... Ya se trabajará, que más días hay que longaniza.

Y en seguida continuó:

—Pues verá usted cómo fué. Había usted despachado un día con los negociados, las secciones y las inspecciones. Yo fuí de los últimos, y apenas vuelvo aquí noto la falta de dos reales decretos, que como de firma de ministro, guardaba en la carpeta verde. ¿Se acuerda don Chorobito de la carpeta verde y de cómo le gustaba enredar en ella y qué hociquitos de enfado me ponía cuando se la quitaba, diciéndole «¡Ta! ¡Caca!»?... Bueno, pues aquel día yo no caí en la cuenta de que había entrado á la firma con la carpeta verde, y, claro, me volvía loco buscando los decretos sin conseguir dar con ellos. Preguntaba á Fulano y me decía que Mengano, preguntaba á Mengano y me decía que Perencejo, Perencejo que otra vez Fulano y Fulano que quizás no fueran ni Mengano ni Perencejo, pero que con toda seguridad que daría razón Perencejano; y entre unos y otros nos hacíamos un lío de todos los diablos. Al fin, las sospechas más vehementes recayeron en un aspirante tercero que, todavía me acuerdo, era un tal Cornejo, pájaro de cuenta, con quien no se acababa de tomar una determinación, en atención á su numerosa familia, porpue era el caso más estupendo que en la casa se había dado: tenía veintinueve hijos que mantener con su sueldo de mil trescientos reales... y eso que no estoy muy seguro, pues más bien quiero recordar que no eran veintinueve, sino treinta y nueve los hijos que tenía. Ello es que ya se estaba instruyendo á Cornejo expediente sumarísimo por sustracción de los decretos, cuando entra la niñera, toda alborotada, diciendo que ella se va, y que aquello no es para ella, y que así la riñe la señora sin tener culpa ninguna, y que ella no puede hacer vida del niño, y que

no le paran limpios delantales ni bragas, y que con tanto jugar con papeles cualquier día iba á haber una tragedia... y qué sé yo qué más cosas decía la bendita asturiana con su dichoso acento y con aquella velocidad, que un tren expreso no consiguiera alcanzarla. Total, que los jefes corremos á ver qué pasa á su excelencia. Entramos en el despacho y allí nos encontramos al señor director tumbado en la alfombra y jugando delante de la chimenea con un real decreto en la cabeza (que ya digo, lo mismo podía ser montera ó barco que sacerdotal capelo), y con el otro decreto entre las manos, convertido en pajarita de papel á la que tiraba del rabo para que volase, mientras canturreaba con aquella media lengüecilla tan ceceosa y tan rica:

La pacaguita blanca,
Viva el amog,
La pacaguita blanca,
Viva el amog,
Se quiegue calentá;
Viva la goza en su gozal.

Nada, que le aseguro que estaba usted para comérselo á besos. Y entonces fué cuando al quererle apartar para que no se quemara se agarró á las narices de uno de los morillos de la chimenea y se hizo la quemadura que tanto lamentamos todos.

—Y que todavía alguna vez me escuece.

—Pero ¿será posible, don Chorobito? ¡Oh, qué pena! ¡Qué pena más grande! ¡Y será posible!

—No; si únicamente me escuece un poquitín cuando va á cambiar el tiempo, Además, con un poco de vaselina casi no se nota.

¡Ah! entonces es un barometrito que tiene usted en la mano. Ya me había usted asustado... Pero estoy entreteniendo á mi señor don Chorobito, á quien quizás más gratas y dulces ocupaciones estén aguardando. Vamos á ver en qué puedo yo servir á mi señor don Chorobito

—Pues venía sobre aquella recomendación del distrito... Aquel deportado á la colonia Marciana.

—¡Ah! Entonces, querido don Chorobito, nos hemos confundido. Vamos al 4.°, porque aquí es la Terrestre.

—No, no. Sí es que, como todas son iguales y redondas, yo las confundo. Total, para lo que valen... Pero es aquí: tengo la seguridad. Si es aquel de que hablamos la última vez. Y es el caso que ya extingue la condena y quisiéramos que continuase por allá.

—Sí, hombre, sí; ya me acuerdo. Era uno que ocupaba una plaza de bandido en Calabria. Pues debe estar al caer, porque ya llegó el parte de que lo habían ahorcado.

—Pues eso quisiéramos precisamente, que no volviera, que le diesen alguna otra plaza por el estilo.

Y don Chorobito, bajando la voz para que no se enterasen los oficinistas, continuó:

—Nuestro interés está en que desde que él salió á cumplir condena, su mujer se hizo amiga de uno de mis primeros electores, y me va en ello el acta. Además de que será lo mismo, pues si vuelve haría una barbaridad, y sería deportado nuevamente. Y papá, excuso decirle el interés...

—Ni una palabra, don Chorobito, ni una palabra. Pero es que es muy fuerte, es muy fuerte lo que me pide. Ya sabe usted que mi deseo es el de servirles siempre, lo mismo á usted que á mi señor don Abdón; pero precisamente he expuesto en tantas partes y oca-

siones mi criterio opuesto á la colonización penitenciaria, y sobre todo á lo que usted desea... Lo dice mi lema: *Non bis in idem*, ó sea: No dos veces. Con el contacto de nuestros criminales, aquellos infelices no serán nunca nada... Aquí, lo sabemos muy bien, progresan poco. Y lo que más daño hace son las reincidencias. Su recomendado, por ejemplo, que es un perfecto canalla, ha causado mucho mal en este primer viaje; pero son tortas y pan pintado en comparación con el que hará si vuelve. Porque ahora, como desconocía el medio en que se hallaba, dió rienda suelta á sus instintos y robó y asesinó hasta acabar en la horca. Pero si vuelve será más perjudicial, pues conociendo ya el medio en que se desenvuelve conservará su perversa naturaleza, pero sabrá evitar los escollos y tropiezos, y llegará á mandar ejércitos, ó á regir iglesias, ó á gobernar naciones.

—¿Pero es verdad que hay allí ejércitos y naciones?

—Y tan verdad, don Chorobito. Está demostrado; son seres hasta cierto punto inteligentes los pobladores de las colonias, y tienen instituciones sociales que, aunque rudimentariamente, se asemejan á las nuestras.

—Pues yo siempre creí que en tanta luna parda como se pasea por los aires solamente podrían vivir cucarachas ó ratones... Pero, en fin, sean lo que sean, no podrán pasar de ser unos animalillos insignificantes, que ni sé para qué querrán ellos mismos progresar. Hasta los gatos quieren ya zapatos... Después de todo, si quieren progreso, por mí que progresen; pero, por favor, no me le deje usted venir, amigo don Bálsamo; mire usted que me cuesta el distrito, ó treinta mil duros por lo menos.

—Ya veremos, don Chorobito, ya veremos. Y ya sabe usted que de medio lado que pueda servirle lo haré. Sólo por usted y por papá haré yo la vista gorda. Precisamente, quizás haya pronto combinación por vacantes en otra región por el estilo, que se llama Andalucía. A ver si puedo meterle de matute. Sólo por usted.

—Pues en usted confiamos.

—Ya veremos, ya veremos.

Y don Bálsamo, levantándose, acompañó á don Chorobo hasta la puerta, dándose mutuas palmadas de afecto en las paletillas.

—A los pies de mamá.

—Que en usted confiamos.

—Este para papá.

. . . .

Vuelto á su sillón don Bálsamo, y vuelta su cara á la burocrática severidad que en él habitual debía ser, ya parecía que poco á poco se le iba entenebreciendo como si también quisiera volver á la filípica que interrumpiera don Chorobito, cuando se le vió dar un salto que puso en conmoción á todo el negociado.

Nervioso, metióse el meñique en el oído, y sacando una pelotilla de cerumen, entre gritos de rabia, colocóla en el portaobjetos de un microscopio y miró con avidez.

En el expectante silencio que reinaba se oyó la voz de Serapio desde su pelotilla:

—Soberano dueño y señor...

—¡Justo!—vociferó don Bálsamo—. ¡Ya dejaron pasar otro! Son ustedes imbéciles. Quieren infestar el país con estos parásitos inmundos que tienen la cualidad de multiplicarse en todas partes. Y se les conoce

á la legua: son estos con pintas, estos que echan discursos y se humillan y se arrastran. Si por ustedes fuera, invadirían el país como invaden la colonia. Son ustedes idiotas... ¡González, queda usted cesante!

González se quedó mirando á su jefe con ojos extraviados, después se arrancó de un tirón los manguitos y luego cayó desplomado sobre su libro.

Mónico se presentó en la puerta, y, haciendo una profunda inclinación de cabeza, dijo:

—¡La hora!

—¡La hora!—replicó furioso don Bálsamo, cual si se aprestara á repeler un insulto—. Aquí no hay hora; de aquí no sale nadie en todo el día. Analizaré yo mismo los caldos hasta que no quede uno solo con pintas.

Y cogiendo la gruesa lente vino hacia nosotros, examinando una por una las cubetas y diciendo entre dientes:

—¡Malditos bicharracos! Acabarán con mi paciencia y con mi vida... Aquí hay servicio para más de un año... y esa máquina sin funcionar... ¡Ah! ¡Si pudiera exterminarlos!... Y sólo nacen en esa maldita colonia... Mi antecesor, con sus intemperancias, tuvo la culpa... Y el gobierno se va... y mi cruz no viene... ¡Todo un jefe de negociado de segunda examinando bestias!... Aquí no hay más que zánganos chupando del presupuesto...

Cuando á mi cubeta le tocó el turno del análisis, vimos con espanto aquel ojo gigante que nos miraba, cuyo iris de reflejos azulados se contraía y dilataba á impulsos de la cólera.

El ojo quedó fijo en nosotros. Su pupila se dilató. Parecía querer saltar de la órbita como un huevo

cocido. A mí, que creía estar curado de espantos, me dió miedo y me recordó el ojo terrible de la Providencia, que me infundía pavor al verle pintado dentro de un triángulo en los libros de la escuela.

Ton, que se había vuelto muy comedido desde que había entrado en los dominios de la burocracia, se replegó contra mí, diciéndome:

—Mi amo, si me da más miedo que los de la Blasa cuando me tiró la plancha...

Pero la lente se retiró en seguida, y vimos á don Bálsamo echar las piernas al aire haciendo una zapateta y oímos que con un vozarrón de becerro lanzó un formidable:

—¡¡¡¡¡Eureka!!!!!

—Sí, señores—añadió con transportes de alegría y abrazando á todos, que le miraban asombrados—; sí, le encontré... El gobierno está salvado... La gran cruz para mí, el ascenso para todos... ¡Qué contenta se va á poner mi Tomasa! ¡González! ¡Amigo González! ¡Un abrazo! ¡Está usted ascendido!

Y González, que seguía tumbado sobre el registro, manchándole con el hilo de baba que le caía de la boca, miró á don Bálsamo con una mirada estúpida y se dejó abrazar.

X

Aunque bastante débil á consecuencia de los sucesivos análisis y remojones en diferentes reactivos de que nos hicieron objeto, me encontraba muy distraído contemplando el aspecto de la cámara. Desde el pupitre del ministro de las Colonias veía todo el salón perfectamente. Y todo lo veía azul, por ser éste el color con que nos obsequiaron al convertirnos en preparación de microscopio.

El ministro llevaba más de una hora en el uso de la palabra, y á pesar de que le entendía perfectamente y le oía hablar de los seres «miserables que pueblan las colonias», de los «sistemas coloniales de penitenciarios» y de otras zarandajas por el estilo de las que ya oímos á don Bálsamo Balduque, no le prestaba atención por creer que en nada pudiera referirse á mí de un modo concreto. Esparcía mi ánimo viendo el millar y pico de representantes ó diputados que ocupaban la inmensa pieza en que la sesión tenía lugar.

Pero cuando sentí que el ministro nos levantaba del pupitre y nos colocaba en una especie de linterna mágica que junto á sí tenía, comprendí que yo era el objeto principal de su discurso. Pronto me vi proyectado en dimensiones colosales en un lienzo blanco. Los rayos luminosos al atravesarme me producían un cosquilleo que me reanimó, aguzándome las entendederas.

Decía el ministro, señalando á la proyección, con tono declamatorio y en actitud heroica:

—Estos; éstos son, señores, nuestros argumentos... Con hechos es como el Gobierno contesta á toda la palabrería de retumbantes nimiedades con que nuestros adversarios nos atacan...

«Ese impalpable nexo molecular que une á dos seres y que á manera de gigantesco hito señala de un modo rotundo é inconfundible el principio de una nueva era, el tránsito de una civilización á otra civilización superiór y más perfecta; ése es, señores, el resumen sintético de la labor de nuestra política.

«¿Qué diría, señores, si tal viera el inmortal Ulaxis, él que en el siglo XIII aventuró la idea de que en los planetas pudieran germinar alguna vez seres inteligentes; él que por sus teorías sufrió acorba persecución, aunque la crítica moderna pretenda demostrar que tal persecución nunca ha existido?... ¿Y qué dirían los sabios y pensadores que, atraídos poderosamente por este fenómeno biológico, vertieron por aquel entonces el fruto de sus cavilaciones y de sus vigilias en abultados volúmenes en folio?... ¿Y la inocente campesina Tostoneta cuando, relatando sus sueños de virgen púber, contaba cándidamente, entre las groseras chanzas de un vulgo ignaro, que veía volar á los espíritus?... ¿Y el ilustre Gorjitón, el padre de nuestro sistema colonial, el que regulando la trayectoria de una sencilla pompa de jabón descubrió las leyes inmutables que regulan las idas y venidas de los espíritus planetarios?... ¿Y qué dirá, por fin, el sabio polígrafo, el eminente maestro ya octogenario, el que con su nombre excelso llenará por muchos siglos la historia del mundo, el incomparable Estornín, para quien

ese trozo de átomos constituirá la corona más gloriosa que pudo merecer en una vida dilatada de trabajos puesta al servicio de la humanidad?

«Porque sí, señores; grande es el triunfo de nuestro sistema, los hechos lo demuestran; yo os presento las primicias de nuestro trabajo y ellas me ahorrarán muchas palabras, ellas atarán para siempre las envenenadas lenguas de nuestros impugnadores, pero al fin y á la postre nosotros no hicimos otra cosa que seguir los dictados de la ciencia: la gloria no es nuestra, la gloria es de Estornín. El fué quien afirmó que la ubicuidad poseída por el hombre solar le permite pasar á los planetas á vivir la vida efímera de un homúnculo pseudo-racional, y al hacer tal afirmación despejó la incógnita de los siglos; el mundo entero comprendió la razón de existencia de esos planetas, de esas lunas que giran á nuestro alrededor; y doscientos volúmenes impresos han demostrado que sólo nacieron y giran para nuestra expansión y recreo. Entonces, á raíz del descubrimiento —todos lo recordaréis, pues no han pasado tantos años—, la moda, siempre caprichosa, hizo que nuestros ingenios peregrinos viajasen por las colonias, y ésta sería para ellas, si en ellas historiadores pudiera haber, la edad dorada de su historia. Luego—casi valdría más no mencionarlo—la ciencia penitenciaria se aprovechó del secreto de Estornín, y las colonias fueron infestadas con la hez de nuestra sociedad. Esta es, señores—y no veáis en mis palabras una ironía—, el triunfo de la política de nuestros adversarios.

«Mas al lado de esta afirmación también sentó otra el valetudinario insigne, y ésta es la que nosotros hemos recogido, la que nosotros hemos cultivado, la que nos-

otros hemos hecho fructificar. Estornín dijo con valentía sin ejemplo que á la unidad de la materia correspondía la unidad del espíritu, que la misma inteligencia anima á todos los seres, desde los más inferiores hasta el hombre, que es el más perfecto, y las *tablas estorninas* calcularon minuciosamente la proporción en que unos se encuentran con respecto á otros.

«Pues bien, señores: nosotros, con los deficientes medios á nuestro alcance puestos, enviando á las colonias, desoladas por nuestros malhechores, hombres, quizás no dotados de grandes condiciones educativas, pero los únicos que voluntariamente prestarse pueden á tan poco apetecible destierro, en su mayoría maestros de escuela cesantes, escritores adocenados irresistibles para nosotros por su pedantería, algún licenciado del ejército, algún licenciado de presidio con buena nota y con instrucción, guardias civiles retirados y literatas marisabias; gente, en suma, de poco más ó menos (perdonad la expresión), que aquí no sirve para nada, que allá son reputados grandes talentos y á quienes bien para optar á concursos, bien para mejorar en derechos pasivos, conviene hacer tal viaje—pues digo y repito que todos van voluntariamente, excepción hecha de los pedantes de ambos sexos á quienes, oído el Consejo de Estado, por razón de utilidad pública se acordó deportarlos á la fuerza (y ya se les conoce que son forzados en el veneno que destilan por plumas y bocas); medida justa, porque justo es que las colonias alivien á la madre patria de esta insoportable carga —; con tan pobres medios, señores, y en una de las más miserables colonias, hemos conseguido el resultado que veis, que si hoy es lisonjero, predice para mañana las esperanzas más risueñas.

«Aquí tenéis—añadía señalándonos—, aquí tenéis el *individuo doble* que anunciaba Estornín. Dos individuos del sexo opuesto unidos por el amor, por la bondad, por la superioridad relativa de su inteligencia se funden en uno, forman un solo individuo, el individuo compuesto... El primer paso está dado: al individuo doble, la educación y el progreso harán que siga el individuo cuádruple, y cuando las agrupaciones individuales lleguen á alcanzar el número de cinco mil en que el sabio maestro calcula el tipo de la inteligencia humana solar, el hombre habrá llegado á la creación del hombre; millones de criaturas nacidas á una vida superior nos guardarán eterno agradecimiento.

....

La ovación fué delirante y estruendosa. Ton y yo aprovechamos aquel respiro para reirnos á nuestras anchas en nuestra estrecha prisión de cristal.

Pero en medio de la ruidosa aclamación oímos clara y distintamente dos interrupciones.

La una, con matices agrios y apasionamiento rabioso:

—Eso, si no es una farsa, es un milagro.

La otra, un tanto escéptica y burlona:

—¡Bah! Habrá sido una casualidad.

Estas palabras soliviantaron los ánimos; de un lado para otro se cruzaban frases de grueso calibre. Algunos bastones se alzaron; pero el ministro contuvo la acometividad de los suyos, con lo que también se apaciguaron los contrarios, y levantándose, dijo con acento cortés y deferente:

—Dos palabras no más para contestar la interrupción de mi respetable compañero de Cámara:

«Dice su señoría, señor Galgo-Morón, que sólo de una farsa ó de un milagro puede tratarse... Pues bien: una farsa no es, ni puede ser. Para que fuese una farsa habríamos de ser unos farsantes cuantos en este banco nos sentamos. Y no sólo nosotros. Serían también unos farsantes los respetabilísimos funcionarios administrativos encargados del servicio colonial—y á los cuales, aunque dicho en un inciso sea, sabrá el Gobierno premiar sus afanes y sus desvelos—habrían de ser también unos farsantes los sesenta y ocho doctores que perteneciendo á siete laboratorios, tres institutos microbiológicos, dos bacteriológicos y cinco academias, tres de ellas reales, informan rotunda, uniforme y categóricamente que el espíritu colonial aquí proyectado es uno solo compuesto de dos, sin que ya exista solución alguna de continuidad entre ellos... Pero, ¿á qué más? farsantes habrían de ser cuantos sabios en la materia se ocuparon, desde Ulaxis á Estorín, pasando por Gorjitón y por la inocente Tostoneta, y estos nombres gloriosos, señores, hacen innecesaria y convertirían en absurda cualquier explicación y defensa.

«Y en cuanto al milagro, señor Morón, yo sólo puedo acatar la idea por lo que en sí representa. Dios por encima de todo está, el creador es de la Naturaleza, y milagroso es todo desde la más humilde piedra hasta el hombre mismo... al hombre, señor Morón, sólo le es dado encauzar la Naturaleza y sorprender sus secretos con ayuda de la Ciencia.

Nuevos aplausos arrancaron estas palabras, y el ministro, volviéndose hacia el autor de la segunda interrupción, tornando en jocoso, zumbón y zahiriente el respetuoso tono que lo anterior le mereciera, añadió:

—Y para contestar á las palabras, á las sabias y discretas palabras de mi entrañable amigo particular y adversario político don Froilán de las Lanchetas, una sola pregunta:

—¿Puede decirme el señor de las Lanchetas, el sabio y discreto señor de las Lanchetas, qué cosa sea la casualidad?

El pobre señor de las Lanchetas quedó desconcertado. Un color le subía y otro le bajaba.

Algo quiso decir, pero sólo acertó á emitir unos sonidos inclasificables, como de gallina clueca.

El triunfo del ministro fué definitivo.

XI

Cuando salimos de la cartera del anciano venerable de luengas barbas y severo semblante que, á lo que alcanzárseme pudo, director y jefe era de un partido avanzado en cuyo emblema se enlazaban las ideas de justicia, de austeridad y de moral, me encontré en manos de una hermosísima mujer que con gran curiosidad nos miraba al trasluz de la rosada pantalla de una lámpara que tenuemente alumbraba el coquetón gabinete.

¡Dios mío, qué mujer! Era preciso el convencimiento más completo de la propia inexistencia para ver tranquilamente aquellos ojazos negros de gitana y aquellos labios rojos y sensuales que estaban pidiendo á voces un mordisco.

Por cierto que no era sólo don Bálsamo el que aquella mañana vestía de punta en blanco. Todos los covachuelistas aparecían flamantes: desde Ramírez, que lucía un elegante chaquet con gardenia en el ojal, hasta González, que estrenaba un traje que aun conservaba los dobleces del almacén, y que se había puesto corbata blanca, cortado el pelo y engomado los bigotes en simétricas vueltas.

—Sí, señores—continuaba don Bálsamo—; realmente el negociado ha hecho un gran servicio al Gobierno, que tiene ya vida lo menos para dos años... Así me lo decía ayer el señor ministro: «Nada, amigo Balduquejo—ya saben ustedes que el señor ministro me llama siempre con este cariñoso diminutivo—, hay que mirar bien á las cubetas, que si esta vez no ha podido ser más que el Cordón sencillo del Mérito, al próximo descubrimiento yo le prometo á usted que tendrá el Gran Cordón...» Y al decirme esto me daba con toda confianza palmaditas en el hombro... Es muy campechano el señor ministro... Y á propósito: creo que deben ustedes, así como si saliera de ustedes, iniciar entre el personal de provincias una suscripción para hacer un buen regalo al señor ministro... Bien puede cada uno dar el dos por mil del sueldo, con lo que podríamos regalarle algo práctico y suntuoso á un tiempo mismo.

El portero Corros interrumpió con su presencia:

—No encuentro nada, don Bálsamo—dijo.

—¿Pero es posible—contestó éste—que no haya ningún recipiente, nada á propósito? Pues antes de una hora vendrá el señor ministro á hacer la visita extraordinaria, y es preciso que el servicio esté al corriente... Este retraso de cuatro meses no lo pode-

mos salvar de ninguna manera; la máquina liquidadora no funciona; volver á las balanzas es un absurdo, y como á esa gentecilla lo mismo les dará un poco más que un poco menos, los echaremos á la buena de Dios, y cuando vuelvan otra vez les liquidaremos todas las cuentas en una... pero hay que buscar algo donde quepan todos... un cubo, un caldero... cualquier cosa.

—Pues no encuentro nada á propósito—contestó Corros—. Como no sea el bacín de su antecesor...

—¡Hombre!—replicó don Bálsamo—. Este Corros es sangriento. El bacín de mi antecesor... ¿qué diría don Judas si le oyera? ¿El, que con sus ochenta y siete años cumplidos todavía pasea por ahí alguna que otra vez su cara de bilis y su mirada de vinagre?... En fin, si no hay otra cosa venga el bacín de mi antecesor, y conste que no hago más que repetir sus palabras.

Yo, en tanto, había estado de charla disimulada con uno de los covachuelos, un tal Sánchez, cuya facha era de no ganar arriba de seis mil reales. Hablábamos con recato por estar terminantemente prohibida la comunicación con nosotros.

Hacía yo á Sánchez mil preguntas encaminadas discretamente á averiguar qué clase de beneficios llegaríamos á obtener de nuestra indiscutible y privilegiada individualidad compuesta. A pocas contestaba él concretamente. Con evasivas y generalidades, hablaba de probables instrucciones de expedientes; de la necesidad de que las Cortes legislaran un caso tan nuevo; de que había que incluir, antes de pensar en nada, la oportuna partida en presupuestos.

Sánchez, por su parte, ponía todo su interés en saber qué decían de él en la Tierra. Yo le aseguraba que no le conocían ni de referencias, y él que por

fuerza tenía que haberle oído nombrar, pues estuvo en este mundo una temporada é hizo aquí muchos prosélitos y dió mucho que hablar.

—¿Pero qué—dijo don Bálsamo cortando nuestra conversación,—ya está usted, Sánchez, con su manía? ¿Cuántas veces le voy á decir que aquí no se permite conversación con los coloniales? ¿Y cuántas que estoy ya harto de oirle repetir su historia de cuando usted estuvo en la colonia? El mandarle á usted allí fué el mayor desacierto de mi antecesor, y ya sabe usted que le costó el cargo... Porque usted no es, y se lo diré cien veces, más que un mediano escribiente, con regular letra y con regular ortografía; regular, óigalo bien, pero no sirve usted para nada más... ¿Que estuvo usted en la colonia...? ¿Y qué hizo usted allí...? Allí no hizo usted más que majaderías... ¡Vamos, que decir que se había guardado la Luna! ¡un satélite, señores! en la manga, es fuerte necedad; es lo mismo que si uno de estos animalillos con los que usted conversa indebidamente, dijera que se había tragado de un sorbo mi sombrero de gala... ¿Pues y lo de la montaña...? ¿Cabe, señores, mayor simpleza que la de decir á una montaña, que no tiene pies, que fuera adonde usted estaba, y al ver que la montaña no hacía caso de mandatos estúpidos, quedarse tan fresco soltando aquello de «si la montaña no viene á mí yo iré á la montaña» ?

—Y si pedían milagros—contestó Sánchez con humildad,—¿yo qué iba á hacer?

—Pues no haber hecho caso, ó haberles hecho un juego de manos con una baraja.

—Y si allí no había barajas...

—Pues haberlas inventado, si tanto talento tenía,

ó haberse tragado un sable como hace cualquier prestidigitador... Y no se engría usted ni se esponje porque aquellos desgraciados aplaudieran sus desatinos, pues entre ellos mismos también se admiran y bombean unos á otros, que nunca falta un roto para un descosido...

Mónico Corros cortó la catilinaria, trayendo consigo la vasija de referencia.

—¿Se le dió ya el último baño?—preguntó don Bálsamo—; pues manos á la obra.

Y sucesivamente fueron echando el contenido de las cubetas, donde habría en maceración varios millones de almas.

El perfumado Ramírez preguntó al jefe:

—¿Tampoco las recomendaciones se atienden?

—No hay tiempo ya para nada. Se contestará á las cartas en la forma acostumbrada, que se procurará complacer, ó que están atendidas; después de todo, es lo mismo: que vayan á preguntárselo á ellos... El servicio es lo primero... Además de que tienen gracia algunas. ¿Para qué querrá, por ejemplo, Joróbez, que traslade ocho docenas de nodrizas chinas á los Estados Unidos, ó que se manden doscientos mil patagones escogidos á un tal Berlín, como pide Galgo-Morón?

Ya estaba el portero dispuesto á lanzar el contenido de su improvisado caldero por la ventana, cuando alguien preguntó:

—¿Y el individuo doble?

—A reexpedirle también. A ver si á la próxima trae el individuo cuádruple y con él el Gran Cordón.

Tamaña ingratitud dejóme sin aliento. Quise entonces declarar la verdad, pero ya era tarde

En un periquete habían desarmado nuestros cristales y pronto me vi nadando otra vez con mis hermanos terrestres. Aun oí que decían:

—Se le reexpide sin el baño del olvido.

Y la voz de don Bálsamo, que contestaba:

—Pues tanto peor para él si se acuerda. Ya cualquiera le busca... ¡El coche de Su Excelencia!

De la ventana fuimos á caer á un canalón y después por una gigantesca chimenea salimos lanzados al espacio en una nube de vapor acuoso.

XIII

Y al llegar aquí, esta verídica narración empieza á decaer en interés.

El mundo conocido, mi mundo, el de todos, volvió á aparecer ante mis ojos. Pero de qué manera...

Los días transcurrían para mí en la misma forma poco más ó menos que para los demás muchachos de mi nueva clase y condición. Una inteligencia prematura que me daba los primeros puestos en la escuela, una naturaleza endeble que me hacía ser el último en los bárbaros juegos de la infancia, y una tristeza temprana, una vaga é inexplicable melancolía, eran las características que en los primeros años me separaban de mis camaradas. Por lo demás, como ellos hacía alguna vez novillos y escapaba á corretear por el campo á caza de lagartos y de grillos, cometiendo pequeños latronicios de manzanas y ciruelas, encaramándo-

me á los árboles en busca de nidos, apedreando perros... ¡Ah! El apedrear perros, sobre todo, era mi mayor placer. ¿Qué secreto odio me impelía á perseguirlos? No lo sabía ni á meditarlo me detuve nunca; pero yo que era un chico de carácter dulce, yo que entre las burlas de mis desarrapados compañeros me compadecía de los pajarillos que ellos torturaban y de los murciélagos que clavaban por las alas en las puertas, obligándoles á fumar, me ponía fuera de mí á la presencia de un perro. Sus zalamerías me irritaban; sus miradas hipócritas, que á veces tienen algo de hipocresía humana, me enrabietaban y colérico corría tras ellos y experimentaba una fruición indecible cuando podía rematar á alguno á palos y á pedradas.

Con la pubertad mi razón se fué consolidando y al despertar de la vida mis ideas sufrían un trastorno tremendo.

Era indefinible lo que en mi interior sentía. Había en mi cabeza algo que pugnaba por salir afuera; mi cerebro quería extenderse y volar en flotante nube de luz, y chocaba prisionero contra las groseras paredes de la marmita de hierro que le oprimía.

Los juegos y la escuela habían ya pasado. El trabajo rudo del campo era mi forzada obligación, que nunca llegué á saber cumplir.

La Naturaleza entera bailaba á mi alrededor é irónica me sonreía. Cuando al anochecer regresaba á casa con la azada al hombro se me antojaba ver en cada árbol del camino un espíritu que cual yo gemía prisionero y se retorcía en sus negras ramas y me llamaba con misteriosos acentos. Y lo mismo podía decir de los animales y de las personas y de las cosas.

Una confusión de pensamientos se barajaba en mi

cabeza. Recuerdos vagos, indeterminados, asaltaban mi mente y me atormentaban. Todo me parecía conocerlo ya, haberlo visto antes en otra parte, de otro modo, en otro mundo más real, del que ahora sufría el espejismo de un sueño fantástico y extravagante.

¡Oh causas secretas y desconocidas de esas simpatías súbitas, de esas antipatías irresistibles que nunca sabemos explicarnos!

¡Cuántas veces tropezaba con personas á las que jamás viera y con las que me parecía acababa de conversar en familiar charla, cuyas almas eran mis amigas y de siempre lo habían sido! ¡Y qué desencanto cuando aquella voz que resonaba en mi pecho con ecos de intimidad, desconociéndome, me contestaba áspera y desabrida, y cuando aquellos ojos que yo miraba, viendo asomarse á ellos el alma querida del amigo, me rechazaban con extrañeza y frialdad!

¡Y las absurdas antipatías hacia los hombres á quienes nunca traté, que ningún mal me hicieran y que benévolos me acogían!

Mi propio padre, por quien al principio sintiera cierta inclinación, acabó por repugnarme. Muchas veces me preguntaba á solas si la causa de mi desvío estaría en los malos tratos que de él recibía y en la preferencia de que á mi hermano hacía objeto. No; no era esto solo, había más, algo más; era un sentimiento de repulsión y desprecio que aquellas causas no bastaban á justificar.

Pero el mayor odio, el mayor asco era para mi hermano. A Francisco, á mi hermano gemelo, le odiaba á muerte, le aborrecía. Él era preferido porque era fuerte como un roble, porque araba y cavaba más y mejor que un hombre de treinta años, porque ganaba

desde los doce el mismo jornal que nuestro padre. Yo hurtaba tiempo al trabajo para leer y releer los libros de la escuela, únicos á mi alcance, que había aprendido con tal facilidad como si ya los supiera, como si las generalidades en ellos expuestas fuesen reflejos débiles de ideas que dentro de mí bullían. Él era poco menos que imbécil; imposible le fué aprender una sola letra y apenas si hablar sabía de manera inteligible. Y sin embargo, para él eran los buenos bocados y para mí las malas palabras y los estacazos paternos.

Aun tuve motivos de mayor tormento.

Un día, tendría quince años, llevaba las mulas á abrevar en la fuente de la salida del pueblo.

Sin saber cómo ni por qué, se me ocurrió decir que la fuente con sus cuatro caños daba menos agua que cuando tenía uno solo.

Una vieja que lavaba al lado, paróse al oirme y admirada me increpó:

—¡Pero Juanillo!... ¡Qué sabes tú de eso, si ya va pa cincuenta años que el Mayorago arregló la fuente y cuánto ha que el probe come tierra!

¡El Mayorazgo...!

Casos como éste se repitieron en diferentes ocasiones y empecé á ganar fama de brujo.

Algunas vecinas acudían á mi casa para que les dijera si el hijo se había de librar por la suerte de servir al rey, ó si la cosecha sería aquel año buena, ó si era verdad que en el rincón de su huerto había enterrada una tinaja llena de onzas. Y al ver que yo no podía contestar á su gusto decían á mi madre que por fuerza tenía que estar embrujado y que me habrían hecho mal de ojo, pues aquello de estar tan canijo y adivinar las cosas pasadas y no saber un palote de las

que habían de venir, no podía ser cosa buena y más bien parecía que tenía los demonios en el cuerpo.

Mi madre, la pobre mujer, lloraba. Y más lloraba para defenderme de las brutalidades de mi padre.

—Pero cómo quieres que trabaje el probecino -- solía decirle—si me lo esmirriaron en la escuela. Ya trabajará cuando sea más hombre; aunque lo mejor fuera, si pudiera ser, hacerlo cura, que más valdría de fijo pa los estudios que el chico de la Pascuala, que no dió nunca un jornal y hogaño cantará misa.

A lo que el autor de mis días acostumbraba á contestar:

—Pos no faltaba otra cosa sino que este mastuerzo se tragara que va pa señorito. Pero á buena manera que de cuatro patás en el espinazo habré yo de enderezarlo, pa que sepa que el pan se gana trabajando y no haciendo devinanzas. Que no sería yo mucho más grande cuando me trajo el señor Mayorago, que en santa gloria esté, y dende entonces vengo dando un jornal honrao; y si yo no sus echase de comer, de hambre sus moriríais toos. Que no sea vago, y que aprenda del Frasco, que aunque no es letrao, con el arao en la mano se come las fanegas que ni que de pan con tocino estuvián jechas.

Me hice receloso. Ya no preguntaba nada, ni adivinaba lo que había sido de las cosas pasadas, ni de las personas muertas. Temía acertar. Temía que la gente insistiese en que estaba embrujado y que mi padre me aplicase más á menudo sus métodos curativos.

Uno de los sitios donde me gustaba acudir era á la iglesia. Los domingos veía allí á la Mayorazga en su capilla particular. Aquella mujer de cabellos grises, de orgulloso continente, de perfil altivo, atraía mi

atención. Los cuadros de la capilla, el San Francisco del altar, los viejos reclinatorios de nogal tallado, me hablaban un lenguaje incomprensible...

Yo preguntaba, preguntaba... y temía saber. Con horror presentía algo tremendo. Veía que las ideas, que los recuerdos, que los temores que como fantasmas danzaban en mi cabeza, se iban fijando y concretaban sus contornos.

Al fin, el velo empezó á descorrerse.

Una tarde, en la siesta, rendido por la faena de la mañana, descansaba bajo un árbol. Tumbado junto á mí, Francisco se entrenía en coger del suelo con la boca unas avellanas, que cascaba ruidosamente con las muelas. Habíamos reñido, cual de costumbre. Mi hermano se mofaba con escarnio de mis débiles brazos que se cansaban, de las ampollas de mis manos, de mis mareos y de mis insolaciones. Yo le oía y callaba.

De pronto la luz se hace en mí. Le veo juguetear con las avellanas, echándolas con la boca de un lado para otro; le veo dar saltos en el suelo á cuatro pies, le oigo lanzar, alegre, entrecortados sonidos guturales... Le miro á los ojos:

—¡Ah! —grité—. ¡Sí! ¡El perro! ¡El perro maldito! ¡Tú eres el infame perro! ¡¡Tú eres Ton!! ¡¡El asqueroso Ton!!

Él entonces se levantó iracundo y lanzando aullidos roncos, como siempre que la cólera le dominaba, se arrojó sobre mí y me pateó.

Después con su acento tartamudo me señalaba á mi padre, que acudió, y pretendía explicarle lo que él creía ó aparentaba creer un insulto.

Pero la venda iba cayendo de mis ojos:

—¡Sí—dije con firmeza encarándome con mi pa-

dre—. ¡Él es el perro y tú eres Juan, el Juan que yo traje de tierras de Soria, el asesino de veinte años que allí no encontraba quien le diera trabajo! La fatalidad me ha hecho tu hijo y así me lo pagas...

Desde aquel momento la noción de mi existencia anterior fué desenvolviéndose en mí de una manera clara y definida. Concretamente lo fuí recordando todo.

Mas entonces, mi situación resultaba difícil como nunca. Ganas me daban de gritar, de decir á voces toda la verdad; pero comprendía que por nadie había de ser creído.

Era horroroso ver con claridad meridiana todo el pasado; oir hablar de mí y no poder decir que yo era aquel mayorazgo que murió octogenario y rico, y de quien todos hablaban con el respeto debido á su posición social; ver á las contadas personas que de mis tiempos quedaban y á los hijos de los que fueron mis amigos, mis criados ó favorecidos y no poderlos convencer de mi verdadera identidad. Pero, á qué más, si me desconocía el mismo tosco gañán á quien salvé de la miseria y de la infamia y que por una irrisión del destino venía ahora á ser mi padre. Había que callar, había que sumirlo todo en el olvido, en un olvido tan imposible como necesario.

Y callé.

En mi casa por otra parte, la persecución cesó. Ton me seguía odiando. Yo por él sólo sentía ya desprecio y repulsión. Miraba á sus ojos claros, estúpidos, en los que se reflejaba la inconsciencia, y en vano investigaba en sus pupilas si él también conservaba el recuerdo del pasado. De sus agresiones me defendía mi padre y éste me dejaba vagar á mis anchas mi

desesperación y mis melancolías. Algunas veces le sorprendí mirándome de reojo con inquietud. Indudablemente me tenía miedo; temblaba ante mí con supersticioso respeto.

Pero aquello era insostenible. El desenlace se acercaba inminente é inevitable.

Una noche, desvelado en mi camastro, oí que mis padres hablaban.

Con voz queda, mi padre, cual si temiese que yo escuchara, decía de ir á casa de don Salustiano el médico y de don Gonzalo el diputado provincial, á ver si me podían sacar una plaza de pobre para el manicomio de la capital.

Los sollozos de mi madre interrumpían sus palabras.

—Eso no te dejaré hacer—decía—: lo matarías al hijo de mis entrañas... Si el nuestro Juanillo no es loco; si es que el probecino no puede... si es que no puede... Si lo que le faltara era buen trato y muchos cuidaos y mucha asistencia; y el haber nacío en casa de ricos donde le dieran estudios para lucir el talento que se le sale de la cabeza...

Mi padre insistía y rechazaba las imputaciones de falta de cariño. El, sí me quería, porque la sangre tira siempre; pero yo no estaba bueno de la cabeza, y él, como padre, debía hacer los posibles porque me curaran. En el manicomio me tratarían bien y me sacarían los pájaros que me encalabrinaban los sesos, y después volvería tan fuerte como el Frasco y serviría para el trabajo, que en casa del pobre eso es lo que hace falta: gente que sepa ganar el pan sin fatigarse y sin rendirse, y no hombres llenos de fantasías y de cosas de imaginación que sólo son buenas para los ricos.

—Pues si tú le hubieras parío—replicaba la buena

mujer—no lo tiraras como un perro pa que me lo maten... Pero yo he de ir, aunque tú no quieras, y la señora, que es tan buena, se compadecerá de él y me lo dará estudios y me lo hará cura ó maestro, y no habrá de pesarla ni lo echará en saco roto, que nuestro Juanillo salió en eso á mí y no tié na de descastao...

Yo no quería ir, pero me llevaron. Mi pobre madre había vuelto llorando lágrimas de agradecimiento é implorando del cielo bendiciones para nuestra bienhechora:

—Vamos á besarle los pies á mi señora, á mi reina, que está en su sillón que parece la Virgen Santísima.

—Pus sólo faltaba, so morral—agregó mi padre en una explosión de mal humor—, que fueses á tener orgullos y cogotes con la señora que va á hacerte señorito.

Intenté disimular hasta el fin.

Al trasponer el dintel de la puerta me dió un vuelco el corazón. Pisaba por primera vez mi casa solariega, la mansión de mis antepasados, guardada todavía por el blasón de piedra berroqueña que presenció los juegos de aquella mi dorada niñez y que durante tantos años me vió pasar un día tras otro bajo el vetusto arco que él cerraba y oyó mis recios golpes de amo retumbar en las profundidades del anchuroso portal.

Era mi palacio, sí, el de mis abuelos, aunque ridículamente remozado. Bien á las claras se veía que aquellos muros venerables daban albergue á una casta de villanos.

Allí el patio con sus severas arcadas aprisionadas por cristales y embadurnadas de amarillo. Desaparecidos los añosos árboles, estúpidamente embaldosinado el suelo, y la fuente de piedra sustituída por una figura cursi de hierro con angelotes y delfines.

Y en la escalera y en todas partes la misma profanación.

Un momento sentí el orgullo de mi raza y oí las voces de mis abuelos alzarse airadas contra mí, mostrándome en mis desdichas presentes la justa expiación de mi falta.

Llegamos al que fué mi despacho y biblioteca. Ya no quedaba en él rastro alguno de mi existencia. Ni las pesadas librerías, abarrotadas de volúmenes, ni los sillones abaciales de dorados clavos, ni mis panoplias, ni siquiera el color de las paredes, empapeladas ya en claro. Todo había sido cambiado. Hasta mi retrato que presidía la vasta estancia, aquella obra de arte que me representaba en plena virilidad, ostentando sobre el pecho la roja cruz de Santiago, estaba sustituída por una ampliación fotográfica de *el otro,* de mi sucesor, que en recargado marco de oropel alzaba insolente sus bigotes á la borgoñona y lucía también unos cintajos de no sé qué orden, comprados seguramente con mi dinero.

Un estremecimiento instintivo me hizo comprender que había entrado *ella.*

Era ella, la misma, con veinte años más, con el pelo ceniciento, con arrugas. Era la mujer que yo honré elevándola hasta mí, la hija del plebeyo administrador; era la adúltera, la adúltera...

Cuando volví en mí, ella me miraba afable, sonriente. En su semblante, en sus palabras había un aire de nobleza, de señorío que antes no tenía. Se le había pegado de mi casa, lo había robado de aquel palacio que ella envileció.

Y me hablaba protectora, como una reina pudiera hablar al último de sus súbditos.

Yo reventaba por callar. La sangre se agolpaba á mis ojos. Quería salir de allí pronto, respirar aire puro, porque me ahogaba. Huía sus miradas por no verla y dejaba vagar mis ojos á través de las abiertas puertas de los dilatados salones que se sucedían...

¡Cielos! ¡Qué vi!

¡Mi lecho, el lecho de mis padres, el tálamo nupcial donde rindieran su virginidad mis abuelas, asomaba allá lejos sus columnas salomónicas de ébano que sostenían dolorosamente abigarrados cortinajes!

¡Aquel lecho que, según la tradición familiar, acreditada de indeleble modo por unas sábanas guardadas como reliquias en arquilla de palosanto, fué testigo una noche de los regios amores de doña María de Padilla y de don Pedro el Justiciero, profanado sacrílegamente ahora por el adulterio, clamaba venganza!

Y frenético me abalancé á ella:

—¡No me conoces! rugí,—¡adúltera!, ¡villana!, ¡hija de villanos y de ladrones! ¡No conoces á tu amo, al que te sacó del arroyo, al que ultrajaste en su mismo lecho de muerte; y aquí, aquí, cuando de cuerpo pre. sente estaba! ¡Muere, serpiente venenosa! ¡Revuélcate, como te revolcabas con tu asqueroso cómplice!

Ella quiso correr; se resistía á morir; abría los ojos espantada, conociéndome ya, pidiendo perdón. Pero... Mis manos apretaban, apretaban; mis dedos se hundían en su garganta... Y sus huesos crujieron y mi alma se inundaba de voluptusidad y de placer.

Cuando acababa de leer el extraño manuscrito, mi amigo, el doctor H. ., volvía de despedir al último visitante.

—¿Qué te ha parecido?—me preguntó—. ¿Es curioso ó no?

—Como que si me dejaras copiarle para publicarlo con algunas modificaciones...

—No, hombre, no. Copiarlo no; llévatelo para ti para siempre y haz con él lo que mejor te parezca, que aquí estas cosas las tenemos de cosecha. Ahora, que si seguir mi consejo quieres, aunque nada valga en cuestiones literarias, ó no lo publiques ó publícalo tal y como está, pues el colaborar en la obra de un loco tiene siempre sus peligros; y no es el menor el de que la cosa salga tan bien remendada que ni las costuras se distingan.

Y el doctor se echó á reir.

—Yo creo—le dije después de una pausa—que á vosotros los alienistas os viene á pasar algo parecido de lo que á los sacristanes ocurre con los santos. Vosotros, en fuerza de andar á vueltas con los locos, no dais importancia á los extravagantes frutos de esas razones extraviadas... No te sonrías maliciosamente, ni creas que vaya á dar por ciertos en todo ni en parte los disparates que en este cartapacio se contienen y que no dejan de tener su intríngulis. Lo que quiero decir es que sería curioso y tal vez serviría de enseñanza el saber en qué relación están los hechos reales con las fantasías que la locura elabora, para lo cual hay siempre puntos de partida concretos. Aquí, por ejemplo, se trata indudablemente de un individuo hijo de un jornalero, que por unas ú otras causas rodó por diversos ambientes, que quizás tuvo un hermano á quien aborrecía...

—Cuando yo digo... - me interrumpió —. Pero deja, que vamos á empezar las investigaciones. Nadie me-

jor que el mismo hermano, ya que le citas, podrá decirnos.

Tocó el timbre y al poco rato apareció un hombre que por sus trazas era mozo ó enfermero del establecimiento.

Aunque no me hubieran dicho que era Ton, el *hombre-perro*, le hubiese conocido. Aquel individuo, en efecto, tenía una fisonomía completamente perruna. De frente deprimida y echada hacia atrás, su cara se alargaba en forma de hocico, y en sus ojos dulzones, legañosos y estúpidos había una expresión tal que muchos canes le envidiaran. Hasta parecía que acababan de recortarle las orejas que antes se doblaran anchas y colgantes.

No pude reprimir un gesto de sorpresa.

Mi amigo, sin dejarme preguntarle nada, le ordenó retirarse:

—¿Y bien...?—me interrogó.

—Lo menos que podíais haber hecho—contesté—era haber evitado á ese infeliz la constante presencia de su hermano. Fué una crueldad tener á ese hombre aquí.

—Pues con ese criterio estábamos frescos. Tendríamos que irnos todos, médicos y enfermeros.

—Ven acá, hombre, ven acá—agregó—. Entérate de una vez y toma buena nota del caso que tanto te intriga. Ese desdichado autor era un honrado fabricante de no sé qué, que heredó el negocio de su padre, en quien la enfermedad se inició en forma literaria. Por hacer versos y prosas descuidó los negocios hasta arruinarse. Se fué á Madrid creyendo que iba á deslumbrar al mundo con los portentosos partos de su ingenio. No le hicieron caso, y, buenas ó malas, sus

producciones nadie las leyó. Se le avinagró el carácter; consiguió un empleo; dió en pensar que se le postergaba y se le perseguía por envidia á sus méritos. Empezó á renegar de todo lo divino y de todo lo humano —pues siempre parecieron verdes las uvas á la zorra cuando no pudo catarlas —y acabó por dar con sus huesos en este manicomio. Aquí conoció al buen Bartolo, apreciable gallego con largos y excelentes servicios en la casa, que tiene esa cara porque le tocó en suerte y porque Dios se la dió como á ti te dió la tuya y á mí me dió la mía, y con las cosas que recordaba de la Corte y de su pueblo, donde no faltaría algún hidalgo de gotera metido en la concha de su destartalado caserón con más escudos fuera que dentro, armó todo ese enredo de desatinos que tú tan interesantes encuentras.

Algo se me ocurrió replicar; pero como la discusión siempre es mala, y pésima si es médico el contrincante, opté por recoger el manuscrito y sin hacer más averiguaciones me tomé la puerta.

Siguiendo el consejo de mi amigo, publico la narración en toda su integridad, sin quitar punto ni coma, y sin añadir comentario alguno, aunque buenas ganas se me pasen.

También me dió y también publico otros dos cuentos que en este libro se insertan, frutos del mismo ingenio y de la misma pluma. En ambos conservo los títulos: *El tránsito de Tobías* es igualmente reproducción fiel de su manuscrito. En *El caso del Rey Godínez* he tenido que añadir algunos trozos, pues en el original hay bastantes claros. Debió ser lo último que escribiera su autor, cuando ya le fuese más difícil hilvanar ideas.

He llenado los huecos procurando en lo posible conservar el estilo.

No sé si habré acertado y si los parches y las costuras se conoceran. Y de haber acertado, recordando las palabras de mi amigo el doctor H..., no sé si debo alegrarme ó deplorarlo.

LA PROMESA DE COLÁS

Aquella noche, fuera de sí, Colás vociferaba como un energúmeno.

Su Pascasio, aquel muchachote, robusto como un ternero y más fuerte que un roble, su único hijo, se moría irremisiblemente. El que fué terror de los muchachos del pueblo estaba en las últimas, postrado en la cama, con los ojos en blanco y con la piel pegada á los huesos.

Colás, apretando con rabia los puños, renegaba de su suerte y de la ignorancia del mastuerzo del cirujano, y juraba que le había de matar de un zarpazo en cuanto que asomase los hocicos por la puerta. Y luego, él, que era el hombre más valiente del contorno y que se vanagloriaba de haber estado por sus proezas varias veces en la cárcel, rompió á llorar estrepitosamente, atronando la casa con sus berridos.

Las vecinas, asustadas, creyendo eran ya necesarios sus buenos oficios, invadieron en tropel la modesta vivienda...

—¿Y por qué no le hicisteis una promesa al santo bendito?

—Él había de sanarlo.

—Como puso buena á la mujer del Mellao.

—Y la Anastasia, la del tío Toribio, por él tuvo hijos.

—Y al borrico de la Chaparra quitóle la nube, y ve por la vista mejor que su amo.

—Y á mi hombre encajóle los lomos en su sitio.

—Y en la cerca de mi Blasa él hizo levantar al trigo, que parece centeno.

—Y hogaño no volvió la zorra desde que le pusimos las gallinas...

Colás dejó de restregarse los ojos, y alzándolos del suelo, rojos como pimientos, dijo al fin con energía:

—Pues si el santín nos devuelve al mi Pascasio, de fijo que no le pesará, por muy descastao que sea.

Y cuando el tío Colás renegaba, y juraba, y berreaba, y prometía, el año de gracia de 1863 discurría plácidamente en el pueblo de Jaramillo.

La fama del San Antón de la señá Candelitas era poco menos que universal. Ninguna tan justamente adquirida.

Aquel santo de madera que con su cerdito al lado escasamente levantaría una vara desde la peana, hacía él solo todo género de milagros, por varios y heterogéneos que se le pidieran. Bastaba que quien de él necesitaba le hiciese la promesa de una ofrenda de panes, ó de solomillos, ó de huevos, ó de pichones; bastaba que una promesa en especies, pues ésta era su característica diferencial, le fuese hecha, para que el santo, con quien todo el mundo tenía crédito abierto, operase el milagro, si éste era posible, dentro de los límites de la milagrosa posibilidad. Tales y tantos

fueron los favores que prodigó, que la señora Candelas, cediendo á los ruegos reiterados de sus convecinos y previa la venia del señor cura, se vió obligada á desprenderse de su tenencia material y á llevarle á la iglesia, donde le fué habilitada una hornacina.

Y allí era de ver, en forma plástica traducida, la devoción de los fieles y el poderío del santo, que á la mañana aparecía unas veces con una talega de garbanzos al cuello, aprisionado otras en la triple vuelta de una ristra de ajos, y muchas sujetando con su mano de palo dos ó tres ataderos de apetitosos embutidos.

Un enemigo declarado tenía, sin embargo, y donde menos esperarse pudiera. Timoteo, el sacristán, refunfuñaba con sordo rencor y hasta se dejaba decir que todo aquello era en su fondo una impiedad. Cuando la señá Candelita, beata la más madrugadora del lugar, entraba á misa de alba, el sacristán no contestaba á su saludo; y cuando, saliendo la última, se llevaba en un talego las ofrendas recolectadas, los torvos ojos de Timoteo la acompañaban hasta que daba vuelta á la esquina.

Pero cuando Timoteo mudaba de color era en la época de las matanzas, en que diariamente cubrían al San Antón de toda clase de comestibles frescos y grasientos, procedentes del sacrificio de los congéneres de su inseparable acompañante. Entonces, ante la vista de la imagen, que desaparecía entre las hojas de tocino, y los pringosos solomillos, y las rollizas morcillas de vientre, y los bermejos chorizos recién hechos... entonces su indignación llegaba al colmo. Ardiendo en santa cólera se desataba en denuestos contra los profanadores del templo, que con sus actos de falsa devoción en despensa ó bodega convertían, y

pálido y desencajado corría á casa del señor cura á pedirle pusiera mano y remedio en aquel intolerable escándalo.

El señor cura, con su bondad patriarcal, procuraba convencerle de que las ofrendas en especie son las primeras que en los libros sagrados se encuentran, y le hablaba de los haces de espigas de cebada y de las tortas de harina con aceite y vino, y del holocausto del cordero que se ofrecían al Señor en la Pascua del sábado; y le recordaba los diezmos y primicias de los levitas; y le hablaba de los ismaelitas, y de los moabitas, y de los amalecitas, y de los amonitas, y de los ninivitas.

Timoteo escuchaba en silencio, echando de soslayo miradas identificadoras á los chorizos y lomos embuchados que colgaban de las vigas del techo. Y entonces el señor cura rememoraba la hipocresía y envidia de los fariseos, y le seguía hablando de los caldeos, y de los amorreos, y de los cananeos, y de los filisteos, y de los macabeos.

La iglesia estaba de bote en bote. El señor obispo, en su visita pastoral, había llegado á Jaramillo y acababa de confirmar á toda la selvática muchachería del pueblo. Los mocosos, en su mayoría en brazos de sus madres, lloraban, armando ensordecedor griterío.

Entre los más grandes y menos sufridos figuraba Pascasio, que por primera vez salió aquel día á la calle.

Cuando el infantil vocerío aminoró un tanto, el señor obispo empezó una sencilla plática acerca de la educación cristiana de los niños.

En llano lenguaje, como dirigido á muchedumbres

incultas, recordaba á las madres que á ellas incumbía, en principal manera, la formación de las almas de sus hijos. Así como de ellas, que á sus pechos los criaban, recibían el primero y más esencial é insustituíble alimento de sus tiernos cuerpecitos, así también de ellas habían de recibir el primero y no menos esencial y no menos insustituíble alimento espiritual.

Las pobres mujeres escuchaban atentas las palabras del venerable anciano. Algunas, enternecidas, empezaban á derramar lágrimas. Otras, que nada oían, por impedírselo el monótono llanto de sus hijos, degenerado en crónico, para acallarlos les indicaban con la mano el báculo brillante ó la bordada mitra del prelado. Los muchachos abrían ojos como platos, y aunque algunos tenían recuerdos rencorosos por la bofetada recibida, poco á poco se iba reduciendo al silencio.

Era ya éste general. El señor obispo, siguiendo el hilo de su oración, se dirigía á los padres, á los hombres, y en términos más enérgicos, exponía los deberes que tenían respecto á sus hijos, y la educación y el ejemplo que habían de darles, para que, fortalecidos por la fe, no dejaran caer sus almas en el fango de la impiedad ó de la superstición... cuando un ruido estrepitoso interrumpió sus palabras y puso en alarma á todos.

La iglesia se venía abajo. Los altares retumbaban cual si los sillares de la bóveda cayeran sobre ellos y rodaran luego, rebotando de tarima en tarima. Parecía que un terremoto sacudía los cimientos de la vetusta iglesia.

Al fin fueron levantadas del suelo varias imágenes, y entre ellas, el santo de la señá Candelitas. Dos ro-

bustos lechones huyeron, gimiendo dolorosamente. Media docena de gallinas se desparramaban cacareando. Una cabra fué cogida encaramándose en el banco del Concejo.

El tío Colás no acertaba á explicarse cómo su ofrenda pudo causar semejante catástrofe.

El susto de Timoteo fué terrible.

El caído San Antón no debió volver á su hornacina, que hoy se encuentra vacía.

La iglesia de Jaramillo es una de esas iglesias de pueblo que, con una portada románica, prometen al visitante sorpresas que no cumplen. Y el sacristán que estos acaecimientos cuenta es un hombre delgado, de color de cirio, con narices largas y acampanadas.

Parece un apagaluces.

ESPIRITISMO

—Pues á mí también—dijo Pedro Montalvo —me ocurrió una aventura que en algún modo tocó los límites de lo maravilloso.

Y empezando su relato:

—Viajaba yo hace unos años por el Alto Aragón, y en un trayecto que indefectible y desgraciadamente había de recorrer en diligencia, tuve por compañero de camino á un hidalgo, vecino precisamente del pueblo adonde me llevaba el asunto que traía entre manos.

Era un hombre de treinta y tantos años, de carácter abierto y franco; era uno de esos tipos que desde el primer momento inspiran confianza y que á los diez minutos de tratados parece han sido amigos nuestros de toda la vida. De feliz imaginación y regular cultura, su charla era amena y atrayente. Hablando de cosas mil, corrimos sin casi darnos cuenta seis ó siete leguas de aquella carretera que parecía tener su fin en las nevadas crestas de los Pirineos, que cerrando el horizonte blanqueaban á lo lejos.

Cuando al pueblo llegamos, con tozudez genuinamente aragonesa, se empeñó en que había de parar en

su casa. Quieras que no, él mismo cogió mi maleta, y echando á andar sin hacer caso de mis protestas, me llevó á rastras á la que él llamaba su casa, que muy bien hubiera podido denominarla su palacio. Presentóme á su mujer, que en nada cedía al marido en amabilidad y buen trato; cenamos con el apetito consiguiente á la caminata y, aunque un tanto fatigados, hicimos un rato de sobremesa.

Saboreando el te, y pitillo tras pitillo, apuramos diversos temas; y no sé cómo vino á recaer la conversación sobre materias espiritistas. Roberto —que éste era el nombre de mi hospitalario amigo - mostróse desde luego partidario de tales doctrinas y procuró vencer mi incredulidad, manifestada con la tibieza á que la más elemental cortesía me obligaba.

—Reconozco—vine á decirle poco más ó menos— que existe un mundo de relaciones y de fenómenos sobrenaturales que pueden estar en contacto con nosotros; pero, francamente, las experiencias espiritistas no me convencen. Los llamados espíritus, hasta ahora, no saben manifestar su presencia más que dando golpes en los muebles, levantando las patas de los veladores y hablando por boca de los mediums, que siempre son personas nerviosas y casi siempre mujeres en las que, aun descartando la posibilidad del engaño, no se sabe si es un espíritu ajeno el que habita ó si es el histerismo el que dicta sus palabras mediante la sugestión propia ó extraña. Sin embargo, no tendría yo inconveniente en que se concediera carta de naturaleza al espiritismo, si los señores espíritus tuvieran por su parte la amabilidad de presentarse á todo el mundo como seres en absoluto independientes de las personas enfermizas que los evocan.

—Usted niega la existencia del hecho - me contestó Roberto—por la razón sencilla de que no lo ha presenciado: á tanto equivaldría negar la existencia del Perú porque nunca estuvimos en él. Además, parte usted de un error inicial, cual es el de admitir la existencia de un mundo sobrenatural como algo esencialmente distinto de la naturaleza en que vivimos. Todo fenómeno es natural, y llamamos sobrenaturales á aquellos cuyas causas no acertamos á explicarnos, con la misma lógica que el salvaje adora al Sol como á una divinidad y adoraría á una máquina de vapor considerándola como un sér sobrenatural y maravilloso.

Algunas observaciones se me ocurrieron, y Roberto, impugnándolas, continuó:

—Sí, amigo mío; en el fondo todo eso es ignorancia; ignorancia disculpable, pero á la que ya, en el estado actual de la civilización, no tenemos derecho á aferrarnos.

Y si no, vamos á ver. ¿Conocemos la naturaleza de la electricidad? ¿Conocemos la naturaleza del magnetismo? No; nos son por completo desconocidas; los llamamos flúidos, por nombrarlos de alguna manera: el flúido eléctrico, el flúido magnético. Y, sin embargo, ¿se puede dudar de que una y otro existan?

Desde que el mundo es mundo la piedra imán atrae al hierro; desde que el papel existe es atraído por el ámbar; desde que nació el primer gato los gatos negros frotados á contrapelo despiden chispas, y verificado en la obscuridad constituye éste un experimento muy divertido; y sabido es que en los albores de la Humanidad el buen Jehová, su creador, gustaba de aparecer fulminandos sobre ella sus acreditadoeras

con la inconsciencia del sueño súbitamente roto, me incorporé en el lecho. Era el resorte del reloj que se aprestaba á dar la hora... Una... dos... tres... despaciosamente, solemnemente, como si sus ecos debieran perderse en el claustro silencioso de una abadía, sonaron las doce de la noche. Desde mi cama alcanzaba á vislumbrar, entre tinieblas, la marcha del péndulo, que reflejaba en sus relieves dorados alguna débil claridad que por la ventana entreabierta se filtrara.

—Las doce; buena hora para las brujas de Roberto —pensé á media voz, tranquilizándome, mientras me arrebujaba con el embozo y pretendía dormir.

Ya había caído en ese estado de sopor que al sueño precede, cuando me pareció ver que un rayo de luz oscilaba por las paredes de la tenebrosa sala. Después ésta se ilumina, y en medio de ella veo alzarse la rígida silueta de un hombre vestido de negro con ropa talar. Cubría su cabeza un gorro redondo, y de su mano colgaba amarillo velón.

Creyendo soñar, sonreí ante la peregrina visión, y con el raciocinio y la lógica que al ensueño acompaña á veces, expliqué su presencia por la conversación que con Roberto tuviera.

Pero la estrambótica aparición empezó á moverse, deslizándose por la sala de un lado para otro. Luego vino hacia mi cuarto. Entonces ya no supe si velaba ó dormía. Algo superior á mis fuerzas me ataba á la cama; quise levantarme y no pude; quise hablar, y las palabras se ahogaron en mi garganta.

Con los pelos crispados, hundiendo los dedos rígidos en el colchón, vi acercarse á la mía aquella cara demacrada de enmarañadas barbas, y la vi contemplarme en horroroso silencio con sus pupilas frías y

penetrantes. Aquella mirada terrible en algunos instantes parecía recordarme la mirada de Roberto; pero no, no era la suya. Aquellos ojos animados de un brillo extraño, que fijamente y con intensidad se clavaban en los míos; aquellos ojos, sí, eran ellos... ¡eran los mismos ojos del retrato!

Cuando se desvaneció, me encontré completamente despierto. Imposible me fué conciliar el sueño, y muy arrepentido me hallaba de haber aceptado la hospitalidad que un desconocido me ofreciera en su casa por los duendes habitada. Renegando de mí mismo, del espiritismo, del ocultismo y de sus inventores, y dándolo todo al diablo, me sorprendieron las luces del nuevo día, que en ninguno como en aquél fueron por mí con tanto anhelo esperadas.

A mi lado, Roberto, en la soleada galería, se desayunaba con la tranquilidad del hombre que pasó la noche durmiendo de un tirón.

Como yo mirase á una puerta entreabierta á través de la cual se veía una mesa llena de libros y papelotes, y un piso cubierto de puntas de cigarro, dijo cual si contestara á una pregunta:

—Ese es el despacho de mi hermano; el pobre está un poco chiflado, duerme de día y se pasa la noche leyendo. A pesar de sus cosas, tengo la seguridad de que le había de gustar á usted.

Y ésta es la fecha en que no sé si mi amigo del Alto Aragón tuvo ó no parte en la mala noche que en su casa pasé, aunque me inclino á creer que sí, pues el tal Roberto era un tanto socarrón.

que á sus setenta años se le ocurriera la idea de reincidir, por lo cual mi tía Gabina y mi prima Victoriana, instaladas á su lado tan pronto pasó á mejor vida su segunda mujer, mangoneaban y dirigían la casa como si nunca otro dueño hubiera tenido.

Desde el primer día procuré dar gusto á mi padrino y tío, y me desvelé por la conservación y por el acrecentamiento de sus bienes, que en su mayor parte procedían de las difuntas. Bien puedo decir que en los tres años que en aquella casa estuve conseguí que sus rentas se duplicaran. Pasaba la vida á caballo de un lado para otro, de la huerta al monte, del molino á la cerca, de la majada á los establos, y muchas veces, para dar ejemplo y para que los jornaleros supieran con quién se las habían, empuñé una hoz y una azada, y muchas también encorvé mi cuerpo sobre la dura esteva del arado.

—Es indudable—decía alguna vez mi tío—que solamente en el trabajo se encuentra la satisfacción y la paz del cuerpo y del espíritu; porque habrás observado, sobrino, que todos los placeres causan hastío y producen agotamiento, y aunque también el trabajo cansa, es este cansancio muy diferente de aquel agotamiento, pues si esta noche, pongo por caso, después de una jornada de diez leguas te acuestas molido y con el cuerpo lleno de agujetas, mañana despiertas ágil y alegre, y dispuesto á meterte otras veinte leguas en el cuerpo. Y de todas las clases de trabajo ninguna hallarás tan noble como la agricultura, á que tú te dedicas. La agricultura es la más noble, porque en ella se pone el hombre en contacto con la Naturaleza; el labrador vive de los frutos de la madre tierra, que riega con su sudor, mientras en las demás indus-

trias el hombre explota al hombre, y vive y se enriquece á costa del ajeno sudor. ¿No crees lo mismo tú, sobrino?

—Yo, padrino—contestaba, por halagarle—, sólo puedo decir que desde que á trabajar me dedico es tan grande la satisfacción que siento, que apenas puedo explicarme cómo pude estar tanto tiempo sin hacer nada, y tampoco comprendo cómo puede haber gentes que vivan en la ociosidad. Hoy yo sería capaz de dar dinero, si necesario fuera, para que me permitiesen trabajar.

Insensiblemente fuí tomando gran cariño á mi tío, y considerando todas sus cosas como mías propias. A tanto llegó mi afecto hacia él que, por complacerle únicamente, empecé á enamorar á mi prima Victoriana, la cual, aunque no fuera rematadamente fea, no acababa de satisfacerme, por tener los dientes lamentablemente podridos y por ciertas deficiencias naturales que ella trataba de suplir en parte, llevando encima constantemente siete refajos colorados.

En los ratos libres acompañaba al tío César á dar algún paseíllo, esparcimiento un tanto pesado para mí á causa de su cojera; pero lo hacía con gusto, pues veía que á él le contentaba, y además en el paseo se espontaneaba algo más que de costumbre, dando muestras de su claro talento natural y de un sentido práctico nada común.

Una tarde llegó á enternecerme.

No sé cómo fué, ni por qué incidencia se me ocurrió hablarle del cura de V..., que se decía andaba organizando una partida carlista.

Mi tío César dijo con gran sensatez que el carlismo pertenecía ya al pasado, y que no creía fuera misión

propia de los ministros del Dios que por redimirnos murió en una cruz la de exaltar las pasiones y los odios de los hombres, y mucho menos la de capitanear partidas en una guerra civil, que por serlo es siempre más horrible que otra cualquiera.

Después, á propósito de una vieja beata que había muerto dejando sus bienes á los frailes para misas, añadió:

—Y en esto, sobrino, quiero que te fijes, pues muchas veces ocurre que la ignorancia hace que se tomen como actos de devoción y piedad los que sólo encierran el más refinado egoísmo. Yo comprendo, y tú comprenderás fácilmente, que si esa mujer no tuviera familia dejase sus bienes para el cumplimiento de algún fin benéfico: tal podría ser la fundación de un hospital. Igualmente comprenderíamos los dos que llegara incluso á postergar á sus parientes si alguna razón extraordinariamente poderosa lo hiciera necesario. Si, por ejemplo, la Iglesia peligrara, todos tendríamos que acudir en su socorro, de la misma manera que ella nos socorre en todo momento, y puede llegar hasta á desprenderse de sus bienes en provecho nuestro en circunstancias excepcionales y mediando causa canónica. Pero de lo que yo dudo es de que pueda presentarse la razón extraordinariamente poderosa, y de que, aun presentándose, puedan ser de manifiesta utilidad para la Iglesia los bienes de una beata. Por eso, á mi juicio, esta mujer que deja sobrinos en la miseria realiza un acto de ruin egoísmo que no debe aprovechar á su alma; sin que con ello tampoco pretenda negar la eficacia de los sufragios. ¿No es ésta, sobrino, tu opinión también?

Tan era también mía la opinión de mi padrino, que

aquella misma tarde, apenas llegué á casa, dí á la prima Victoriana un alegre achuchón contra el quicio de la puerta de la cocina; y por la noche, consultándolo con la almohada, decidí formalizar las relaciones, dando cuenta á mis padres de la marcha de los sucesos.

Algunos párrafos del testamento de mi tío César, que murió tras nueve meses de penosa enfermedad:

«Por el mucho cariño que les tengo dejo la casa en que vivimos con los muebles necesarios para el uso doméstico á mi hermana doña Gabina Carrascosa, á cuya muerte la heredará en plena propiedad su hija doña Victoriana Garrote y Carrascosa.»

....

«Queriendo dar á mi sobrino don Ruperto Tachuela y Carrascosa la muestra más elevada de mi aprecio y afecto, le lego en donación graciosa y libre de cargas las dos reliquias que se hallarán en el arca y gaveta que después se dirá, y que son las siguientes: «Un cigarro puro de la Habana con faja, envuelto en papel de estaño, que es obsequio con que fuí agraciado por el Señor Rey Don Carlos María Isidro de Borbón, Quinto de su nombre, en ocasión en que me honró sentándome á su mesa. Y un sable de acero con empuñadura de metal amarillo que, al ser ascendido á capitán en el sitio de Bilbao, me regaló, poco antes de ser ambos heridos, el general Zumalacárregui, de gloriosa é imperecedera memoria.» Estas reliquias serán entregadas á mi sobrino don Ruperto el día después de celebrarse su boda con mi sobrina doña Victoriana; y es mi voluntad que una y otra se conserven á perpetuidad en mi familia, con cuya posesión recibirá,

como yo he recibido, todo género de beneficios; siendo asimismo voluntad mía que ni mi sobrino don Ruperto ni ninguno de sus descendientes se fumen la que primeramente se describe.»

....

«Y en el remanente de todos mis bienes, derechos y acciones, instituyo por mi único y universal heredero á nuestro Santo Padre el Romano Pontífice, que en la ciudad de Roma y en su palacio del Vaticano se encuentra prisionero de las feroces hordas revolucionarias.»

....

LA HOYA DEL DIABLO

Armado de escopeta, un hombre de rústicas trazas marchaba á campo traviesa dirigiéndose al camino.

El muchacho que guiaba informó á Felipe Morales de que aquel sujeto era un corsario muy conocido en el contorno.

Cuando llegaron al punto donde el cazador furtivo aguardaba, éste, llevándose la mano al ancho sombrere que cubría su curtido rostro, saludó brevemente y pidió á Felipe un cigarro. Felipe le dió su petaca y le invitó á subir al pescante. El invitado vaciló unos momentos. Ante la insistencia afectuosa de Morales aceptó.

El coche avanzaba lentamente. Las rodadas de los carros señalaban profundos surcos en la tierra húmeda y poco firme por las últimas lluvias.

A uno y á otro lado, la primavera teñía de un verde intenso la vasta llanura.

Los gamonitos asomaban sus floridos tallos entre la exuberancia de las matas.

Las anchas hojas de las ceborranchas brillaban con reflejos purísimos de esmeralda. Florecillas de múltiples colores se esparcían en el césped: los azules lirios,

los botones de oro, las humildes margaritas, el jaramago, el silvestre heliotropo, salpicaban los campos con su policromía. Bandadas de pajarillos alegraban el ambiente. Algunas retamas de amarillas flores denunciaban la proximidad del río. En el remoto horizonte las cordilleras limitaban el cielo, envueltas en tules vaporosos de ópalo.

Felipe respiraba con ansia aquel sol de Abril, que, pletórico de oxígeno, de aromas y de colores, hacía despertar á la Naturaleza de su invernal letargo. A ratos conversaba con su nuevo compañero de viaje, en tanto el zagalón que empuñaba las riendas animaba á las mulas con juramentos repartidos equitativamente por sus nombres propios y restallándoles el látigo de manera sucesiva y continua en las orejas.

Poco antes de dar vista al río, el camino se dividió en dos.

Felipe, que todo lo curioseaba, preguntó á dónde conducía el que dejaban á la derecha.

—Ese, señor—contestó el corsario—, iba antes á la barca, cuando estaba por donde cae la Hoya del Diablo.

Morales, para quien este nombre tenía atractivos de leyenda, siguió preguntando.

El cochero, queriendo lucir sus conocimientos, tomó la palabra.

—Pues esa hoya—dijo —es un pozo muy jondísimo que ha hecho el agua del río, y le llaman así porque dicen que el diablo ajogó en ella á un moro muy grande y muy renegrío que vivía en ese castillo de que endinantes hablamos y del que sólo quedan los paredones... Vaya usted á saber y cuándo sería; pero lo que es mucha verdad es que todavía se ven en la joya unos

diablillos coloraejos que brincan por entre las matas y se meten en el agua...

Ahora va para tres años que mi tía Quica los vió una tarde que se le hizo de noche haciendo una carga de palos; y al uno le tocó en la cuerna, y del susto que le vino entodavía no se le han ido las tercianas que le dieron.

El corsario interrumpió con sonrisa escéptica y aires de suficiencia:

—Esas son fantasías de la gente, y más interesará al señor, que por lo visto no es de estas tierras, el sucedío de don Manuel el herrador que todas las visiones que pueda contar tu tía Quica, que tiene muchas legañas en los ojos y que está más loca que una cabra.

El cochero protestó vivamente y ambos se enzarzaron en una disputa á la que pronto dejó de prestar su atención Morales.

Habían llegado al borde mismo del alto desmonte que servía de dique al río. Abajo, á más de treinta metros de desnivel, las azules aguas se deslizaban serenamente entre junqueras y plantas acuáticas, cuyas innumerables flores esmaltaban de blanco las orillas. En la opuesta ribera una manada de vacas pastaba pacífica en los prados de la dehesa. El río se perdía á lo lejos como una serpiente...

—Manuel el herrador —dijo por fin el corsario—era un mozo muy bien plantado que vino al pueblo años atrás sin más bienes que las herramientas de su oficio, en el que maldito lo que le gustaba trabajar. Pero si lo único que le venía bien era pasarse la vida en el café y en la taberna, supo en cambio enamoriscar á la muchacha más hermosa y más rica de muchos pue-

blos á la redonda, que sin hacer caso ninguno á los que bien la querían, se emperró en casarse con aquel hombre tan guapo y de tanto salero... Y así salió ello: ni un solo día pudieron vivir en paz porque el herrador, que en seguida empezó á derrochar dinero y fausto, aunque hacía que le llamasen don Manuel, era el tío de peores entrañas que ha nacido. La pobre mujer salió á paliza diaria, y entre las mil judiadas que la hizo llegó hasta ponerla una jáquima en la cabeza y á atarla al pesebre como si fuese una mala bestia...

El camino continuaba pendiente y pedregoso hacia la barca. El corsario siguió:

—Pero como todo se paga en este mundo, por dónde ocurrió que á don Manuel, que tenía más de quince caballos á cual mejores, se le antojó comprar una potra negra, flacucha y esmirriá, que trajeron unos gitanos y que era tan rematada de mala que parecía tener los demonios en el cuerpo.

—Ya ve usted cómo sería—interrumpió con vengativa intención el sobrino de la tía Quica—que nunca quería marchar más que por los barbechos, y que en cuanto que veía á la guardia civil se encabritaba y salía de estampía.

Despreciando la indirecta, el corsario continuó:

—Pues con semejante animalito, á quien nadie se atrevía á echar los calzones encima, y con trece galgos, negros también y ligeros como corzos, era con los que le gustaba á don Manuel salir á cazar en tiempo de veda, y lo hacía sólo por quitar el pan á los pobres y para desesperar á los guardas mayores, que le seguían á galope, sin alcanzarle nunca... Un día creyeron atraparle, porque le acorralaron contra el

río; pero cuando ya iban á cogerle, y él, que era muy soberbioso, estaba maldiciendo y soltando juramentos, la potra dió un relincho, como de alegría, y pegando un bote se echó al agua con los galgos detrás, saliendo todos nadando á la otra orilla. Y desde entonces, don Manuel repitió todos los días esta hazaña; y cuando salía del río insultaba á los guardas, que le miraban rabiosos desde arriba; y se reía de ellos y les hacía cosas feas con la mano...

Los viajeros llegaron á la barca. En el amplio lanchón entraron personas, coche y animales. El barquero empuñó la maroma, y la lejana orilla, lentamente, insensiblemente, empezó á acercarse.

El cazador, apoyado en el cañón de la escopeta, concluyó su relato:

—Una tarde, ya se habían hecho los cinco años, don Manuel hizo la suerte por última vez. Le venían corriendo tres guardas, y la potra, con intención dañina, le trajo para esa parte; cuando llegó junto á aquel picacho que se ve donde hay unas matas, les aguardó para que le oyeran mil barbaridades que les dijo; después se tiró al agua, con los galgos detrás... y ésta es la hora en que no han vuelto á salir de la Hoya del Diablo ni don Manuel, ni su potra, ni los galgos.

Felipe Morales quedó un momento mirando á lo lejos hacia el lugar del suceso. Después, con sonrisa incrédula, preguntó:

—¿Pero ni un galgo muerto se encontró en el río?

El barquero, ante el digno mutismo del corsario, contestó:

—Ni uno solo se encontró. Puede usted creer á ciegas lo que el señor Antonio dice: su palabra es honrada, como la de un rey.

La barca continuaba su silenciosa marcha. Ya, entre los claros de las algas, se veían los blancos rollos que cubrían el cauce. Los pececillos surcaban ligeros.

En la opuesta orilla, cuatro burros cargados de carbón aguardaban con estoica indiferencia á que les fuera llegado el turno de pasar el río.

Las vacas seguían pastando. Algunas, desde la verde ribera, miraban tranquilas con sus grandes ojos á la corriente, en la misma hierática actitud con que las vacas de Egipto veían pasar, hace cincuenta siglos, las sagradas aguas del Nilo.

CARMENCITA

Como debía aprobar en Septiembre la Historia Universal Antigua y Media, y me habían llegado á interesar los hechos de nuestros antepasados «antiguos y medios», eché los libros en la maleta, dispuesto á no desperdiciar aquellos días, por pocos que fueran.

Los aproveché, ciertamente. Grato recuerdo guardé siempre de ellos.

Las bellezas naturales de Piedra no me inspiraban gran cosa. Mi temperamento, un tanto rebelde al sentimiento poético, no veía en aquel sitio de recreo más que un gigantesco nacimiento de Nochebuena, donde con calculada armonía se habían colocado los vergeles, las cascadas, los lagos y las peñas. Al pie de la «Cola de Caballo» estudiaba yo las hazañas de Cambises; en el inmenso refectorio, mientras comía, me deleitaba leyendo la destrucción de Roma por los bárbaros; la «Peña del Diablo» atraía mi atención porque, sin explicarme el motivo, me parecía era la misma que Roldán había partido de un solo tajo á la hora de su muerte.

Pero al tercer día, cuando de lleno me entregaba á profundizar en la organización política y social de la austera Esparta, se llevó la trampa mis estudios.

Sentado en un rústico banco en el Vergel, mi atención, muy lejos de allí, no paraba mientes en la frondosidad de aquel lugar pletórico de verdes arbustos, de hermosos árboles, que le daban sombra plácida, y humedecido por un ambiente fresco, preciado regalo de las cascadas rumorosas y juguetonas.

Riendo alegres, pasaron ante mí tres niñas acompañadas por un chico, que aun vestía pantalón corto. La mayor podría tener quince años.

Sin respeto alguno á lo profundo de mi trabajo, ni á su austeridad, hicieron alto á poca distancia.

En breve y ruidoso conciliábulo acordaron jugar á la «semana».

Entre todas buscaron un canto á propósito y con él señalaron varias rayas en el suelo.

Ante su algazara, cerré amoscado el libro.

Las niñas saltaban sucesivamente y reían como unas locuelas sus equivocaciones y sus trampas.

La mayor se llamaba Carmen. Así la nombraban á voces.

Su belleza respondía á su nombre, esencialmente español, y en el que parece se sintetiza ese tipo de belleza casi gitano, que sólo en España se da.

Era una mujercita de ojos negros y penetrantes; ligeramente morena; de pelo rizado y del color de los ojos, más negros que la noche.

Nerviosilla, viva y dominante, Carmencita saltaba de cuadro en cuadro, cantando uno á uno los días de la semana.

La agitación y el esfuerzo la sofocaban un poco, arrebolando su semblante. Su cabellera flotaba acariciando blandamente sus espaldas. En aquella deliciosa mata de pelo reflejaba sus rayos el sol cuando á

trechos rompía la tupida arboleda y brillaba ondulosa en cambiantes rizos, como una cascada de azabache.

Entre los árboles, que á ratos la ocultaban, parecía la niña el hada protectora de un bosque.

De pronto Carmencita dió un grito. Se había lastimado un pie.

Mi banco era el único que por allí cerca se veía, y á él vinieron las chicuelas, guardando silencio ante el accidente ocurrido.

Al otro extremo del banco se sentó, y pronto las otras la dejaron sola para volver á sus juegos.

Mirando á la niña que á mi lado callaba, cuyo lindo rostro contraía tenuemente un dolor mudo, empecé á darme cuenta de la poesía del ambiente. Sentí junto á mí el murmullo murmurante del río, que más lejos se despeñaba con estrépito. Vi unas palomas revoloteando, salpicadas por la ola de vaporoso rocío que del remanso azul se levantaba. Y en el tapiz oscuro de la yedra que cubría el desmonte cercano, como en la pulida ágata de un camafeo, se destacaba, recortando la pureza de sus líneas, el perfil de Carmencita, iluminado por una pupila brillante y húmeda, que entornaban largas pestañas de seda negra.

Al otro día también yo jugué á la semana y salté y reí, sin que me preocupara la inmediación probable de algún historiador sesudo.

Mi amistad con la niña de los ojos gitanos hizo algunos progresos.

Una tarde bajamos al lago. Otros excursionistas ocuparon otras lanchas. Carmencita, con su hermana pequeña, entró en la que yo dirigía.

Al abandonar la tierra me creí transportado á una región de ensueño.

El lago, sereno como la superficie de un espejo, era un lago de leyenda. Limitaban sus orillas tupidos ramajes que ocultaban el nacimiento de inmensos peñascos que se elevaban hasta llegar al cielo. Por un lado tan sólo el horizonte se abría y mostraba un azul puro y lejano, y los dorados rayos de un sol que empezaba á declinar. Las nubes blancas, con matices de púrpura, se reflejaban en el cristal de las aguas, y á través de su transparencia diamantina, entre sombras de ilusión, una vegetación exuberante hacía adivinar la realidad de un mundo fantástico. Bogaban tranquilos en todas direcciones peces grandes y pequeños de varios colores. Sus lomos, tornasolados, mostraban dibujos caprichosos... A veces, en algún profundo rincón, entre las plantas acuáticas, parecían brillar fosforescentes los ojos verdes de una sirena, y la imaginación creía ver agitarse los reflejos de plata de su cola de pescado.

Carmencita, alegre y dicharachera, hablaba y reía á un tiempo. A gritos llamaba á los tripulantes de las otras barcas para enseñarles alguna vistosa carpa que hacia ellos marchara, ó alguna flor de blancos pétalos que emergía de las aguas, y que ella, al pasar, quiso coger. Otras veces callaba, y, pensativa, posaba sus miradas en el cristal del lago. Algunas, me miraba un momento, sin decir nada, y yo me sentía envuelto por el dulce terciopelo de sus ojos...

Una trucha de dos cuartas de largo nadaba junto á nosotros; su marcha era majestuosa. La niña hizo ademán de cogerla, y el abanico cayóle al agua.

Recuperado el abanico, le abrió para que se secara y empezó á agitarle...

—¿Versos?—pregunté con el corazón encogido,

ante unas líneas de tinta que emborronaban el paisaje.

—Sí—contestó con naturalidad Carmencita—. Es un soneto que me dedicó un primo mío.

Y añadió, mostrando la blancura de sus dientes en un ligero mohín de displicencia y ofreciéndome el abanico con su manecita gordezuela de afilados dedos:

—Léalos usted si puede. Le gustarán; son bastante buenos. Carlitos versifica bastante bien.

Creo recordar que dije una simpleza y que me puse á remar á toda prisa...

Aquella noche, desvelado en la celda, empecé mi soneto.

Y en los días sucesivos continué trabajando en él. Después de enmendarlos y de escribirlos cincuenta veces, conseguí componer siete endecasílabos, pero no me fué posible completar el segundo cuarteto.

Necesitaba un consonante que rimara con «azabache», y mi fantasía no me ofreció más que vocablos tan poco poéticos como «bache», «guirlache», «cachivache»...

Y me fuí de Piedra sin conseguir acertar con el ansiado consonante y maldiciendo en mi interior muchas veces la envidiable facilidad versificadora de Carlitos.

Concluído mi examen entre trasudores, que á mí mismo me olían á calabazas, oí la voz campanuda del catedrático:

—Puede usted retirarse, señor Jiménez. Acaba usted de hacer el alarde de la ignorancia más crasa con que yo he topado en mis largos años de magisterio. No tiene ustedla menor noción de quién fuera el Fa-

razón Apopi; confunde usted de manera lamentable á Nabucodonosor con Nabopolasar; ha pasado usted, señor Jiménez, junto á Nínive sin conocerla, como pasó en su tiempo el célebre Xenofonte, en su famosa retirada de los diez mil, que usted ignora; el nombre ilustre de los Gracos le ha inspirado una risa completamente estúpida; y su admiración y su sorpresa ante la dinastía de los Merovingios supera con mucho al asombro que los aztecas sintieron ante las gentes de Hernán Cortés... He dicho, señor Jiménez, que puede usted retirarse...

Efectivamente, yo miraba como un papanatas, con la boca abierta, al sabio profesor. El consonante aún me perseguía. Aquellos ojillos, reventantes de erudición histórica, brillaban como dos cuentas de azabache...

....

....

EL CASO DEL REY GODÍNEZ

El señor Cachuelo, segundo jefe del negociado, entró aquella mañana, como todas, á las once, y nada parecía indicar en él que tuviese noticias importantes que comunicarnos. Había colgado el sombrero en la percha con la dignidad en él acostumbrada; había saludado con su habitual cortesía; se sentó á la mesa y se puso á abrir sus cartas como siempre, y como siempre interrumpió la operación para arreglarse los faldones de su chaquet verde botella con grandes cuadros claros...

Fué después cuando, dirigiéndose á Godínez, nos hizo partícipes de la estupenda novedad.

La tarde anterior había visto á Godínez en la calle de Alcalá corriendo como un desesperado detrás del coche de una mujer hermosísima, que llevaba sombrero con largas y flotantes plumas azules. Y el hecho era cierto, porque Godínez, á través de su barba de ocho días, se puso tan encarnado como su eterna corbata, y las hilachas de sus pantalones temblaron visiblemente por debajo de la mesa. Sin ello lo hubiéramos también creído, pues el señor Cachuelo era hombre serio é incapaz de chancearse.

Y todos gritamos:

—¡Bravo, Godínez!

—¡Que hable Godínez!

—¡Que lo cuente Godínez!

—¡Que se explique Godínez!

—¡Que convide Godínez!—gritó Peláez, expresando su admiración en la forma que le era peculiar, y disponiéndose á pedir los acostumbrados dos cafés con los tres bollos y las tres medias tostadas de los sucesos faustos.

Pero Vázquez Ortiz, que casu almente estaba enla oficina, echó al aire con señorial ademán la mano izquierda, donde campaban por sus respetos, en sello de pulida ágata, el castillo y las marmotas de los Vázquez Ortiz, y dijo con voz campanuda:

—Puesto que el gran Godínez tiene novia de sangre azul, á mí me corresponde convidar, y yo convido á jerez con pastas á la salud de la novia del gran Godínez.

Y Godínez, que no había vuelto á hablar desde que le ocurrió aquel percance en cuya virtud y á consecuencia de una explosión de gas se le vinieron encima desde un principal las vidrieras de una peluquería habló tras seis meses largos de silencio.

Por cierto que la aventura de las vidrieras, de la que salió arañado y roto, sirvió para demostrarnos que aquel Godínez á quien encontrábamos y dejábamos todos los días con su cuello torcido en la oficina, escribiendo á sesenta kilómetros por hora, salía á la calle y se paseaba, á veces, como un mortal cualquiera. Sin ese accidente, de buena fe hubiéramos creído que el ordenanza le sacudía el polvo á diario como á los demás muebles.

Pero estos trotes amorosos erau ya algo insólito.

Sin embargo, nos fué imposible sacarle del cuerpo quién fuera la bella desconocida y las relaciones que con ella le unían. Godínez, á quien el vinillo andaluz emancipó de la pluma y tornó alegre y dicharachero, tan pronto tocábamos este punto se encendía como un pavo, y á nuestras indiscretas preguntas opuso siempre que el honor de una mujer pendía de sus labios.

Por lo demás, habló de todo lo divino y de todo lo humano, sirviendo de complemento al regocijo del jerez hasta que se le ocurrió exponer sus teorías acerca de la existencia del alma.

—Sí—decía, con los ojos encandilados—; yo sostengo, y lo demuestro, que en cada uno de nosotros hay tres ó cuatro seres, por lo menos, y que es una necedad el hablar de una persona como si fuera algo indivisible.

—¡Bien por Godínez! Eso hay que escribirlo en un libro. ¡Vaya otro trago!

—Y sostengo y demuestro más: que muchos llevan dentro el espíritu de un animal.

—¡Hombre! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravísimo!

—Pero si eso está á la vista. ¿No se han fijado ustedes en la mirada que tienen algunos ojos? ¿No han visto ustedes que hay personas que tienen cara de gato, y otras de cabra, y otras de burro? Pues si aquí mismo las tenemos. ¿Puede dudar alguien que don Fredegundo tiene cara de mastín?

Aquella alusión al jefe del negociado nos sobrecogió, y nadie la prestó su asentimiento.

Y aun flotaba la interrogación en el temeroso ambiente, cuando don Fredegundo apareció en la puerta.

—Muy bien, señor Godínez—dijo con sonrisa de

león—, muy bien, y le doy mi más cordial enhorabuena por sus observaciones psicológicas. ¿No se dice así, amigo Serranillos?

—Sí, señor, don Fredegundo, así se dice—asintió Serranillos, que por escribir versos en revistas de provincias era el intelectual del negociado.

—Pues nada, señor Godínez—continúo el jefe, enseñando los colmillos—, ya daré cuenta al ministro del empleo que á su tiempo dan algunos aspirantes primeros, y no dudo conseguiré su ascenso.

Godínez continuaba cuadrado militarmente. Un temblor convulsivo agitaba su desmedrado ser desde la base de los roídos tacones hasta las puntas oscilantes de los pelos de su coronilla.

Después de su cesantía volví á verle muchas veces, y algunas, contra su voluntad, le socorrí con pequeñas cantidades, que él sólo aceptó á título de devolución. Por ello, quizás, aquel pobrecito ser, sin familia ni amigos, de quien todos hacían escarnio, me cobró cierto afecto y se acordó de mí y me hizo llamar.

La entrevista me había impresionado mucho. ¿Por qué? No podría decirlo. Tal vez fuera por esa sensación de dolor frío que las salas de un hospital producen siempre; esas salas blancas, con dobles filas de camas también blancas, en las que se respira con angustia el olor de los desinfectantes, cuya blancura estremece, rota á intervalos por las caras exangües de los enfermos, y por donde cruzan silenciosas las blancas tocas de las monjitas de gangosos hablares. Quizás las palabras de mi antiguo compañero excitaran mi espíritu en su natural propensión hacia

todo lo sobrenatural y maravilloso. Puede ser que cediera á la vulgar é inexplicable tendencia que nos lleva á prestar más crédito á los dichos del moribundo cuando apenas sabe lo que dice, que á los del hombre sano que en posesión se halla de sus facultades mentales.

Lo cierto es que aun á conciencia de que Godínez deliraba en sus revelaciones, yo no dejaba de pensar en ellas. Había hablado con tal firmeza al decirme que él era una especie de rey en otro mundo mejor y que sólo estaba transitoriamente en éste, ó en comisión, como él decía en lenguaje burocrático, y se había exaltado tanto describiéndome aquella divinidad de tez nacarada y de ojos húmedos y negros como la noche, que algunas veces se le aparecía en figura mortal (haciéndole perder en una de sus visitas el empleo), que no me extrañaron las palabras de desdén que opuso á las mías de aliento, cuando le aseguré que en breve sería repuesto por habérmelo así ofrecido un hermano de leche del ayuda de cámara del director general, amigo mío con quien tomaba café todas las noches. Y lo que más me intrigaba era la seguridad que ponía al afirmarme que el viernes al medio día se vería libre de su miserable existencia...

Al fin el doctor Malagón entró con su blusa de operaciones, seguido de sus ayudantes, portadores por manojos de instrumentos y accesorios quirúrgicos, que desparramaron sobre la límpida luna de la mesa; pinzas, tijeras, valvas, agujas, bisturíes...

El célebre cirujano me aseguró que la operación se había hecho en las mejores condiciones posibles. Era un pequeño tumor en el vientre. Y ante mis preguntas y observaciones, Malagón sonrió con superioridad:

—Eso—dijo mientras se entretenía limpiando el instrumental—, eso es algo de lo que los técnicos llamamos megalomanía; en lenguaje vulgar, delirio de grandezas. Esta monomanía suele ser un principio de locura; otras veces es la primera manifestación de la parálisis general progresiva, terrible colofón, generalmente, de la avariosis. Pero en la forma de alucinaciones obedece más bien á otra causa, por más extraña que á usted le parezca.

—La causa—continuó tras breve silencio—está en el riñón. Yo podría contar á usted casos muy raros, que le pasmarían. Entre mis observaciones médicas registro la de una nefrítica de diez y nueve años que veía por las noches una figura terrorífica de bruja envuelta en largo manto negro, con cabeza de buitre y garras de gavilán. En esta muchacha, los edemas llegaron á producir el anasarca; se puso redonda como una pelota y se le abrió la piel. Otro niño de diez años, también nefrítico, soñaba con un monstruo terrible; con mucha paciencia pudimos reconstruirle: tenía el cuerpo de un pavo gigantesco, cabeza y pezuñas de toro, echaba llamas por los ojos, sus colmillos eran de jabalí, y tenía el rabo de alacrán, rematado por un aguijón de dos metros... Igualmente produce alucinaciones espantosas el *delirium tremens*; pero no sería lícito, científicamente, confundir este *delirium* ni con la nefritis ni con el delirio de grandezas... ¡Giraldo! —agregó, interrumpiéndose—. ¿Quiere usted ver si se quedó allá dentro una pinza Pean?

Después siguió.

—Sin embargo, estas visiones maravillosas de mujeres ideales y de mundos fantásticos son debidas casi siempre al uso del opio, de la morfina ó de otros vene-

nos orientales estupefacientes, como el *haschich*. Pero, en lo que á nuestro caso se refiere, puede usted estar completamente tranquilo. Si la medicina— triste es decirlo, aunque fuerza es confesarlo—marcha á paso de carreta, la cirugía, en cambio, vuela en aeroplano. Hoy, merced á la rigurosa asepsia en que las operaciones se realizan y á los progresos de la técnica quirúrgica moderna, podemos, una vez operado el enfermo, decir á plazo cierto cuándo podría ser dado de alta. Su amigo de usted, antes de un mes, andará por la calle.

—Y el viernes al medio día—concluyó Julián Rodero—, según tenía él anunciado, se murió el pobre Godínez. La peritonitis sobrevino á consecuencia de la segunda operación que hubo que hacerle para extraer la pinza Pean que el doctor Malagón se dejó dentro, olvidada.

Tal vez fuera todo pura casualidad.

EL SINO DE LA PERSONA

El corro de viejos en la cocina de la tía Tomata hablaba tranquilamente, con litúrgica monotonía, de las labores, de las esquilas, de la próxima siega... y de la necesidad inaplazable de que lloviese. Hacía mucha falta el agua; pero que no fuese tanta como en el chaparrón que cayó por San José, que en nada estuvo se llevara la cosecha por delante, ni tan poca como la última vez, que apenas llegaron á mojarse los sembrados.

El humo de las colillas, mezclado con el de la jara que chisporroteaba en el hogar, hacía la atmósfera irrespirable. La dueña de la casa simultáneamente atendía á los preparativos de su cena y á rellenar los vasos de sus parroquianos.

Larga, negra y retorcida como un sarmiento, apareció en la puerta la figura del tío Ropero. Apoyándose fatigoso en su cayada, cruzó la estancia y se sentó en un banco.

—¿Pero qué le pasa á Ropero que paice que le han dao cañazo?

—Serán los perigallos de los muchachos que no le dejarán las habas quietas.

—Malo será—arguyó el tío Lucas—que el Sanroque no baile en el fregao. Es muy zorrino el Sanroque.

—¡Jesús, qué cara!—exclamó la Tomata, mientras arreglaba en las trébedes la sartén de las sopas—. Traes unos hocicos, Manuel, como si te hubieran desenterrao.

Ropero lanzó un suspiro ronco, sin apartar sus ojos sanguinolentos de la llama que en ellos se reflejaba.

—¿Pero se pué saber lo que te pasa?

Al fin rompió el silencio:

—¿Qué queréis que me pase?—dijo—. Es mi sino, que no pué ser más negro en esta reperra vida.

—Es—añadió tras una pausa—que desde que murió la Ropera ni mi casa es casa, ni nada me sale bien.

—Dios haiga perdonao á la Alifonsa—interrumpió la Tomata—, que bien rebuena que era; pero me parece que de la Usebia no tendrás quejas, que atiende á tu persona y á tus haciendas como si fueran suyas y os hubieran echao las bendiciones.

—Sí; la Usebia como criada no es mala; pero no compares con la difunta, que en gloria esté. Aquella mujercina que cabía en un cenacho tenía más disposiciones ella sola que cincuenta mujeronas. Más limpia era que los chorros del oro y madrugaba más que un lucero. ¡Ah, si la mi Ropera viviese! Pero desde que muriera el año pasado la pobrecita, ya toos lo visteis, nada salió bueno. A los dos meses justos se me murió también el Salmerón, cuando lo tenía vendío en dos onzas; después vino la morriña, y ahora, ahora... Sí, es el sino, es el sino de la persona...

—¡Rebadajo, tío Ropero! Sea usted hombre y desembuche las tripas de una vez. ¿No le da vergüenza

estarse ahí berreando y tragando mocos como una criatura?

El pobre viejo, con voz opaca y sin poder sujetar los lagrimones, contó el estupendo suceso.

Era que en su *jabal*, en el habar que todo el pueblo le envidiara, había aparecido un animal feroz. Ya él venía notando rastros extraños cuando iba á guardar la finca de las acometidas de los chicos y de los grandes; y hasta pensó en las malas artes del Sanroque su enemigo; pero no, no era él. El día anterior la había visto con aquellos mismos ojos que se comería la tierra.

Estaba enroscada en medio del jabal, y en cuanto que le viera, se levantó soberbiosa, más alta que un roble, abriendo una boca y dando unos silbidos, que se tuvo por muerto. Una congoja y unas ansias le entraron, que pasó la noche en calenturas, y aun tenía la temblaera por todo el cuerpo. Lo menos mediría hasta la punta del rabo setenta varas, y su cuerpo era tamaño como el de un buey.

Los oyentes, sorprendidos, callaban.

—Pero —observó el tío Eustasio—por acá no vinieron nunca los bicharracos esos; y además, no picarán en lo verde.

—Quizá que no coma las habas—insistió Ropero—; pero ya se llevó dos crías de la guarra, que parió el jueves. Y lo que más cudiao me da es el ganao que anda cerca, y como naide querrá guardarlo, bajarán los lobos... Y no es na más que mi sino, mi sino negro y repijotero...

El tío Molina, cuyos ojillos brillaban en la sombra, dijo desde el rincón donde se perdía su desmedrada figura:

—Pa mí que la cebada viene de atrás, y que todos recordamos de ese animalito.

—¿Sus acordáis—continuó—del culebrato del francés, que á toas partes le seguía como un borrego?

—Sí; pero el culebrato aquel no tendría tres cuartas, y el franchute marchó cuanto ha...

—¿Y sus acordáis que siempre andaba de comadreo con el maestro? Pus como si lo viera, que cuando marchó á su tierra le dejó el culebrato, y éste es el mismo que ha crecío y se ha desenrollao como toas las bestias. Si tiene en la cabeza pintao un galápago negro, de fijo que es él.

La indignación explotó contra el maestro.

—El tío marrano, que nos chupa la sangre.

—El muy ladrón, que nos come el pan y no trabaja.

—Y que nos encanija á los muchachos con tanto hacerlos tragar letras.

—Y ahora quiere asesinarnos.

—Hay que retorcerle el pescuezo.

—Hay que arrastrarlo...

El tío Ropero, con la cabeza entre las manos, repetía sordamente:

—Es mi sino negro; es el sino que me persigue.

Y daba grima y se encogía el corazón de ver á aquel pobre viejo, encallecido en las más rudas faenas, gimiendo bajo el peso de una fatalidad inexorable.

En pie de guerra, el pueblo entero se arremolinaba y se extendía ante el temido habar. Dispuestos todos, aunaban sus esfuerzos para acabar de una vez con el terrible ofidio que sembró el espanto en el lugar tan

tranquilo y próspero antes, como amagado ahora de ruina y desolación.

La tarde declinaba.

Desde la piedra y el palo primitivos, hasta la novísima escopeta de pistón, todas las armas que la civilización creara y cuantos objetos pudieran también á un fin mortífero dedicarse, estaban representados allí, en manos de aquellos honrados labriegos: lanzones viejos, chuzos, sables tomados de orín, hoces, martillos, guadañas, hachas, badilas, sartenes, rejas de arado, bieldos, azadones...

Los combatientes se animaban unos á otros, y el que más y el que menos, y la que más y la que menos, pues, cual de costumbre, resaltaba el valor de las mujeres, se sentía con fuerzas para rematar sin ayuda ajena en un momento la temerosa aventura.

—Pues si no lo llega á recoger el señor cura no le dejamos ni las uñas pa contarlo.

—Y el muy ladrón iba por los tejaos que ajumaba. El indino corría y se agarraba como un gato.

—Pues me paece que la pedrá que le alcanzó del Arrendajo le escalabró bien los cascos.

—Así le hubiá despachurrao los sesos.

—El muy asesino y hambrón.

El tío Ropero impuso silencio con su mano temblorosa...

Ya parecía que se acercaba, que venía á dormir como todas las tardes.

Los dedos oprimieron con fuerza las armas; las orejasse alargaron.

Al pronto no se oyó más que el colectivo respirar, anhelante y entrecortado; pero en seguida, clara y distintamente, hirió los oídos el rumor de las hojas

separadas por algo que entre las matas se arrastraba. Después unos silbidos vagos é intensos.

—¡Ya está ahí!—gritó un muchacho, tirando con ímpetu su piedra.

Y hombres, mujeres y chicos, invadidos por súbito terror, huyeron tumultuosamente, abandonando en la fuga cuantas armas ofensivas y defensivas para el combate aprestaron. El campo quedó cubierto de piedras, de hierro viejo y de palos.

Al tocar ya las primeras casas, los fugitivos se atrevieron á volver atrás los ojos y, entre los rayos del sol que se ponía, vieron á la espantosa serpiente. Se alzaba rígida como una viga, con la disforme boca abierta, y sus estridentes silbidos amenazaban aún á los osados perseguidores.

En casa del tío Ropero, éste con su amigo el tío Molina y con su criada la Eusebia, cenaban pacíficamente á la luz del velón que colgaba de la campana de la chimenea.

Sobre la mesa, al lado de un jarro de Talavera lleno de vino, aguardaba una cazuela, en la que humeaba apetitoso, en roja y picante salsa, un frito de marranillo. Otra cazuela con guiso de habas se iba apurando poco á poco ante el continuo ir y venir de las cucharas de palo.

—Apostaría la cabeza á que el Sanroque no come esta noche habas.

—Ni en esta noche ni en muchas noches, porque dende que vino el culebrón cargan todos en las suyas y no le dejan una pa un remedio. Si se creerá el Sanroque que me va á dar papas.

Y el tío Ropero ahogaba su risa de zorro en el jarro del vino, que alargaba después á su compañero, mientras se limpiaba con el revés de la mano.

—Y el señor maestro ya tié pa rascar un rato.

—Pus él se tuvo la culpa, y ya se le dijo bien claro que dejase quieto el estiércol en la escuela; pero vino amolando con alcahueterías y haciéndolo sacar como si allí le estorbase pa enseñar el silabario; y eso que no salió con la suya de llevárseme la escuela. Así verá si es más higienie el olor de la basura ó el andarse juitivo por las tejas.

Los dos compinches continuaban celebrando y remojando la ocurrencia, mientras la Eusebia comía y callaba.

Un momento en que la conversación se cortó, dijo:

—Digo, señor Manuel, que á mi Bastián habrá que darle los quince riales que se le ofrecieron por hacer de culebra, que bien ganaos que se los tiene.

—Bueno, mujer, dile que no se venga con priesas y haiga un poco de paciencia, que ya sabe que los cuartos son seguros.

—Y digo también, ahora que nos oye el tío Molina, que sería bueno ir arreglando eso de los papeles, porque á mí naide me gana á honrá, y ya sé que se mermura y que me traen en lenguas y que me llevan.

—Y dale con la matraca. Come, mujer, y cierra el hocico, que en habiendo salú, que es lo prencipal, endespués pa too habrá vagar, y Dios mediante too habrá de arreglarse y salir á boca que quieres.

COSAS DE LA VIDA

¡Oh días floridos de la niñez y de la adolescencia, en los que nuestra vida, llena de ilusiones, se deslizaba entre el aro y el trompo, y la palmeta del maestro! ¡Con cuánto placer, con qué satisfacción se os recuerda ahora que sois idos, porque tenemos la seguridad de que no habréis de volver!

¿Para qué las ilusiones? ¿Para qué el sueño dorado de alas de mariposa, si todo es polvo y mentira? Si los más bellos matices de las pompas de jabón que un momento vuelan en el aire de nuestra fantasía infantil han de deshacerse al intentar tocarlos, manchando nuestras manos con la suciedad de su gota de agua...

El Bien... la Verdad... lo Bello... Ideas madres que alientan el espíritu humano; cómo y cuán equivocadamente corrimos tras vosotras pensando siempre alcanzaros, creyendo siempre hallaros integradas y confundidas en todos los seres, en todas las cosas que nos rodeaban. Dichosos hoy que conociendo vamos lo que la vida es; dichosos porque al saber que la mentira y la maldad como señoras reinan, sabemos también distinguir y apreciar en todo su valor la partícula de bien que hasta nuestro corazón llega, el átomo de ver-

dad que hiere nuestra retina. Felices hoy que, al peinar ya canas, somos seguros de no ver brotar las ilusiones de las rápidas vueltas de un peón para ser azotadas por la rígida palmeta del maestro.

Y sin embargo, el recuerdo de aquellos tiempos acude á nuestra mente y espolea nuestra memoria; y es que aquellos recuerdos están impregnados de poesía, del perfume de belleza que la Vida exhala para los ojos que á ella se abren, y el sentimiento artístico vive y crece con nosotros y es el único que no muere, porque en la vida la belleza es todo.

Muchas historias, leyendas, cuentos y sucedidos relatar podríamos, de esas que en las noches invernales al calor de la lumbre escuchamos, entre dormidos y despiertos, de labios de alguna crédula doméstica ó de algún anciano sentencioso. Pero carecerían de interés. El encanto que para nosotros tienen esos relatos descabellados ó pueriles que muchas veces nos desvelaron, saltaría en pedazos al chocar contra la fría razón de nuestros oyentes.

Muy posible es que esto ocurra con la historia ó leyenda que quiero contar, y que no fué oída á ninguna niñera ni á ningún viejo criado. La escuché ya un tanto grandullón en uno de esos corros que alrededor del brasero forman en los cafés rurales los vagos de todas edades, clases y calañas, que cumplen su fin humano perpetuando en aras de la tradición los chismes de la localidad.

Se refiere al cementerio de mi pueblo y ha de serme permitido dedicarle breves líneas, siquiera el introito vaya resultando un poco largo.

El cementerio de mi historia, que por muy verídica la tengo, era un cementerio que ya no se usaba. Por

exceso de *habitantes* fué clausurado allá por el ochenta y tantos y no se enterraba ya en él, sino en otro más grande y más espacioso, donde no faltaban sepulcros de mármol y panteones de gran aparato, con la consabida inscripción dominical de: *Propiedad de don Fulano*, ó *Pertenece á la familia de los Menganos*.

Este para mí no tenía atractivo de ningún género. El otro, sí. De él contaban y no acababan. En él estaba enterrado Simón, el último hijo del pueblo que subió al patíbulo, á quien al cabo de una porción de años hubieron de desenterrar y lo hallaron incorrupto, con las barbas crecidas hasta la cintura, ni más ni menos que el emperador Carlomagno, de gloriosa memoria. En él habían ocurrido cosas fantásticas de apariciones y brujerías; de calaveras que bailaban; de muertos que salían de sus tumbas á media noche é iban á atormentar á los vivos á sus camas ó á golpear ya de madrugada las puertas de las iglesias para que se realizasen aquellos actos de los que dependía su tranquilidad de ultratumba; de esqueletos que sacaban una mano á flor de tierra y no la retiraban por más asperges y responsos que se les echaran, hasta que la casualidad hacía adivinar dejaron pendiente alguna promesa... De la época del cólera, sobre todo, las historias y cuentos se centuplicaban.

Por eso la curiosidad llevaba mis ojos á sus cerradas puertas y con la mirada pretendía escalar sus viejos muros cubiertos de musgos y jaramagos, sobre los cuales únicamente alcanzaba á verse la cabeza de mármol de un ángel.

Sin encomendarme á Dios ni al Diablo, un día me lancé al descubrimiento. Las clases de latín y geografía lo pagaron, ó mejor dicho, anticiparon el pago,

pues en buena moneda de bofetadas y de largas estancias de rodillas en cruz con diez libros en cada mano, había de satisfacer mi deuda al siguiente día, forma entonces adecuada para el mejor estudio de las declinaciones latinas y para aprender el número de habitantes de las poblaciones españolas, la longitud de los ríos europeos y las diez mil más inútiles cosas que, sin saberlas ellos, pretendían enseñarnos nuestros cariñosos profesores.

No me pesó el castigo, adivinando quizás que es ley de la vida la de que todo investigador sea perseguido. Encaramado á la pared pude contemplar á mi sabor el viejo cementerio. Cubierto de cardos y de verde follaje, de flores amarillas y moradas, algunas cruces asomaban clavadas en el suelo. En el centro se alzaba el panteón del ángel cuya cabeza asomaba por de fuera y en el que descansaba una señora que invirtió gran parte de su fortuna en obras de pública utilidad. A un lado dos nichos mostraban pintorescas lápidas de barro de Talavera, en las que se escribían los títulos de un matrimonio de nobles alemanes, que tan lejos de la germana patria fueron á dejar sus huesos. Junto á la entrada una pequeña capilla cerraba sus desquiciadas y carcomidas puertas...

Después, bastantes años después, el cementerio se abrió; las paredes empezaron á caerse; la maledicencia pública decía que el cacique aprovechaba los materiales en la construcción de una casa de campo.

Dentro de él acampaban tribus de errantes húngaros. Las lápidas de Talavera cayeron á pedradas. Los animales andaban entre las tumbas; no era raro ver á un asno pastando allí, atado por el ronzal al hierro de una cruz; había perros que olfateaban como hienas en

los resquicios de los sepulcros. La capilla, destechada y llena de escombros, no tenía ya puertas, que debieron consumirse en alguna fogarata cuyas cenizas mezclaban los huesos limpios de la carne que sirvió de alimento á los vivos, con los huesos también limpios y mondos de los muertos. El ángel del panteón había perdido la cabeza y las alas, y por el agujero que la ignorancia criminal de la barbarie abriera, asomaban los restos mortales de la señora aquella que en beneficiar al pueblo invirtió caudal y vida.

Y vamos á nuestra historia.

Bien quisiera dedicárosla, lectoras mías, pero temo que su recuerdo venga á turbar vuestros dulces ensueños azulinos; porque esta historia quizá os resulte un poquitín miedosa. Temo que me culpéis de sentir en el perfumado silencio de vuestras coquetonas alcobas la presencia de algún osado fantasma que insolente se atreva á besar con su hálito frío el coral de vuestros labios ó los preciosos rizos de vuestras cabecitas y que veáis asustadas sus miradas vidriosas fijas en vuestras pupilas á través de las pestañas de seda de vuestros dormidos párpados.

Era María de la Gloria la muchacha más guapa del pueblo. De familia acomodada de labradores, ninguna como ella atraía las miradas de los hombres, ricos y pobres, á quienes cautivaba con su belleza graciosa é inocente. Sus ojos negros, rasgados, de purísimo mirar, hacían más blanca, más suave, más tersa la piel de su cara de azucena que el carmín del pudor frecuentemente coloreaba. Ninguna como ella sabía llevar con más gracia el refajo y el rameado pañuelo de los

días de fiesta, ni anudaba mejor sobre su nuca de nieve el torrente de ébano de su cabellera.

Pretendientes los tuvo por docenas. Los mejores mozos la cortejaban en el baile; artesanos pudientes, labradores ricos con buenas tierras de pan llevar y con muchas cabezas do ganado, aspiraron á su amor; pero el corazón de María de la Gloria permaneció cerrado lo mismo á las ofertas y obsequios de sus adoradores que á sus suspiros y quejas amorosas. Invariable respuesta daba siempre á cuantos del asunto le hablaban: ella no pensaba casarse nunca; ningún hombre encontraba que la inspirase el cariño suficiente para separarse de su padre.

Y mientras las demás chicas de su clase y condición retozaban con los zagalones del lugar, María de la Gloria permanecía seria y aislada y dejaba vagar perdidas por el espacio las miradas de terciopelo de sus ojos de madona.

Por eso cobró fama de orgullosa. Realmente no lo era, pero había en ella algo señorial que resaltaba y se despegaba de su sencillo atavío. De haber sido rubia y con ojos azules, hubiera podido servir de tipo para escribir el cuento de una princesa encantada convertida en lugareña.

Pasó el tiempo, y con el tiempo la gente dió en murmurar. Las idas y venidas de don Manolito Solís á casa de María de la Gloria eran pasto de la maledicencia pública. También decían que frecuentemente pasaba el caballerete ante su puerta á la ida ó al regreso del campo haciendo caracolear su potro y dirigiendo sonrisas á la ventana, que carecerían de objeto si detrás de las blancas cortinas no hubiera alguien que las acogiera y devolviese.

El escándalo fué en aumento, hasta llegar á oídos del padre de María.

Lorenzo Broncano habló á su hija.

Una mañana la llamó á la sala, y fortalecido por el ambiente enrarecido de aquella habitación, que solamente para ocasiones solemnes se abría, el buen viejo procuró sondear en el corazón de ella. Intentando dulcificar la natural rudeza del hombre avejentado en las faenas agrícolas, hablóle de lo que en el pueblo tanto se comentaba. Con lágrimas y con palabra tosca, la requirió para que le dijese la verdad, para que le dijera que nada de aquello era cierto; que sobre su honrada cabeza no haría caer una mancha imborrable. Le recordó á su madre, á quien ella no había conocido, y le retrató el tipo del señorito como realmente era: como un hombre vicioso y arruinado, que pasaba su vida en borrachera continua, que consumía los restos de su patrimonio en las mesas de juego, y de quien solamente se contaban malas acciones que acreditaban la perversidad de sus sentimientos.

María de la Gloria escuchaba en silencio, que sólo rompía para protestar con entereza de las habladurías del pueblo. Sí; no eran más que eso, habladurías. Nada tenía que ver en aquella cuestión, ni había dado el menor motivo para que de ella se hablara; pero tampoco podía evitarlo. Y muy bien sabía todo lo que de don Manolito Solís se contaba. Sabía que se decía que don Manolito había burlado á algunas muchachas, á las que enamoró con su airosa figura—culpa de ellas fué por hacerle caso—; y que era jugador, y que era borracho. Pero todo esto, fuese ó no cierto, ¿qué podía importarle? Ni don Manolito la dijera nunca nada, ni por mucho que la dijera, le daría nunca oídos. Ella

sabía muy bien que era una labradora y que no podía aspirar á casarse con un señorito.

El padre tranquilizóse con sus palabras decididas y sinceras.

María de la Gloria, llorosa y con altivez, las remató diciendo:

—Usted lo sabe, padre; yo sólo me puedo enamorar del hombre que haya de ser mi marido.

Y como si quisiera tomarle por testigo, miraba al niño Jesús, que con la bola en la mano y con su mantito azul presidía desde la cómoda la melancólica estancia.

La más profunda consternación reinaba en todas partes Un cataclismo espantoso trituraba la pacífica existencia de los habitantes de V... El cólera azotaba al pueblo con todo su furor.

Como la potente reja de una roturadora remueve implacable las entrañas de la tierra virgen, arrasando el follaje y los tiernos arbustos y arrancando y matando las raíces seculares que bajo la superficie se extienden y entrecruzan, así la guadaña de la peste segaba vidas y desgarraba inexorable los más estrechos vínculos, los afectos más sólidos y puros. Nadie tenía segura su vida; en breves minutos el hombre fuerte y saludable traspasaba el último dintel de su existencia.

La peste estaba en todas partes. Estaba en el aire, estaba en el agua, estaba en los manjares que se comían, estaba en los objetos que se tocaban, estaba en la mano del amigo, en el abrazo del padre, en el beso maternal, en la caricia de la esposa... ¡Pero, no! Ya no había amigos, ni había madres, ni había esposas. El

feroz instinto de conservación aparecía en toda su repugnante desnudez y el padre huía del hijo y á su mujer el marido rechazaba.

La vida social también moría. Ya no se trabajaba: ¿para qué? Ya no alegraban los amaneceres las canciones de los mozos que, saludando al sol, marchaban al campo con sus yuntas; ni al caer de la tarde se oían tampoco las esquilas del ganado que regresaba de los prados.

El silencio de las calles solitarias solamente era turbado por los carros de la muerte.

Los carros de la muerte recorrían el pueblo y paraban ante todas las puertas. De prisa y corriendo, porque el tiempo era corto y el trabajo mucho, cargaban su fúnebre mercancía y en seguida acudían á la llamada de la casa inmediata, y luego á la siguiente, y luego á la otra y á la otra y á la otra... Anticipándose á veces á la muerte misma, tenían que esperar á que ella concluyera su faena, porque valía más y era menos incómodo aguardarla breves momentos que repetir el viaje. Otras el carro se detenía para recoger al infeliz viandante que cayó en medio del arroyo sin poder llegar á su morada. Algunas el siniestro vehículo quedaba abandonado esperando que el oro encontrase sustituto al conductor, que al pie de él se revolcaba. Y frecuentemente, entre el apelotonado montón de cuerpos humanos, veíase algo que se removía, un pie, una mano, algo que no tardaba mucho en quedar rígido é inerte. La Parca no se equivocaba; sus golpes eran certeros.

Una idea dominaba febril en los cerebros y paralizaba los corazones: huir. Huir lejos, huir siempre, aunque la huída fuese absurda, aunque con ella la

epidemia se extendiera y la muerte se propagara como reguero de pólvora. La naturaleza humana, en su egoísmo, no raciocina, y en su cobardía llega á los límites de la ferocidad.

¡Qué importa al hombre que la Humanidad perezca en un instante, si con la destrucción universal él cree posible conservar un instante más su vida miserable y ruin! ¿No vemos cómo en las grandes capitales las gentes llamadas civilizadas se atropellan y aplastan, y por buscar la propia salvación hacen imposible la de todos, cuando el fuego estalla en el local cerrado de un espectáculo público! ¿No oímos y leemos los escalofriantes relatos de los siniestros marítimos, en que el terror á la muerte da alientos á un hombre solo para hacer zozobrar en inútil desesperación la barquichuela donde lograban defender su vida otros más afortunados pasajeros!

La desbandada era general. Los ricos que tenían posesiones campestres huían á ellas. Los más, que no las tenían, escapaban á los pueblos vecinos donde la epidemia no se había declarado y cuyos habitantes, creyéndose también con derecho á la vida, solían recibirlos á tiros ó abriéndoles la cabeza con sus azadones y con las rejas de sus arados.

Pero no huían todos.

El corazón del hombre encubre abismos de cieno y perversidad, cuyas simas insondables alumbra el relámpago de las grandes catástrofes. En aquellos días en que la inseguridad del vivir y el mismo terror á la muerte debían hacer más sinceros y puros los actos humanos, el vicio se enseñoreaba del pueblo. Las tabernas día y noche estaban atestadas. El borracho caía embrutecido al lado del colérico. El oro salía de

sus escondrijos y rodaba á manos llenas por las mesas de los garitos. Los que acababan de perder á su padre ó á su hermano, aquellos cuya mujer estaba quizás agonizando, pasaban el día entre la jarra y el vaso, manchando su boca con ironías repugnantes; á la noche acudían á tirar en el tapete verde la que debía ser fortuna de sus hijos, y los rayos de la aurora disolvían la última comilona en el templo de amor de alguna zafia mujerzuela. La incertidumbre de los goces incitaba á tales gentes á disfrutarlos en sus formas más groseras.

Y con la peste los malhechores salían de debajo de las piedras y los robos y saqueos de las indefensas casas se multiplicaban.

Ocupando lugar preeminente, respetado y temido por sus infames camaradas, estaba don Manolito Solís. No era ya el hombre joven, el apuesto seductor que hace próximamente quince años conocimos. Era un cuarentón que frisaba los cincuenta y en cuyo semblante los restos de una pasada hermosura varonil y algún débil vestigio de nobleza y dignidad se eclipsaban por los acentuados estigmas de la abyección más canallesca.

Completamente arruinado desde antes de fugarse del pueblo con María de la Gloria, su vida era un misterio. Había vuelto á V..., á los cuatro ó cinco años de su escapatoria, é imposible fué sacarle del cuerpo la historia de ese tiempo ni el paradero de la infeliz engañada. Por cierto pasaba, aunque á él nadie se lo dijera ni preguntase, que don Manolito había llegado á formar parte de una compañía de bandidos y que testimonio de sus hazañas eran las diversas cicatrices que en la cara llevaba y otras que su cuerpo debía

ocultar. Y hasta llegaban á decir que una cuchillada enorme que le cruzaba la mejilla izquierda alcanzándole la oreja, era recuerdo afectuoso de un compañero de penas y andanzas, quizás el capitán, que además le birlara la querida.

De María de la Gloria, poco más de esto se sabía. Un quinquillero sí aseguró haberla visto pidiendo limosna en un pueblo de la provincia de Córdoba. La reconoció, á pesar de sus arrugas y de sus andrajos, en sus «aires de reina destroná», y como la preguntara si volvería á su pueblo, le dijo que nunca jamás iría á su pueblo, aunque «la hiciesen picadillo». Pero esta noticia, por verosímil que fuera, no había merecido gran crédito, pues el quinquillero era andaluz y hombre cuya veracidad estaba en el concepto público al buen servicio de la venta de sus dedales y tijeras.

Lo indudablemente cierto fué que Lorenzo Broncano, tan pronto desapareció la hija, dejó la labranza, empezó á ponerse triste y se murió en cuatro días. Y no lo era menos que cuando don Manolito regresó felizmente, dió la vuelta sin un real en el bolsillo y á costa de unos y otros, parientes y amigos, fué tirando y malviviendo, hasta que la epidemia hizo su aparición. Entonces don Manolito empezó á gastar y á triunfar, y su dinero rodaba en la mesa más alborotador que ninguno, y no le importaba pagar rondas enteras en la taberna, y su carcajada cínica sobresalía entre todas las risas cínicas del corro.

En un ambiente caliginoso saturado de humo de tabaco y petróleo y de las emanaciones nauseabundas de cuerpos sudorosos y alcoholizados, un quinqué pen-

diente del techo iluminaba tímidamente las caras patibularias que alrededor de la mesa de juego se agrupaban.

Torvas miradas seguían inquietas en angustioso silencio las manos del banquero, que barajaban los naipes. El sonido de las monedas arrastradas por el tapete se confundía con alaridos de júbilo y con interjecciones sacrílegas. A veces, la disputa degeneraba en riña, el juego se suspendía y era preciso el colectivo esfuerzo de la truhanería para echar á la calle al perdidoso vocinglero.

Hacía largo rato que la partida se reanudara.

Tambaleándose, Solís entró, y abriéndose paso á codazos y empellones, llegó hasta la mesa Sin decir palabra, de un empujón tiró al suelo al que más cerca tenía, que al ver con quién se las hubiera contuvo una amenaza sorda, y ocupó su silla.

Con aire insolente, dando roncas chupadas al cigarro, dirigió á todos una mirada despreciativa de matón, y sacando un bolsillo de seda, púsolo ante sí y empezó á apuntar.

La suerte le fué contraria. El dinero huía de sus manos, que pronto aprisionaron entre juramentos y maldiciones el bolsillo vacío.

La tempestad amagó violenta. Dando puñetazos en la mesa, encarándose con los gananciosos, dispuesto á acometerlos, gritó bronco que allí se hacían trampas y que no era él hombre que se dejara robar de ningún hijo de mala madre.

En rápido ademán echó al aire la nerviosa diestra, en la que brillaba el cañón de una pistola.

La sombra del crimen agitó sus alas. El silencio que á la catástrofe precede se dejó oir. Los más cobardes

se atropellaron hacia la puerta. Alguno ya se escurría traidoramente... Pero la bala no llegó á herir. Una sonrisa diabólica animó sus labios. Guardando desdeñoso el arma, y dirigiéndose á la calle, Solís dijo con fría tranquilidad:

—No hay que ahogarse, señores, en tan poca agua; las cosas del juego con dinero se arreglan... Y si no se os abre mucho la boca, aun nos veremos las caras antes que el gallo cante.

Dando vueltas por callejones extraviados, mirando atrás de reojo cual si temiera ser seguido, deslizándose por las paredes al amparo de la obscuridad de la noche, salió al campo, y dejando á un lado el camino, entróse en un olivar.

Sereno ya por la ligera brisa que corría, su paso decidido indicio era de que al acaso no marchaba. Quizás no fuera aquella la primera vez que entre las sombras hiciese tan extraño recorrido.

... Los muros del cementerio aparecieron recortados por las estrellas.

Las puertas, abiertas de par en par.

Dentro, la soledad de la muerte... El zumbido de algún insecto... algunas lucecillas de pálido azul que burbujeaban en las tinieblas...

Detuvo sus pasos. La entornada puerta de la capilla dejaba escapar débil un rayo de luz.

Pisando despacio, contenido el aliento, estiró el cuello con sinuosidad de reptil...

—¡Valiente majadería! ¿A quién diablos le habrá ocurrido encender una lamparilla al Cristo de los muertos!

Pero el sarcasmo que pugnaba por asomar á sus labios murió en su pensamiento.

Con los brazos extendidos, severa la faz, toscamente pintada, el Cristo de los muertos amparaba los cuerpos inanimados, que en haces borrosos se esparcían por el suelo.

Hombres, niños, mujeres, se revolvían confusamente los unos sobre los otros, echados al azar, dejando asomar desgreñadas cabelleras, miembros desnudos que, opacamente blanqueando, en la obscuridad se adivinaban. Y en la horrorosa penumbra, los ojos abiertos, hundidos, muy hundidos en rostros demacrados, miraban fríos y brillaban con siniestra luz.

Un instintivo movimiento de terror retorció el corazón de Solís. Las ideas religiosas de la niñez, la superstición del crimen, la cobardía innata del matón, en extraña amalgama confundidas, le clavaban en la puerta impidiéndole avanzar.

Mas el espíritu del mal prevaleció pronto.

Necesitaba dinero y allí debía haberlo. Aquéllas eran las últimas víctimas del día anterior. Llegadas ya de noche, habrían de esperar la salida del nuevo sol para ser enterradas, y por experiencia sabía él que no era difícil encontrar allí alhajas y monedas de plata y viejas onzas guardadas con prolijo afán.

Entornando los ojos receloso para evitar las miradas del Redentor del mundo, que con las oscilaciones de la lámpara vagaban por la tenebrosa capilla, y para no ver los ojos de los muertos, Solís dió comienzo á su macabra tarea.

De bruces en el montón palpaba nervioso las ropas, buscando la abertura de los bolsillos y de las faltriqueras; levantaba cuerpos apartando miembros, ha-

ciendo huecos por donde entrar sus criminales manos, entrecortando el furor de sus gritos cuando el contacto de algún objeto sin valor le hacía equivocarse, rasgando harapos, desgarrando orejas de mujeres... confundiéndose, siempre sudoroso y calenturiento, con aquella masa repugnante y hedionda de cadáveres fríos...

Un anillo brilló en una mano que emergía.

Rápido lanzóse á él intentando extraerle.

Pero la sortija resistía y más firme y mejor engastada en el sarmentoso dedo parecía cada vez.

Ardiendo en ira buscó impaciente en su bolsillo... Lanzó un juramento. Y cual si fuese á devorarle mordió con rabia el rebelde dedo...

Entonces aquella mano se contrajo y aprisionó la suya con músculos de acero.

Y una cabeza lívida se alzó, y unos ojos negros, grandes, inmensos, que fulguraban aterradores en las profundidades de sus cuencas descarnadas, le miraron fijamente.

Un aullido salvaje, un rugido de tigre cogido en el cepo, retumbó en la capilla. En titánicos esfuerzos intentó desasirse, pero en vano. Sus pies resbalaron, sus rodillas aplastaban carnosidades que cedían; la crispada mano buscaba inútilmente un firme punto de resistencia, y revolcándose epiléptico se hundía más y más sin conseguir arrancar la descoyuntada muñeca de los garfios de hierro que la trituraban.

Rendido á la fatiga, incapaz de movimiento, paralizado por sobrenatural terror, sintióse juguete de fuerzas invisibles. Una nube roja de sangre y de fuego le rodeaba, angustiaba su pecho, le ahogaba y le oprimía.

Y los ojos fascinadores de la mujer burlada, impla-

cables, satánicos, le absorbían. Y el contacto candente del anillo quemaba su mano y calcinaba sus huesos...

Y los muertos se levantaban. Y el aire ya se poblaba de espectros. Y las horribles carátulas reían estridentes... Y todo giraba y daba vueltas veloz con siniestra algazara en espiral macabra.

Y allá arriba en las alturas el Cristo inmóvil extendía sus brazos sereno y justiciero.

DON NEURASTÉNICO

«Además, cuando el autor de *Epinomis* interpone entre los dioses superiores y los inferiores (almas encarnadas) *tres clases de demonios* y puebla el universo de seres invisibles, es más racional que nuestros modernos sabios que colocan entre ambos extremos un vacío inmenso, donde sólo operan las ciegas fuerzas de la Naturaleza. De estas tres clases de demonios, la primera y la segunda son invisibles y sus cuerpos están formados de puro éter y fuego (*espíritus planetarios*); los de la tercera clase son, generalmente, invisibles; pero algunas veces, al concentrarse en sí mismos, son visibles durante pocos segundos. Estos son los espíritus terrenos ó nuestras almas terrenales.»

(H. P. BLAVATSKY: *Isis Sin Velo*; tomo I, capítulo preliminar, pág. 33.)

—Pues ya veréis—decía Perico Laguna ante la incredulidad general—, ya veréis si mi *caso* cede en interés á los contados por éstos. Y os pido un poco de for-

malidad, porque si alguna vez me pongo yo serio, es cuando recuerdo esta historia. Hay en ella un misterio tan extraño, una relación tan palpable de lo sobrenatural con lo vivido, que yo no acierto á desentrañar por más vueltas que...

—Al grano, Perico, al grano.

—Al grano vamos.

Y tomando aires de narrador:

—Era—dijo—en aquellos tiempos de estudiante en que recordaréis vivía yo en casa de la Eduvigis, en la calle de la Manzana; honrada patrona, mujer de un guardia de Seguridad, que antes de ceñir el sable y calar la teresiana, echándose fiero á la calle, nos hacía las camas, ó hacía las camas de los madrugadores, y no sé si guisaba también, pues yo comía en uno de esos restaurants que hay por el mundo muy limpitos y muy arregladitos, con mucho mantel blanco recién planchado, donde por una peseta matábamos el hambre con dos huevos tísicos y encontrábamos, á lo mejor, un palillo sucio y mordisqueado en la melancólica paella...

—¡Pero, hombre! —interrumpió Pepe Cossío—; no creo valiera la pena de exigir tanta formalidad y de aterrorizarnos con lo misterioso y sobrenatural para acabar hablando de restaurantes económicos y de revoltillos de pelos hallados en la ensalada ó de mondadientes usados cazados en el arroz.

—Bueno; si no me dejáis contar las cosas á mi manera, me callaré y vosotros lo perderéis.

—Que siga, que siga —dijimos unos cuantos—. Venga ese relato fantástico de guardias hosteleros y de estudiantes hambrones.

—Pues sigo, y el que no quiera oir que se largue con

la música á otra parte, que aquí no se sujeta á nadie.

Prometimos solemnemente el mayor silencio, y Perico continuó:

—En el restaurant que os decía formábamos una peña bastante heterogénea unos cuantos estudiantes de todas clases y colores. Los había de Medicina y de Derecho. Otros opositaban á Correos, Telégrafos, Aduanas ó lo que saliera. Algunos aspiraban á ser ingenieros.

¡Y cómo pasan los tiempos y cambian las cosas! No hace todavía dos años que estando en Santander me tropecé con uno de aquellos antiguos amigos, opositor impertérrito á base de matemáticas, el cual, harto de calabazas, emigró á América, se metió á zascandilear en una de aquellas revolucionarias repúblicas y ¿á que no sabéis lo que consiguió ser? Pues almirante en jefe de todas sus escuadras, ni más ni menos. Y venía á comprar fusiles para su armada, con los que creo no hizo mal negocio. Otros, menos afortunados, andan por ahí dando sablazos á diestro y siniestro. Y uno de los más avispados y de los que despuntaban más, después de ejercer con éxito varios años su carrera de ingeniero industrial, ahorcó las ingenierías, tomó en traspaso un *bar* y allí le tenéis hinchándose de ganar dinero, entre botellas de anís del Mono, vasucos de montilla, barriles de cerveza y rótulos declarando vedada la percepción de propinas. Alguna vez habréis tomado café en su *bar* y le habréis visto al pie de la registradora como un artillero al pie de su cañón.

Pero no quiero nuevas llamadas al orden. Ya estábamos aburridos de aquel restaurant, donde de manera tan decorosa como sistemática nos mataban de hambre, y donde al igual que Prometeo teníamos un

buitre que nos devoraba las entrañas... No, no os riáis, que es la pura verdad. Comía siempre á nuestro lado un buitre de carne y hueso, que él solo nos estimulaba más el apetito que todas las deficiencias y escaseces de nuestra mesa.

Era un soberbio ejemplar del país de las walkirias; un alemán de pescuezo cuadrado, color rojo, peinado de cepillo, nariz en gancho y ojos redondos de ave de rapiña. Todo ello, sin embargo, se lo hubiéramos perdonado y también el que se pasara las comidas leyendo papelotes impresos en garrapatos góticos, si no hubiese dado en la gracia de comer á diario doble ración en nuestras propias barbas. Esto era un insulto á la modestia de nuestros medios, era irritante, descarado, imperdonable y cínico. ¡Había que ver! ¡Un hombre solo comiéndose dos filetes y dos pescadillas y dos estofados y doble de judías y doble de lentejas y cuatro huevos! ¡¡Cuatro huevos, señores, para un solo hombre!! Por eso nosotros, tomando pretexto de su perfil de rapácea, le llamábamos *el buitre* y le odiábamos. Y con sumo cuidado evitábamos presenciar los festines del heliogábalo sajón, y procurábamos no mirarle. Pero cuando á los postres pasaba Benito preguntando: *«¿naranja ó pastas?»*; cuando todos y cada uno nos estábamos dos horas dubitando y haciendo comparaciones apetitosas en el fondo de nuestros estómagos, el graznido del buitre se dejaba presto oir, pausado y antipático como el chirriar de una puerta, que decía:

—*Narranja y passtasss.*

Entonces nos sentíamos germanófobos y caníbales...

—Pero—volvió á interrumpir con zumba Cossío—¿y la relación misteriosa de lo sobrenatural con lo vivido?

—¡Ya va, hombre, ya va! aunque mejor sería que te fueses tú, que no le dejas á uno empalmar dos ideas.

—¡Bien por Perico!

—¡Que se calle ó que se vaya!

—¡Sigue y no hagas caso á pelmas!

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

—En esta crítica situación, una hermosa tarde se presentó uno de los cofrades con la buena nueva de que había descubierto un restaurant recién inaugurado, que humildemente se denominaba comedor, donde daban tortillas inconmensurables que llenaban el plato y colgaban por los bordes; donde se comía jamón con tomate á tutiplén; donde en una ración servían un celemín de judías exquisitamente aderezadas; y donde aun llenándose uno hasta el gollete, no conseguía gastar cuatro reales completos. El buen Alonso al comunicarlo temblaba de emoción, y á nosotros la boca se nos hacía agua.

Ni cortos ni perezosos, levantamos el vuelo á la desbandada y fuimos á posarnos en aquella nueva jauja, de la que noticias tan faustas vinieron á alegrarnos el alma. Regía sus destinos Isidro, un manchego seriote, con mostachos á lo kaiser y con un envidiable cráneo que brillaba esplendoroso, cuyas oscilaciones seguíamos todos con supremo interés en sus idas y venidas, pues él, que era el dueño, era también el único sirviente del establecimiento.

Y sepan los impacientes que aquí fué donde conocí al héroe de mi historia.

Nosotros fuimos los abonados fundadores, y por tan poderosa razón alzábamos el gallo más que nadie, como si en nuestra propia casa estuviéramos; ocupábamos la mesa principal, que los demás nos respetaban,

y desde nuestro sitio de honor dirigíamos el cotarro y llevábamos el alta y baja de la concurrencia.

Y en verdad que ésta era de lo más variada y pintoresca que se puede imaginar. Allí había menestrales que, de prisa y corriendo, sin mirar á nadie, con seriedad de esclavos apuraban su pitanza y marchaban al trabajo. Había mozos de cuerda que comían sin que las recias espaldas abandonaran un instante los inseparables arreos de su oficio, y que después de los despaciosos tragos lanzaban largos y sonoros eructos. Había viejecitos de mirada amable que sonreían las ocurrencias ajenas como si á ellos fuesen dirigidas. Y ancianos irascibles de faz avinagrada, siempre fosca, verdaderos enemigos del género humano. Y modestas prostitutas de flácidas carnes y de conducta irreprochable en aquella la única fase quizás de su vida privada Y periodistas locuaces y dicharacheros; y literatos pensativos, trascendentales y meditabundos...

Allí iba, entre otros, un elegante escritor cantor de Galicia, prematuramente muerto; y allí conocí á un famoso poeta, recalcitrante bohemio que vivo está y por muchos años sea. Y allí también veíamos todos los días comiendo mano á mano, y en un mismo plato una sola ración de cocido, á dos escuálidos seres, tristes y cabizbajos, de quienes nunca supimos qué azar de la fortuna les había reducido á tal extremo y les había unido de tan miserable manera. Y abre, Pepito, las orejas, que ya llegó lo que esperábamos.

Un día, vimos entrar por las puertas del comedor á un ente sombrío.

Era un hombre de edad indefinible, de pelo algo canoso, de barba espesa y cerrada, intensamente ne-

gra, y de un semblante moreno claro, muy pálido, extrañamente pálido.

Aquel sujeto se sentó, comió y se marchó sin saludar siquiera, sin haber levantado la vista de su plato. Al día siguiente volvió y en los sucesivos también, pero no conseguimos oir el metal de su voz; continuó sin hablar con nadie, encerrado en el más absoluto mutismo. A duras penas pudimos conseguir que á nuestras reiteradas é intencionadas cortesías contestase con una ligera inclinación de cabeza.

Excitada la colectiva curiosidad, sometímosle á observación minuciosa é interrogamos á Isidro, pero nada logramos poner en claro. Isidro nos daba gruñidos por respuestas, y una vez que le acorralamos nos dijo secamente que nunca había cruzado la palabra con él. Y así pasaban los días sin que hiciéramos el menor progreso en el conocimiento de aquella esfinge que nos miraba inmóvil con sus pupilas fijas é inexpresivas.

Lo peor del caso era que el malestar consiguiente á tan violenta situación amagaba de muerte nuestra vida social. La peña languidecía. Los chistes, en alta voz dichos para que todos se enteraran, las discusiones sostenidas en tono declamatorio, que despertaban el interés de los forzosos oyentes y que solían ser comentadas con la franca risotada del gallego, con el guiño travieso de la averiada afrodita, ó con el gruñido sordo del venenoso viejo, se estrellaban ahora contra la implacable seriedad é indiferencia de aquel fúnebre individuo. Su aspecto tétrico y sombrío era mortaja de nuestro buen humor.

¿Quién podría ser?

De Madrid seguramente no era; mas, por su traje,

por sus aires y por sus barbas, lo mismo podía haber nacido en Cabezón de la Sal que en Alejandría, en la república del Uruguay que en la Sublime Puerta. Si al menos alguna vez hablara...

En lo que desde luego estábamos todos conformes era en que se trataba de un tipo raro que rompía la vulgaridad corriente. Había que ver aquel color de palidez ultrahumana, y aquella cara inalterable, y aquellos ojos que no miraban nunca, ó, mejor dicho, que miraban sin ver, que miraban hacia dentro ensimismados...

Manolo Argente, que hacía versos bastante malos, en los que cultivaba el género romántico-macabro, no se paraba en barras y afirmaba categóricamente que nos hallábamos ante la presencia de un vampiro. Según él, aquel individuo, aunque pareciera vivo, era un cadáver que á media noche iba á chupar la sangre de jóvenes doncellas, que acababan por morir tuberculosas y exangües. De ahí la frialdad de su semblante, su palidez de tumba y la opacidad de sus ojos. No había más que tocarle para convencerse de que era un desenterrado. Pero esta especie era indudablemente calumniosa y no había por qué comprobarla, pues el *vampiro* comía ante nuestros ojos buenos platos de cocido, bastantes á justificar la existencia de su humanidad sin necesidad de erigirle en chupador de doncellas ni de viudas.

Joaquín Cifuentes, leguleyo en ciernes y gran consumidor de novelones, sostenía alternativamente que su trataba, ó de un príncipe oriental que, disfrazado y de incógnito, desarrollaba algún bien meditado plan de venganza, ó de un pirata retirado á la vida privada después de atesorar en lugar secreto, por él solo co-

nocido, las fabulosas riquezas producto de sus rapiñas marítimas. Si era el príncipe vengador tipo Montecristo, por serlo se justificaba su ensimismamiento y sus abstracciones de hombre en cuerpo y alma entregado á rencorosos proyectos que anticipadamente goza y saborea voluptuoso sus exquisitas venganzas. Si era el pirata jubilado, suficientemente explicada quedaba su sangre fría y la inmovilidad de sus músculos faciales, como de hombre que presenció á millares los siniestros y las hecatombes. Y también se explicaba aquel ligero movimiento nervioso que á veces rompía su inmovilidad estatuaria y que sin duda respondía al recuerdo involuntario de algún trágico episodio ó al momentáneo remordimiento que los grandes criminales sienten alguna que otra vez. ¿Qué podrían ver sí no aquellos ojos fijos, al estremecerse? «La madre muerta, á merced de las olas, alzando todavía el brazo yerto que sostiene al tierno infante dormido... La faz desencajada del capitán del buque robado, con dos palmos de lengua fuera de la boca, con los ojos saltados de las órbitas, columpiándose ahorcado de una entena del velero y pirata bergantín...»

Menos imaginativo, Arsenio Chacón, estudiante de Veterinaria, sólo veía en el extraño personaje á un fugado ó licenciado de presidio que de estar á la sombra perdió el color y las ganas de reir, y que todavía, al andar, lo hacía un tanto desencuadernado, como si aun arrastrase la cadena.

Ernesto González, estudiante del segundo de Medicina, sostenía que aquel pobre hombre era un neurasténico que sólo necesitaba aire y sol:

«—Ese color—decía—pálido y cetrino, ese silencio continuado, esa tristeza y esa melancolía, indican que

el enfermo cree padecer del hígado y de los riñones y de la vejiga y del bazo (que es una glándula cercana al hígado, de función poco conocida), y esos espasmos repentinos son indicio cierto de que el paciente se cree enfermo del corazón. Pero en realidad no padece de nada, pues la neurastenia es enfermedad nerviosa que sólo reposo y aire y sol necesita, y...»

Y Ernesto seguía disertando y diagnosticando y pronosticando, y asegurando que si en sus manos se pusiera, con un plan sencillo y breve le dejaría más listo que un reloj.

Los demás nos reíamos de sus pedantescos dictámenes, pero el desconocido quedó bautizado y se llamó *Don Neurasténico.*

Y don Neurasténico nos siguió intrigando y dando que hablar hasta que un día, por fin, le oímos hablar á él... y... hablaba en castellano. Después supimos que era de un pueblo de la provincia de Cuenca, y como todo tarde ó temprano se averigua, acabamos por conocer su profesión; era médico. Y para desilusionarnos más y más, don Neurasténico se hizo relativamente sociable y empezó á saludarnos al entrar y al salir... y un día que no encontraba sitio libre llegó á sentarse á nuestra propia mesa... Adiós misterios tenebrosos. Adiós incógnitas terribles...

—¿Conque adiós misterios é incógnitas, eh? -dijo Pepe Cossío, levantándose—; pues, hasta mañana si Dios quiere, que seguramente estarás todavía ensartando disparates y tomando el pelo á la concurrencia... ¡Manolo!... Mi gabán... ¡Vamos, señores, que hace falta cuajo! Habernos tenido dos horas sin dejarnos menear brazo ni pierna, sin rechistar ni resollar, como escuela de muchachos que reza la letanía, escuchando los

malditos prolegómenos que el demonio del hombre iba enhebrando, perdiéndose de unas historias en otras, y luego en otras, hasta llegar á la paloma del arca, y contándonos con pelos y señales lo que opinaban de su terrible y misterioso héroe el abogado y el médico y el veterinario y el ingeniero y el zapatero y el panadero y el tabernero y el esterero y el carbonero y el lechero y el trapero... para acabar saliéndose por peteneras con que el vampiro y el rajá y el Montecristo era un pobre diablo de la provincia de Cuenca, que hablaba cuando le preguntaban y que se comía los platos de cocido con más hambre que un segador!... Pues para mí ya fué bastante. Conque, hasta que este hombre haya acabado su cuento, que será de aquí á dos meses... ¡Ah! Y mira, Manolo, mi café que te lo pague don Pedro, porque estoy viendo que voy á necesitar mañana los dos reales para limpiarme con Carabaña la bilis que me ha hecho tragar.

Cuando Cossío hubo marchado, previo el cariñoso espaldarazo que al ponerse el gabán le diera Manolo, en prueba de invariable afecto y de amplio crédito, Perico Laguna se dispuso á continuar.

—¡Gracias á Dios—exclamó que se fué esa polilla! Y para eso que se va cuando empieza lo más interesante.

—Hombre, Perico, es que realmente te pusiste algo pesado.

—Pues si molesto me callaré.

—¡Adiós!... Si lo tomas en heroico nos iremos.

—¿Pero, á dónde vamos á ir, si ha empezado á chispear? ¿No ves cómo trae el paja Teodomiro?

—Y que era nuevo. ¡Lástima de doce pesetas!

—¡De doce pesetas!... Oye, tú, no vengas presumien-

do, que te descubro el secreto del jabón y el estropajo. Pero si desde que te casaste no has vuelto á estrenar otro... Teodomiro, tus hijos serán ricos.

—Bueno; pues en vista de que llueve, que continúe Laguna con su relación.

—Pero no divague el amigo, no divague.

—Vaya, señores—dijo Laguna—; acabad de una vez y continuaré yo.

—Ya estamos listos. En el nombre del Padre...

Cual si efectivamente fuese á dar comienzo un rosario, el silencio se hizo, todos nos aprestamos á seguir escuchando, y el mismo Manolo, como siempre que algo interesante se olía, se acercó á la reunión oreja en mano y sin dejar caer de su boca la sonrisa, amable oasis de aquella cara, hecha á puñetazos.

—Como os decía antes—continuó Laguna—, don Neurasténico nos dió el primer chasco, y á los cuatro días de tratarle convinimos todos en que era un ente vulgar é indigno de haber ocupado nuestra atención de tan preferente manera. Pero digo mal, pues si á todos nos desilusionó, á mí me quedó siempre la sospecha de que en don Neurasténico había algo misterioso, y mi sospecha fué en aumento á medida que nuestras relaciones se estrecharon más.

Algunas veces salíamos de paseo. A él le gustaba el campo; aborrecía los paseos *civilizados*, como denominaba al de Recoletos y á la Castellana; prefería la Moncloa al Retiro, y aun gustaba más de la Dehesa de la Villa. Era hombre afable en su trato, de conversación entretenida; bastante culto, aunque no hiciera gala de ello, y hasta en ocasiones quisiera aparecer como un ignorante.

Temas preferidos de nuestras conversaciones eran

los filosóficos, en los que se encontraba bastante fuerte y en los que yo entonces me iniciaba. Sus ideas eran un poco raras. Era materialista, pero de un materialismo especial, de un materialismo espiritualista, si ustedes permiten la paradoja... Pero voy demasiado de prisa, pues sus verdaderas teorías fueron mucho tiempo desconocidas para mí.

Al principio hablábamos de todo lo divino y de todo lo humano, porque era hombre á quien gustaba razonarlo todo. Oyéndole, yo me instruía de muchas cosas. A veces discutía con él. Y á veces, también debo decirlo, por más sincera que nuestra amistad fuese, á veces me aburría lamentablemente, y mientras él me explicaba con todo esmero, pongo por caso, el origen de las especies, yo abría la boca pensando en las musarañas.

En materias de Medicina rehuía toda conversación, y era contraste singular de su carácter esta repugnancia, desde el primer momento perceptible, con la indudable competencia que mostraba en aquellas ciencias que, como la Física, la Química, la Zoología y la Fisiología, son fundamento y base de la Medicina; pues aun cuando tales conocimientos no bastaran á acreditarle como buen médico, indicaban, al menos, que había cursado con afición la carrera que desdeñaba después.

La literatura le inspiraba un soberano desprecio. Únicamente transigía hasta cierto punto con las novelas de folletín, por el interés dramático que suelen encerrar. De éstas confesaba había leído algunas, y reconocía que no era en poco parte á despertar su afición aquello de leerlas en los pequeños trozos en que se insertan en los periódicos, forma que permite seguir

sin fatiga el hilo de la trama y que sostiene la atención, intrigando el ánimo del lector de un día para otro con el desenlace de la aventura comenzada y con la esperanza de nuevas y más enrevesadas aventuras. Pero las bellezas literarias eran para él inasequibles. No comprendía cómo pudiera haber quien se extasiara, por ejemplo, leyendo la descripción de una tempestad ó de una salida ó puesta de sol, cuando son cosas tan fáciles de ver y de admirar en su propia salsa por cualquiera. Y en cuanto á la poesía, hallaba en ella, en sus consonancias y en sus asonancias, en sus acentos y en sus metros, algo artificiosamente femenino. Comparaba los versos con las labores de aguja, de gancho ó de bolillos, y decía que la más hermosa composición poética era equivalente á un bonito encaje de Almagro, que con las mismas ondas que entran y salen, como si fueran versos largos y cortos, con los mismos dibujos, con los mismos picos y con las mismas filigranas, distribuídos ya y calculados, se va repitiendo una y otra vez y va saliendo en una tira, de la que lo mismo puede confeccionarse dos varas que doscientas.

Este era mi hombre, y por estos ligeros antecedentes comprenderéis que resultaba bastante divertido...

—Si no son camelos que tú te traes; porque enteramente parece que quieres describir un tipo de novela, y para mí que te estás quedando con nosotros.

—Pero si interrumpimos, no va á concluir en toda la noche.

—Pues adelante con los faroles.

—Adelante, pues.

—Siguiendo con la historia ó, si lo preferís, con el cuento de don Neurasténico, os diré que una de las cosas que en él me extrañaron más fué el que nunca

hablase de su familia. Si alguna vez le hice yo alusiones á ella, las acogió con tal seriedad y hallé en sus respuestas tan pocas ganas de tratar el tema, que comprendí no era de su agrado, y supuse que también mi amigo guardaba secretos familiares, en los que tampoco era difícil adivinar disgustos complicados con cuestiones de intereses.

Epocas había en las que faltaba al restaurant varios días seguidos sin que nadie supiera dónde se metía. Después tornaba á aparecer con asiduidad.

Poco á poco llegamos á ser habituales compañeros de paseo, que después de comer prolongábamos bastante.

Y poco á poco empecé á conocer sus ideas y creencias un tanto extravagantes. Era sencillamente un partidario de las ciencias ocultas, que creía en brujas y en apariciones, y lo peor del caso era que razonaba sus creencias y que pretendía atraerme á ellas.

En un principio, cuando con ciertas salvedades, y diciéndome que ya sabía le iba á tomar por un desequilibrado, le oí sus primeras revelaciones acerca de los espíritus que pueblan las aguas y la tierra, y de los que vagan por el aire ó habitan en el fuego: cuando empezó á hablarme de sílfides y de ondinas y de salamandras, creí que efectivamente en aquel hombre, que sólo veía una pieza de encaje en la más inspirada composición, el sentimiento poético, que á tuertas ó á derechas llevamos todos dentro, había tomado aquella extravagante forma, poetizadora de las fuerzas naturales.

Pronto pude, sin embargo, apreciar que no era sólo imaginación y aberraciones poéticas lo que había en las ideas de don Neurasténico. Él creía á macha mar-

tillo en la existencia de los espíritus y en las relaciones é influencia de éstos con las personas vivas. Y confieso que casi me hacía á mí también creer en ellos.

Sería cuento de nunca acabar el relatar las diez mil cosas extraordinarias que á don Neurasténico se le ocurrían, y sus concepciones acerca de la formación y del orden del universo; de las leyes que regulan su vida y que sostienen el equilibrio de los principios de bien y mal que le integran; del destino de los seres en el mundo y fuera de él; de la libertad moral en su escala ascensional, correlativa al perfeccionamiento de los seres encarnados; del placer y del dolor, como estímulo y como sanción de los actos voluntarios... Era, indudablemente, un desequilibrado, pero un desequilibrado que daba bastante que pensar.

Y vamos á terminar, que ya veo vuestras impaciencias por oir lo más extraordinario de este verídico relato.

—Sí, hombre, sí; por favor, acaba de una vez, y enséñanos esos espíritus ó déjanos en paz.

—Enseñároslos como yo los vi y los toqué no podré, pero...

—¡Que tú los has visto y los has tocado!

—Perico, tú no estás bueno.

—Continúo, señores, y el que no lo quiera creer que no lo crea.

Y Laguna continuó, atrayendo más la general atención:

—Unos cinco meses haría que trataba con intimidad á don Ambrosio Lozano, que éstos eran el nombre y apellido de don Neurasténico, cuando empecé á observar algunas distracciones y ensimismamientos in-

dicadoras de que algo raro le ocurría. Varios días anduvo preocupado. Una noche, por fin, me pidió que le acompañase á su casa, petición que me sorprendió grandemente, pues nunca me invitó á subir en las muchas veces que hasta la puerta le acompañé; y parecía querer ocultar su morada á los ojos de todos.

Con cierta ansiedad subí el centenar de escalones de aquella casa de la calle de Fuencarral, al final de los cuales esperaba encontrar algo parecido al laboratorio de un alquimista, y no fué poca mi sorpresa cuando me vi en la habitación de don Neurasténico, sentado en una silla de paja, ante una mesita cubierta con modesto hule, sobre la cual y entre montones de libros lucía con cortedad de casa de huéspedes un sencillo quinqué de petróleo.

Una cama de hierro no muy firme, un lavabo que se adivinaba en un rincón, un estante colgado con más libros, junto á un humilde espejo, y un hermoso baúl mundo, cuya combada tapa emergía de las tinieblas, como el flotante caparazón de una tortuga, completaban el modesto ajuar.

Don Neurasténico, sin que mediaran más ofrecimientos ni palabras, fuése al baúl y de él empezó á sacar embutidos y pastas y vinos y dulces y licores y cigarros. Aquello era una despensa portátil, un estanco y una repostería, todo en una pieza.

Estaba nervioso, verdaderamente excitado, pero sonriente, amable y dicharachero como nunca. Yo esperaba una explicación de tan improvisado como suculento festín, al que sin esperar á más habíamos ya dado comienzo, y la explicación no venía.

Comiendo, bebiendo y fumando, don Neurasténico fuése soltando de la lengua bordeando el tema que yo

esperaba. Al fin habló, y, poco más ó menos, fué en esta forma:

«—Varias veces—me dijo—he observado en usted curiosidad por conocer detalles de mi vida, presumiendo ó adivinando que hay en ella algún secreto ó misterio que oculto á los ojos de las gentes.»

Y ante mis protestas, continuó:

«—No solamente disculpo su curiosidad, sino que voy á satisfacerla. Para eso le he traído á usted esta noche, porque quizás no tenga ocasión de hablar con usted tan despacio como ahora.»

Dió dos chupadas al cigarro mirando á lo alto y siguió:

«—No es un secreto el que para usted encierra mi vida, sino varios. Vamos por partes.

»Siete años no cumplidos tendría yo, cuando quedé huérfano, solo en el mundo; peor que solo, porque me quedó una hermana y... ¿Usted no cree en el fatalismo? ¿Usted no cree que el destino de las personas está trazado de antemano y que es inútil resistencia la que oponer podemos á su cumplimiento? ¿Usted no cree que hay maldiciones que pesan sobre las familias y que se van cumpliendo fatídicamente en todos sus miembros hasta que son barridos de la haz de la tierra? ¿Usted no cree en el mundo de los espíritus, que es el mundo de las ideas, que es el mundo de la justicia, que es el mundo de la verdad, del que éste es sólo un remedo vil y grosero?»

Yo le dejaba hablar sin contestarle. Ni aun asentir quería por temor á que callase. Además, aquella noche don Ambrosio estaba transfigurado. Sus ojos tenían un brillo extraño. Sus miradas fascinaban.

Fijos los ojos en la blanca pantalla del quinqué, concentraba sus recuerdos.

Siguió:

«—Estaba yo—dijo— pasando una temporada en un pueblo cercano al mío en casa de unos parientes. Una noche, era más de media noche ya, desperté sobresaltado. Después dije que lo había soñado, pero no fué soñado, no. Fué bien despierto. Fué un caso de doble vista. El primero... Había oído la voz de mi madre que angustiada me llamaba... ¿No ha oído usted alguna vez en el silencio de la noche una voz que le llama? Durante el sueño, lo sabe usted, el cuerpo duerme; lo que llamamos ordinariamente espíritu duerme también, descansando en la inacción, ó se distrae con ensueños ó se atormenta con pesadillas. Pero hay algo que entonces vela, algo que no duerme, algo que vuela libre como el pensamiento del preso por más cargado de cadenas que esté y por más sumido que en su calabozo se halle. ¿No le ocurre á usted en ocasiones en que por cualquier causa anormal, un viaje, una cacería, quiere madrugar más que de costumbre, no le ocurre acostarse á lo mejor fatigado, dormir mal y molesto con sueños impertinentes, y á la hora en punto pensada al acostarse, despertar, mejor dicho, sentirse despertar, como si alguien reloj en mano á la cabecera de su cama aguardara el momento preciso para sacudir su sueño cuando más profundo era? ¿Y quién es ese algo, quién es ese alguien que vela nuestro sueño y nos despierta y vive con nosotros una vida que es la nuestra y al propio tiempo es independiente de la nuestra? Ese alguien es nuestro propio sér, es la intimidad, es la esencia de nuestro sér, cuyas facultades nos suelen ser desconocidas.

Ese alguien que nos despierta es el mismo que en un teatro nos hace volver la cabeza, en movimiento involuntario, hacia un punto lejano donde un amigo ó un conocido nos mira. Ese alguien es el mismo que nos advierte en la calle el próximo encuentro con una persona querida, haciéndonos también involuntariamente pensar en él. ¿No experimentó usted nunca el fenómeno? O al contrario, ¿no le aconteció alguna vez ir tranquilamente por la calle y sentir de improviso un sobresalto grande, una desazón indefinible, un desasosiego inexplicable como si algún mal inmediato le amargara, y toparse en seguida de manos á boca con un enemigo, ó con una persona cuyo encuentro le era desagradable y trataba de esquivar?... Pues es el mismo...»

—Pero, querido Laguna—interrumpió Figueras , que tu relato es muy interesante, pero que son ya las doce y media dadas y hay que madrugar. Haz el favor de abreviar un poco en esas generalidades, porque pasan lista á las nueve y con este subsecretario no valen bromas.

—Pues en la materia en que hemos entrado—contestó Laguna—no puedo perdonaros ni una palabra, ni una sílaba, ni una letra, ni una coma. Como me decía á mí don Ambrosio aquella noche, es todo necesario y esencial para el debido conocimiento de lo que viene después. Así es, señor covachuela, que si el deber le llama, váyase con el deber, pero no importune.

—Anda, hombre, no seas ganso y sigue contando, que á mí, verdades ó mentiras, esas cosas de encantamientos y de duendes me han gustado siempre; pero date un poquitín de prisa, que ningún trabajo te cuesta; pues no todos podemos levantarnos á las cuatro

como tú, ni tampoco voy á disculparme con mi jefe diciéndole que pasé la noche en Fornos haciendo brujerías.

—¡Oh, alma cautiva! ¡Conque aspiras á conocer la verdad y no te atreves á romper el yugo de la servidumbre!

—Pero, hombre, ¿queréis dejaros de simplezas y seguir? Porque este Perico no necesita sino que le pinchen y es capaz de tenernos toda la noche con su cuento atrancándose en la parte más interesante.

—Sí, sí, que ya va siendo eterno.

—Sigue, Laguna.

—De modo que quedamos en que á ese señor Neurasténico le llamó á media noche su madre; ¿y luego qué?...

—¿Qué es eso — increpó creciéndose Laguna en vista de que había interés por escuchar la terminación—, qué es eso de que «á ese señor Neurasténico le llamó su madre y luego qué?...» Aquí se escucha como es debido y se cuentan las cosas como Dios manda, y si no, á lo ancho de la calle todo el mundo, que para oyente me basta y me sobra con Manolo.

Manolo gruñó sonriente, reconocido y satisfecho. Los demás nos fuimos callando, haciendo gestos de «ó matarle, ó dejarlo». Algunos se marcharon. Se liaron pitillos.

Perico Laguna, cuando buenamente le pareció, prosiguió:

—Como os iba diciendo, don Ambrosio Lozano aquella noche estaba inspirado, febril. Había en sus palabras una tal fe, una tal convicción, y al mismo tiempo una claridad de pensamiento tan grande, que á mí me atraía, me sugestionaba. «Yo era entonces un

niño—me seguía diciendo y no me daba cuenta de lo que sentía. Había escuchado la voz de mi madre; una voz que era un grito de desesperación, de angustia, de horror. La había escuchado sin oirla en la intimidad de mi conciencia, de mi ser, de mi yo. Lo había escuchado, lo había sentido, agudo y seco como una puñalada, como una puñalada que cortase el hilo que unía mi alma al alma de mi madre. Las almas por las noches — añadió bajando la voz — en el sagrado misterio de la noche, cuando el cuerpo se rinde al descanso, se elevan á la región de los espíritus superiores. Algunos tienen también la facultad de trasladarse de lugar, abandonando totalmente el cuerpo, al que ordinariamente están unidas, volviendo á él una vez cumplido su objeto. Y no crea usted que esto, que á primera vista parece una cosa extraordinaria, lo sea tanto; es una cosa natural, sencilla y fácil; sin que además pueda notarse por los extraños, pues el cuerpo queda, no muerto, sino dormido; dentro continúa animándole el espíritu. La parte de éste que se desdobla y sale es la esencial, el espíritu volatilizado, el alma etérea, única que puede salir y que tiene facultades locomotrices. Tan fácil es de hacer esta experiencia, que para desdoblarse basta con tener cuidado en el momento en que el sueño empieza á cerrar los ojos... pero vale más que continúe mi relación y luego explicaré á usted la manera de realizar esta experiencia y algunas otras que ya pueden llamarse raras y que son más desconocidas...»

—Accedí—prosiguió Laguna - á la continuación del relato, aunque de buena gana la hubiera supeditado á las explicacienes que para luego se me ofrecían. Don Ambrosio continuó, tras breve pausa:

«—Como le decía á usted, las almas pueden trasladarse de un lugar á otro, y lo mismo que los cuerpos de todas las clases que pueblan la Naturaleza, están sometidas á la ley de la atracción universal. Las almas se atraen entre sí Hilos invisibles las unen.

»Apenas yo sentí que mi madre me llamaba, me sentí arrastrado por una fuerza invencible. Sin saber cómo, me hallé en mi pueblo; en la calleja adonde daban las traseras de mi casa. La noche era obscura... Una luz débil avanzó. Se oyeron pasos. Era el sereno. Iba embozado en la bufanda, con su capote, con su farol y su chuzo. Distintamente, con toda claridad le oí cantar la hora. A la luz del farol el vaho de su respiración parecía humo. Estaba helando. «¡Ave María Purísima! ¡La una y media y... sereno!» Ya se perdía en la esquina. Se perdía repitiendo su canción: «¡Ave María Purísima! ¡La una y media!...» Su voz se oía ya más borrosa... Unos bultos empezaron á moverse; eran bultos negros que se escurrían por las paredes. Entraban en mi casa por la puerta del corral. Iban embozados, arrebujados en sus mantas. Era imposible verlos; pero yo sin verlos los veía, me parecía conocerlos... ¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!; eran ellos. Tenía gracia. Eran los criados, que parecía que iban de máscaras... Y hasta el más viejo, el tío Julián, el que me contaba cuentos y me sentaba en sus rodillas, también iba allí tapándose la cara. E iban descalzos, con las botas en la mano. Y se las dejaban en el corral detrás de la puerta... Después los vi que andaban á obscuras, á tientas. Y entraban en las habitaciones. Los veía andar tocando las paredes; andaban muy despacio, pero á veces se oía que tropezaban en alguna silla que sonaba apenas, en alguna mesa que rechinaba tenuemente. También oía

el crujido de sus huesos al andar. Me acuerdo bien, como si lo viera ahora; eran sombras que se deslizaban entre sombras. Pero entre las sombras veía sus ojos que brillaban y veía relucir vagamente otros objetos que llevaban en la mano .. Luego sentí unos ruidos muy raros, secos, que me resonaban en la cabeza como descargas eléctricas. Después... nada... Un silencio muy extraño, muy extraño... Y me sentí abandonado por aquella fuerza que me atraía y me dormí soñando que mi madre me mecía en sus brazos y que me besaba llorando, humedeciéndome con sus lágrimas.

»Al día siguiente, un propio trajo la terrible noticia. A mí, claro es, me la ocultaron; pero yo adiviné que algo muy horrible pasaba. Mi tía me abrazaba llorando: «Pobrecito, pobrecito mío», me decía. Y me pusieron un pañuelo negro al cuello... Aquella noche habían asesinado á mis padres y á mis hermanos...

»La noticia poco á poco fué llegando á mi conocimiento. Imprudencias de unos, oficiosidades de otros, me hicieron comprender, en la forma en que mi débil inteligencia podía asimilarla, toda la verdad. El crimen había sido descubierto por los criados de la casa, que al entrar en ella, según costumbre, de madrugada, encontraron muertos á hachazos en sus camas á todos los individuos de la familia. En cada alcoba una horrorosa carnicería. La casa era un charco de sangre que salía por las puertas de la calle. De mis seis hermanos, sólo una niña de poco más de un año, la menor de todos, escapó á la horrible matanza, y escapó porque quedó envuelta entre las ropas de la cama y no la vieron los asesinos. De éstos no se sabía una palabra. Ni el menor vestigio dejaron.»

»A la noche siguiente, apenas acostado y apagada

la luz, vi á mi madre que avanzaba hacia mi cama. Venía pálida, sonriendo melancólicamente y con dulzura. Según acostumbraba, inclinóse hacia mí y me dió un beso en la frente. Pero ahora su beso era un beso más largo que antes y frío, un beso muy frío, con frialdad de mármol.

»Y como aquella noche, todas las noches mi madre vino á verme; y confortado con el cariño maternal crecí y viví una vida de resignación, de melancolía, fría, helada como los besos de mi madre.

»Los autores del espantoso crimen continuaban en el misterio, hasta que fueron tomadas en cuenta las que llamaban mis visiones. Yo lo había visto, y yo daba detalles, de los que nadie hacía caso. Ellos, al fin, complementados con los medios naturales que á mano suele tener la guardia civil para el esclarecimiento de los delitos, dieron por resultado la confesión de algunos de los infames criados.

»Yo los vi subir al patíbulo. Vi sus miradas de odio, de aborrecimiento. Y después... ¡Oh, después! Las larvas de aquellos bandidos venían desesperadas á atormentarme. Como almas groseras de hombres materializados que vivieron como brutos siguiendo sus feroces instintos, no eran susceptibles de entrar en la región serena de los espíritus superiores y debían vagar errantes hasta que se descompusieran en el elemento material á que apegados vivieron y del que no podían separarse. Y por las noches me acometían rabiosas, atemorizando mi infantil imaginación con pesadillas terribles, con visiones de monstruos y vestiglos, hasta que mi madre acudía á librarme de sus feroces ataques. Ante la imagen de mi madre ellas huían rápidas y temerosas. Entonces me sentía libre de su asquero-

so contacto, que me atenazaba el corazón y me oprimía el cerebro. Y las veía abandonar mi lecho fugitivas, como neblinas pulposas y repugnantes. Al fin me dejaron tranquilo. Poco á poco fueron desapareciendo. Ya las veía venir cada noche más débiles, con menos fuerza, más desintegradas. Hasta que no volvieron. La más tenaz fué precisamente la del viejo, la del tío Julián. Aquélla parecía correosa, se resistía á morir. Todavía me parece que la veo: estaba medio podrida ya, casi deshecha, y aun se arrastraba implacable y vengativa hasta mí.

—Pero, Perico—interrumpió Escudero—, ¿de dónde te sacas tanta cosa rara y tanta mentira como dices, con la misma tranquilidad que si predicaras el Evangelio?. . Y te advierto que estamos solos en el café y que aunque tú no te enteres se han marchado ya Figueras, don Saturnino y el capitán.

—Pues todavía era más tarde aquella noche—contestó Laguna torciendo un poco el gesto y relamiéndose con un sorbo de coñac, y prosiguiendo sin interrumpirse, en tono solemne—. Hacía mucho tiempo que habíamos oído el último tranvía. En la calle, oscuridad y silencio. El quinqué agonizaba consumido. Empezaba á sentirse el frío de la madrugada. Don Ambrosio había callado un momento para encender el cabo de vela que cogió de la mesa de noche. Otra vez llenó las copas. Encendimos otro pitillo. Un instante volvióse rápido, como si algo llamase su atención del lado de la percha. Continuó hablando. Su voz era ya menos segura : dijérase que algún temor oculto entorpecía su lengua. Continuó hablando, contándome que desde los doce años dejó de aparecérsele su madre; que él estudió la carrera de Medicina; que

su hermana se casó; que por estar enfermo el médico del pueblo tuvo él que asistir á su primer parto y que murió en él.

«—La fatalidad—decía don Ambrosio—; pero no, no fué la fatalidad, fué la maldición que pesaba sobre mi familia. Todos habíamos de morir de muerte violenta y ninguno moriría á manos de asesinos extraños... Sí. Yo lo supe. Me lo reveló mi madre el día en que, desesperado por otra horrible fatalidad, murió mi sobrino único, á quien yo asistía en una enfermedad sin importancia. Ella me reveló el secreto... Y yo lo comprobé... Yo le hallé...; en la cueva, al pie del tonel grande, allí estaba enterrado... Los botones del capote se arrancaban..., y por los agujeros blanqueaban los huesos...»

Don Ambrosio callaba. Miraba consumirse el pábilo flotante ya en la esperma, que se esparcía sobre la mesa. Miraba con los ojos abiertos, desencajados. Yo callaba también. Me ataba la lengua un no sé qué extraño. Bebió otro trago y continuó:

«—Después no volvió á mí hasta anoche. Y ya soy yo solo; yo solo. Los crímenes de los padres los pagan los hijos, generación tras generación. ¡Por qué, señor, por qué! ¿Qué responsabilidad alcanza al hijo en el delito de su padre? ¿Por qué el nieto ha de pagar las faltas de su abuelo?... Ya soy yo solo. La maldición se cumplió inexorable... Mi padre mató á su hermano en una cacería. No tenía otro y le quería entrañablemente. Mi abuelo murió arrastrado por un caballo. Sus dos hermanos murieron ahogados, los dos abrazados (así los sacaron del río) por salvar el uno al otro... La maldición, la maldición... Y ya, yo solo..., yo solo...»

Don Ambrosio quedó pensativo contemplando las últimas llamaradas de la vela... Nos quedamos á obs-

curas. Por el balcón se filtraba una claridad indecisa. Las sombras tomaban formas fantásticas. Bajando la voz, como un susurro, como si temiera que alguien oyese:

«—Mi bisabuelo—dijo— ... Es un secreto de familia, pero ya puedo contarlo. Fué cuando la invasión francesa, cuando tanta gente desaparecía... Mi bisabuelo era pobre; era segundón y era pobre. Las leyes entonces permitían...»

Y al llegar aquí don Ambrosio enmudeció de repente, pero no tan repentinamente que no dejase escapar un sonido gutural, un ligero ronquido de sorpresa, de estupefacción... Y entonces, fué, señores, cuando aquella escena maravillosa tuvo lugar, que por lo más sagrado que para mí haya, juro que es cierta y verdad, porque la vi como os veo ahora y la toqué como estoy tocando esta mesa.

La oscuridad era casi absoluta. Además, don Ambrosio estaba de espaldas al balcón, de modo que no podía ser la luz que apenas se veía entrar por las maderas entornadas...

Cuando don Ambrosio calló, yo sentí como un desvanecimiento por algo extraordinario que pasaba á mi alrededor; pero impulsado por un movimiento natural, acudí en su auxilio. Me detuve. Sus ojos, muy abiertos, reflejaban una luz blanca fosforescente que también alcanzaba á iluminarle tenuamente el rostro y daba contornos á los objetos sumidos en la obscuridad... Y antes de verla, oí su voz, una voz cadenciosa, tranquila y dulce, como ninguna voz humana, que decía:

«—*Hijo mío, ven...*»

Y la vi. Y la toqué... Parecía un sueño, una ilusión de los sentidos Noté que algo aéreo y breve como un

soplo, ligero y suave como un tul, pasaba rozándome, acariciándome la frente. Sentí su contacto tibio, sedoso, que se deslizaba..., y en luminosa imagen vi alzarse ante mí á la madre de mi amigo...

Perico Laguna hizo una pausa de efecto, congratulándose de paso por la admiración que su maravilloso relato producía en el auditorio.

A reanudarlo iba, con gran satisfacción de todos, que aguardábamos ansiosos el final, cuando don Emeterio, que bastón entre piernas escuchaba siempre desde su rincón con la sonrisa en los labios, y que por todo comentario se permitía alguna vez dar una cabezadita, tuvo la mala ocurrencia en esta ocasión de decir, y lo dijo en el más agradable de sus tonos:

—Pero, señor mío, ¿es posible que usted crea y quiera hacernos creer que los fantasmas hablan, como si ellos fueran personas y nosotros criaturas que se maman el dedo?

—¡Pues no sé, señor mío—contestó furioso Laguna —, por qué aguardó tanto tiempo, sabiendo como sabía lo que aquí se trataba! ¡Y sepa usted, señor mío, mámese usted ó no el dedo ó lo que quiera, sepa usted que lo que yo digo es siempre verdad; tan verdad, por lo menos, como que usted está calvo y como que acabaremos todos por vomitar las tripas de verle á usted pasarse la vida echando escupitajos!

Don Emeterio juraba que su intención no había sido la de molestar en lo más mínimo, y que dijo aquello como podía haber dicho cualquier otra cosa; y como otras por otros habían sido antes dichas. Pero Laguna persistió en su actitud irritada, y afirmando que ya estaba harto de oir sandeces, y que la culpa se la tenía él, por tratar á todos como á personas educadas, se le-

vantó dando por terminado el asunto y empezando á ponerse el gabán.

Ya en la calle, en mayor intimidad y cuando calculamos habría pasado su enfado, le preguntamos:

—Pero di, Perico, ¿tú tienes la seguridad de que viste el espectro de aquella señora?

—Sí, hombre, sí; ¿no la he de tener? Absoluta. Es verdad que habíamos bebido un poco; pero eso, ¿qué tiene que ver? La vi, tengo la seguridad; te lo juro... Era una señora... Y eso que se me quitan las ganas de hablar de ello. Bastante paciencia he tenido para aguantar tanta majadería... Pues mira el memo de don Emeterio... Y es que hay tanto imbécil en el mundo, que casi no se encuentra una sola persona con quien hablar, como no sea del pienso que ha comido ó del que le van á echar en el pesebre. Y el caso es que estaba yo de vena para contarlo... En dos palabras os diré que era una figura vaporosa, blanca azulada; parecía hecha de rayos de luna condensados. Sonreía con dulzura. Era una de estas señoras como las que habréis visto cincuenta veces en retratos antiguos; señoras de pueblo, de semblante apacible y de continente digno. Era una verdadera señora. Y no podía negar que era su madre: se parecía á él como una gota de agua á otra.

—¿Y fué muy rápida la aparición?

—No creas, que aun duró bastante; porque cuando dejé á don Ambrosio en la cama, después de ayudarle á desnudar, era ya de día, y entonces fué cuando acabó de desvanecerse.

—Y don Ambrosio, ¿qué te dijo luego?

—¿Qué me había de decir, si yo le dejé medio atontado, creyéndole ó dormido ó borracho, y al día si-

guiente, cuando fuí á verle, me encontré con que había muerto? Los médicos dijeron que murió de un ataque cerebral.

—Si por eso decía—concluyó Laguna—que era el caso más asombroso que yo había visto, porque aparte de que todo lo que yo digo es verdad, las muertes violentas y extrañas de los individuos de aquella familia pueden comprobarse por todos como yo las comprobé. A ver si no hay ahí un misterio palpable y evidente...

Asentimos, y como no era cosa de meterse en Recoletos, estando tan insegura la noche, volvimos á subir la calle de Alcalá.

LA QUINTA DE LA HIDALGUILLA

Tumbado en la meridiana, Enrique Menacho abría la boca en largos bostezos, esperando el aviso para bajar al comedor.

Menacho se aburría francamente. Aquella capital de provincia de tercer orden le tenía desesperado.

La noche anterior había perdido todas sus reservas. Noventa duros le llevaron en la ruleta. Enrique Menacho pensaba en la carta que habría de escribir á su madre, en los gastos extraordinarios, en los compromisos que tendría que fingir é inventar; y también pensaba en los sanos consejos y en las advertencias recelosas de que vendría saturada la maternal respuesta, pues harto sabía que tantas peticiones de dinero tenían ya muy escamada á la buena señora.

Pero la culpa no era suya. Él no era vicioso; él jugaba por recurso. Si allí hubiera entretenimientos, distracciones, algo en que pasar el rato... Pero la vida allí era imposible; siempre igual, siempre lo mismo, siempre aburrida, siempre monótona.

¿Qué hacer si no? ¿Unir su voz en el casino á las cuotidianas murmuraciones de política local, materia en la que él no entendía ni quería entender una pala-

bra? ¿Dedicarse como los otros á chismorrear en el corro y á traer y á llevar cuentos de vecindario?

¿Se iba á pasar la noche en el café oyendo el constante repiqueteo del dominó sobre el mármol, en un ambiente fétido de humo de tabaco tan añejo y eterno como el desdichado *couplet* que cantaba la famélica artista de las piernas de alambre?

La Alameda se la sabía de memoria con todos sus paseantes y paseantas: la Conchita de siempre, la Luisita de todos los días, la Manolita, la Julita, la Raquel...

Y quitado esto, ¿qué quedaba ya en X***? Allá por Mayo, las ferias de todos los años con las fiestas de todas las ferias. Y alguna compañía regularceja que, por Septiembre, pasaba de prisa y corriendo para Madrid.

Desesperante, horrible...

Menacho tornaba á bostezar, y pasándose la mano por la cabeza, donde el espejo le denunció la presencia de una cana, concluía filosóficamente que era necesario cambiar de postura, y quién sabe si también sería muy conveniente ir pensando, con cierta seriedad, en el santo matrimonio.

Cien veces mejor la vida de campaña con sus incomodidades y peligros. ¡Ah, si no fuera por el entretemiento del cuartel...!

Dos golpes sonaron en la puerta. Llamaban para cenar.

Enrique se levantó, disponiéndose á contemplar las mismas variadas caras de todos los días, á comer los mismos invariables platos de todas las noches.

Mas los golpes volvieron á sonar precipitados y en seguida la puerta se abrió:

—¡Hola! Eres tú... ¡Dichosos los ojos!—dijo Menacho, saludando sonriente—. Feliz tú que tienes novia y no te aburres... Pero, ¿qué te pasa, muchacho, qué te pasa?—interrogó sobresaltado, viendo el rostro sombrío, los ojos sanguinolentos de su amigo.

—Eulalia murió esta tarde—contestó Burgoa echándose á llorar.

Las últimas casas iban quedando atrás.

A grandes trechos, en las esquinas, una lámpara eléctrica rompía la discreta penumbra de las solitarias calles. En sus negros recodos, se perdían los retumbantes ecos que el golpear acompasado de las herraduras arrancaba al empedrado pavimento.

Tras las cerradas puertas de los corralones ladraban perros con furibunda agresividad.

Alguna ventana se abría y la cabeza desgreñada de una vieja husmeaba curiosa...

La carretera asomó entre las densas tinieblas que confundían la tierra con el cielo.

Un aire crudo y cortante le hizo estornudar y subirse el cuello del capote. Después, quiso encender el cigarro. El repentino resplandor espantó al caballo.

—¡También tú...!—exclamó soltando una interjección—. ¡A la vejez, viruelas!... Pues no nos faltaba otra cosa.

Ciertamente era comisión un tanto desagradable la que á tales horas llevaba por semejantes caminos al capitán Menacho. Pero, ¿cómo negarse á la súplica del amigo?

—Ahora mismo entro de guardia—había dicho Burgoa—y ya conoces mi enemistad con el coronel.

Unicamente á un hermano, á un amigo íntimo y entrañable puedo pedir este favor. Si tú no vas estará sola.

La casa adonde Enrique Menacho caminaba, la *Quinta de la Hidalguilla*, era una casa de historia.

En una hermosa finca de recreo fué construída por una acaudalada señora. Viuda, mujer de espíritu varonil, la *Hidalguilla* administraba por sí misma sus cuantiosos bienes, cuyas rentas hizo prosperar; y eran muchas las anécdotas que todavía de ella se contaban, muestras todas del carácter entero que supo siempre mantener en su constante trato con arrendatarios y criados. En aquella casa vivió nonagenaria y en aquella finca quiso ser enterrada al lado de su única hija, muerta soltera en plena juventud, que mucho tiempo la esperó en el magnífico panteón de piedra berroqueña que al efecto hiciera levantar.

La finca, naturalmente, no hubo quien la solicitara. Distante varios kilómetros de la ciudad, no podía llenar otro fin que el de esparcimiento y recreo que en su origen tuviera; pero, ¿qué alegría ni qué esparcimiento eran compatibles con la macabra vecindad impuesta por la ocurrencia de su anterior propietaria? De nada sirvió bajar los precios. Dos ó tres ricachones que á visitarla fueron con ánimo de tomarla para residencia veraniega, tan pronto atisbaron el panteón, echaron pies atrás cerrando los oídos á toda razón y oferta.

Desesperados los herederos, hicieron lo posible y lo imposible por mandar al cementerio á la generosa testadora que de ellos se acordó; pero la Hidalguilla había atado bien los cabos, y al fin tuvieron que resignarse, echando la llave á la casa, con talar el parque y sacar de la tierra todo el trigo y la cebada que ella

buenamente quiso dar á beneficio del cultivo y del trabajo.

Sobrados elementos, que no necesitaba tantos, tenía la imaginación pública para desbordar su fantasía forjando disparatados cuentos y leyendas ante la vista de aquella mole de granito que desde la carretera se divisaba y de aquel espléndido edificio, lastimosamente arruinado junto á ella, con las paredes desconchadas, con el tejado en criba de goteras convertido.

Luces misteriosas filtrándose por las maderas medio podridas de los balcones. ruidos de cadenas que se arrastran, desgarradores gemidos de ánimas en pena, fantasmas blancos paseándose por las tejas y desapareciendo rápidos tragados por la chimenea... Cuantos absurdos acumula el populacho sobre las casas cerradas que de duendes se empeña en rellenar, se decían, se contaban y se repetían de la quinta de nuestro relato.

Pasaron muchos años.

Un día, de la noche á la mañana, la casa apareció habitada. Ninguna reforma ó reparación había precedido. Los audaces inquilinos la ocupaban tan destartalada, fea y vieja como la encontraron.

El acontecimiento llegó á intrigar en *X****. La ciudad española de *X**** no es lo suficientemente grande para que un suceso de esta naturaleza pueda acaecer inadvertido. Mas tampoco es un pueblo de régimen patriarcal donde á las veinticuatro horas de llegado el forastero son conocidas todas sus circunstancias personales y familiares, sus medios de subsistencia, sus ideas políticas y religiosas, sus gustos y aficiones, el número par ó impar de los garbanzos que componen su cuotidiano puchero...

*X**** tardó varios meses en saber á ciencia cierta lo poco que llegó á saber: que el habitante de la Quinta de la Hidalguilla era un viejo misántropo que con nadie quería relaciones, y que una hija le acompañaba en su apartado retiro. No dió más de sí la criada que, de cuando en cuando, iba de compras á la ciudad en un carricoche guiado por ella misma; mujer tacaña en sus palabras, pronunciadas con exótico acento regional, tan espartoso y seco como su cara.

En el elemento joven, singularmente en el privilegiado elemento militar de la guarnición, monopolizador acostumbrado de amoríos, la existencia de aquella muchacha, que suponían hermosa, despertó curiosidades é inquietudes. Corazón romántico hubo que pensó acometer la empresa de libertar de las garras de su carcelero á la bella prisionera.

Sin embargo, también en este aspecto dejó de hablarse del asunto. Ningún calmante mejor que el tiempo. El tiempo acalla los entusiasmos; todo lo apaga, todo lo enfría.

Con indiferencia casi, llegó á saberse que Gonzalo Burgoa, primer teniente de infantería, sostenía relaciones amorosas con la chica de la Quinta. Se supo, mejor dicho, se supuso, se adivinó, cuando Burgoa, muchacho alegre y divertido, volvióse taciturno y receloso, y sumiéndose en sus propias melancolías, esquivó relaciones y trato de compañeros y amigos.

El mismo Menacho apenas si le veía, y de sus amores nunca supo nada concreto.

El vulgo, claro es, continuó amontonando desatinos sobre la Quinta. Tanto se hablaba... Lo mejor y más inocente tal vez fuera que la *Hidalguilla* había resucitado y vuelto á ocupar su casa con su hija—trayén-

dose, por lo visto, del otro mundo una doméstica— para vigilar la marcha de los negocios y poner mano en ellos.

Unos la vieron bajar al río y sentarse en un poyo á la puerta del molino. Otros aseguraban haber visto á madre é hija en el panteón, ocupadas en levantar las tapas de sus sepulcros respectivos, para meterse dentro. Alguien las sorprendió volando á media noche con ignorado rumbo...

Pero quizás hagamos mal dando cabida á tanta superstíciosa niñería. Seguramente Enrique Menacho, si alguna vez las prestó oídos, habíalas olvidado ya. Mohino y descontento se dirigía á la Quinta, pues nunca fué ocupación grata la de velar difuntos; mas quien había escuchado á ras de piel la música de las balas, quien en más de cuatro ocasiones la muerte vió ante los ojos, quien por méritos de guerra supo ganar dos ascensos, no era hombre capaz de amedrentarse por muchos fantasmas, brujas y espantajos que en su camino tuvieran la desfachatez de atravesarse.

A la derecha, una sombra más negra hacía resaltar su negra cúpula entre las sombras. Era el panteón de la *Hidalguilla*.

Dirigióse á la casa.

La puerta hallábase entornada. Pensó llamar. El respeto á la muerte le contuvo.

Ató el caballo á una reja. Entró.

Un rayo luminoso guióle en la oscuridad...

En el suelo, entre dos candelabros, estaba el ataúd.

Reprimiendo un primer movimiento de sorpresa, Enrique quedó mirando á la desdichada niña.

Juntas las manos, cerrados los ojos, el rubio pelo suelto, su cara de marfil se confundía con la blancura de sus ropas. A los pies, en la falda, un puñado de florecillas silvestres.

La casa continuaba sumida en el silencio. Apenas, fijando la atención, contenido el aliento, alguno de esos ruidos que la noche deja oir, ruidos extraños que el pausado y desigual chisporroteo á veces interrumpe, por momentos ahoga: el débil sonido intermitente de un insecto; algo que á los lejos cruje; el viento que sopla afuera azotando las ramas de los árboles...

Cerca del ataúd, una silla parecía aguardarle.

En la desnuda pared destacábase ingente la masa de un piano. Sobre él un pequeño florero de cristal vacío.

Menacho se sentó.

Eulalia, la niña muerta, dormía.

Era una belleza sencilla, interesante; una belleza de lirio tronchado, de azucena marchita.

Los rasgos puros del inocente rostro, aun no fueran alterados por la muerte.

Una línea fina, ligera, rayaba la tersura de su frente. La boca se contraía en sonrisa fugaz, mezcla de resignación, de dolor pasado, de ventura entrevista.

Involuntariamente se sentía Enrique atraído po aquella sonrisa yerta, ingenua, de expresión indefinible. Un sentimiento de vivísima piedad llenaba su corazón. Ideas nunca soñadas surgían en su mente, deslumbraban su inteligencia como chispazos mágicos de un mundo superior desconocido.

La sonrisa de los muertos...

¿Qué misterio se esconde impenetrable detrás de la sonrisa de los muertos?

¿Por qué los muertos sonríen?

¿Es la muerte un dolor?

¿Es una liberación?...

La cera continuaba ardiendo. Las oscilaciones de la llama agitaban las sombras, daban vida á las facciones de la muerte. Su carita blanca parecía animarse; la sonrisa de bondad que cerraba sus labios seguía el hilo de los pensamientos de Enrique. Había momentos en que creyera que los ojos pugnaban por abrirse.

La sonrisa de los muertos...

¿Por qué la temida Parca deja su huella impresa en un gesto de sutil ironía que á veces hasta el sarcasmo llega, que algunas en mueca se convierte de terror, pero que nunca es indicio de los horribles sufrimientos físicos que á la muerte creemos acompañan?

¿Por qué sonríen con dulzura los labios juveniles de los que, muertos en flor, sólo gustaron el amargo cáliz con que la vida les brindara?...

¿Será que hay un instante supremo, entre la vida y la muerte, en el que la materia, no abandonada enteramente aún, refleja todavía los destellos del alma que empieza á vislumbrar su futuro destino?...

¿Dónde está el más allá?

¿Qué hay después de la muerte? ¿Qué hay después de ese tránsito, cuya idea nos angustia?...

... Los muertos lo saben. Sus labios, sonriendo, nos lo dicen. Es algo muy sencillo, muy sencillo... La clave del enigma que la Humanidad ansiosa busca está en esa sonrisa...; en esa sonrisa que los hombres jamás descifrarán.

....

Enrique volvió á la realidad.

¿Qué tiempo había transcurrido? Las velas casi se hallaban consumidas.

Una sensación de malestar, de disgusto, empezó á invadirle. Sentía agudos deseos, necesidad imperiosa, urgente, inaplazable, de sacudir aquellas emociones, de desechar aquellas ideas, aquellos pensamientos que oprimían su cerebro, que envenenaban su espíritu, que le aplastaban con frialdad de losa, que le empujaban, que le encerraban, que le sepultaban entre las cuatro paredes de una tumba.

Allí debía haber alguien; alguien que le acompañara en el piadoso deber. Aquel padre egoísta y atrabiliario, ¿por qué no venía á velar á su hija?

Agotada la caja, el último fósforo quemábale ya los dedos.

A nadie hallaba; nadie respondía.

Quedóse á obscuras...

Una escalera tropezaron sus pies.

Al cabo de ella, en el lejano fondo de negro corredor, flotaba indecisa vaga claridad.

Iluminada débilmente por los cristales esmerilados de una vidriera, la reducida estancia era un pequeño gabinete destinado á tocador.

Sus muebles, adornados con femenil aliño, aparecían revueltos. En el mayor desorden se hallaba todo abandonado.

Sobre una mesita, donde los frascos y cepillos se mezclaban con ropas de mujer, en un espejo, Enrique vió reflejada su propia imagen.

A la puerta vidriera, escape tal vez de alguna alcoba, se dirigía, cuando un rumor, imperceptible casi, creyó sentir; un rumor de algo que roza, de algo que se desliza, de algo que por el aire va.

Escuchó... Nada se oía.

Mas de repente sus miembros se paralizan. Nadie había podido entrar; ningún ruido se produjo; pero Enrique no estaba solo. Esa fuerza magnética que en la obscuridad y en el silencio de la noche nos avisa la presencia de una persona, ponía sus nervios en tensión, advirtiéndole y previniéndole la inminencia de algo extraordinario.

Sin saber por qué, miró al espejo, y en el espejo una figura blanca aparecía...

¡No! ¡No! Era imposible... Sus ojos le engañaban; deliraba su mente... Era imposible...

Sobreponiéndose al súbito terror que le amagaba, volvió los ojos, y... juntas las manos, el rubio pelo suelto, en actitud dolorida y suplicante, inmóvil en la entrada, ¡estaba la muerta!

No era ilusión, no; era ella misma, era ella misma que volvía de la región de las sombras; la muerta que abandonaba su ataúd. Sus manos de alabastro aun juntaban los afilados dedos, pero sus ojos abiertos se entornaban, imploraban con inquietud, y la sonrisa de paz y bienaventuranza borróse de su boca. Un extraño deseo se retorcía y temblaba en los trémulos labios...

¿Qué espantosa alucinación le dominaba? ¿Por qué le perseguía aquella mujer? ¿Qué pedía, qué imploraba, qué quería aquel espectro, cadáver resucitado, ó lo que fuese aquella endemoniada aparición? ¿Qué abominable monstruosidad había en todo aquello?

La sangre se agolpaba en su cabeza.

Ella avanzaba:

—No..., no te vayas—rogó con voz tierna, dulce, como un suspiro.

Y avanzaba más, y le tocaba ya, y abría los brazos envolviéndole con sus miradas arrulladoras.

Un asco infinito, una repugnancia invencible, dióle valor. Desclavando sus pies del alfombrado suelo, en un salto nervioso, intentó ganar la puerta.

Entonces una mano rígida y fría, una mano de hierro, agarrotó la suya, y aquellos ojos que amorosos le miraban, fulguraron con satánica rabia:

—¡¡No!! ¡¡No te irás!! -rugía entre espumarajos.

En lucha desatentada con lo sobrenatural, imponiéndose á sí mismo, Menacho tuvo fuerzas para resistir las acometidas de la horrible furia, que abrazada á él, le estrujaba con sus músculos de acero, que una y otra vez intentaba estrangularle.

En un esfuerzo titánico, reuniendo todas sus energías, que á abandonarle comenzaban ya, consiguió desasirse, escapando veloz.

Pero aquella casa estaba encantada. Era un laberinto inmenso. Tropezando y cayendo daba vueltas y más vueltas por las espirales de un corredor infinito, que nunca se acababa, sin acertar con la salida. Las puertas cedían á su paso, y en otro laberinto de habitaciones se perdía, hasta salir otra vez á las eternas espirales.

Ya el piso se inclinaba bajo sus pies; la casa entera crujía y se bamboleaba, como un barco juguete de las olas.

El corazón saltábale del pecho.

Estrafalarias formas, blancuzcas nebulosas, surgían en las tinieblas.

Y entre los círculos del embrujado aquelarre una figura emergió; una figura sombría y encorvada, de faz rugosa, que en él clavaba sus siniestros ojos.

Enrique despertó.

Estaba en su propia cama, en su cuarto de la fonda.

¡Qué horrible pesadilla había agitado su sueño!

Pero, ¿era realmente un sueño? Porque él juraría que estuvo en la Quinta de la Hidalguilla... Sí; estuvo, no había duda. Poco antes de cenar, Burgoa, con lágrimas en los ojos, le había pedido que fuese, y él había ido á caballo—como que fué él mismo por el caballo al cuartel -y durante buena parte de la noche acompañó el cadáver de la novia de su amigo... Mas, después, aquella horrenda aparición, aquel eterno vagar por la casa desierta, aquellos fantasmas, aquella figura estrambótica que viera...

Indudablemente, todo había sido un sueño, y un sueño bien infantil. ¿A quién se le ocurre que en medio del campo, en una casa abandonada, va á estar una muchacha muerta en su ataúd entre dos velas, sin que haya allí nadie, absolutamente nadie, más que fantasmas y duendes? Y si no, ¿cómo había regresado? Algo, sí, quería recordar también: un galopar vertiginoso, en el que la carretera desaparecía bajo los pies de su caballo; el aire azotando su rostro sudoroso de borracho...

¡Bah! Este era el complemento del sueño. Pícara imaginación, y qué bien arregla sus mentiras. Nunca creyera tener tan poco firmes los sesos. De fijo que bebió en el café, y si hablaron de Burgoa y de sus rarezas desde que se echó la novia, para qué decir más; él tuvo la culpa, él, ayudado de los desatinos y simplezas que sobre la Quinta de la Hidalguilla contaban los ignorantes.

El ordenanza entró andando de puntillas, para no

hacer ruido, sin que hubiera un solo mueble en el que no tropezara.

—¡Fulgencio!—gritóle Menacho, incorporándose en la cama—. Abre allí y ven acá.

Fulgencio abrió las maderas del balcón. Depositó en una silla, con todo cuidado, las prendas de vestir, que dobladas traía sobre las palmas de las manos. Después, con el mayor respeto y bien juntitas, acercó á la mesa de noche las botas, que de un dedo le colgaban.

—¿Cuándo vine yo anoche?—interrogóle Menacho.

—Como venir, mi capitán, como venir...

—Sí, hombre, sí. ¿Qué hora sería cuando yo vine?—insistió aquél.

—Mi capitán, serían las once, si no eran más bien las once y cuarto—respondió el ordenanza—, y mi capitán me dijo que no tenía nada que decirme.

—Bueno; está bien. Vete.

Pero Fulgencio no obedecía. Cuadrado militarmente, miraba á su capitán con dudosa seriedad, como si tuviese algo más que referir sobre el asunto.

—¿No me has oído?—insistió Menacho—. Pues entonces, ¿qué haces ahí pasmado como un tonto? ¿De qué te ríes, imbécil?

—Es que no me río, mi capitán—contestó Fulgencio, poniéndose instantáneamente serio, y volviendo en seguida á recobrar su maliciosa sonrisa—; pero es, mi capitán, que el señorito debió salir otra vez.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿A dónde fuí?—preguntó con interés Menacho.

—Yo, como saberlo, no lo sé, porque mejor lo sabrá el señorito; pero si mi capitán no me regañara, si el señorito no se enfadara, yo le diría...; esto si el seño-

rito quiero saberlo por saberlo y no quiere saberlo para reirse de mí.

—Sí; dímelo, dime todo lo que sepas; que quiero saberlo, que no me enfado—insistió imperativo y con ansiedad Menacho.

—Es que es una cosa que había en una manga..., pero no sé si luego mi capitán..., porque si me regaña y me dice que para qué me meto...

—¡Quieres hablar, con todos los demonios!—gritó Menacho, colérico ya—. ¡Quieres decir de una vez lo que sea! ¡Dilo, pedazo de animal, dilo, que siempre será una estupidez propia de ti!

Fulgencio comprendió que las palabras sobraban y que no había escape posible. Metió la mano en el bolsillo y, desenvolviendo un papelito doblado, sacó de él y extendió ante los asombrados ojos de Menacho unos cabellos rubios de mujer, largos, brillantes, ondulosos.

Momentos después Enrique Menacho entraba violentamente en el cuarto de banderas.

Sentado á una mesa, la cabeza entre las manos, Burgoa miróle con tristeza. Bien á las claras indicaba su aspecto que allí había pasado, sin dormir, la noche.

Ante él, en pie, cejijunto é indignado, sin preocuparse de disimular su cólera, Menacho empezó á interrogarle con acritud.

Burgoa en seguida creyó comprender.

—Perdona, Enrique—dijo—, que anoche me olvidé advertirte... Arriba, con el padre, está Rosalía—otra desgracia—, la loca, su hermana gemela... ¿Es que bajó? ¿Hizo la desdichada alguna de las suyas?... (1).

(1) Véase el Apéndice.

EL TRÁNSITO DE TOBÍAS

Al quedarse viudo el buen prestamista sintió oscilar el mundo bajo sus pies como si á detener fuera su marcha á través del vacío. Sentado tras el sórdido mostrador de su guarida, rechazaba maquinalmente las ropas usadas que á empeñar llevaban los humildes moradores del barrio, ó si de un traje recién hecho ó de una sortija de oro ó de pendientes con piedras se trataba, en virtud igualmente de la inercia, hacía un esfuerzo y aventuraba la oferta de tres ó cuatro pesetas de legítima plata, mientras recogía en sus estuches respectivos el arsenal de lupas, reactivos y piedras de toque, que para el minucioso análisis previo utilizara. Pero tan pronto le dejaban solo, don Tobías se abismaba en tenebrosa abstracción. Todos los actos del corriente vivir, todas las cosas, todas las personas, le recordaban á la muerta. En aquellos tristes atardeceres, singularmente, cuando una por una iban iluminándose las tiendas de la estrecha calle, don Tobías rememoraba los pronósticos de *ella* augurando la bancarrota á la estanquera de enfrente y al salchichero de la esquina por tan fastuoso derroche de luz.

Entonces los ojos del prestamista brillaban en la

obscuridad cual los de un gato, y fijos en la puerta de entrada contemplaban indiferentes el desfile de las airosas vecinas de castizo mantón, de los pacíficos menestrales, de los organilleros, de las prostitutas. La vida entera, aquella vida suya de privaciones y cicaterías, giraba rápida ante sus vagas miradas, desde los primeros negocios realizados con los productos de las sisas aportadas por ella al matrimonio, hasta el momento solemne aquel en que, en la agonía ya, le exigió que no volviera á casarse, porque ella no quería que el capital con su trabajo y su sudor amasado fuese á parar á manos extrañas:

—¡Y me lo has de jurar!—había agregado en tono menos solemne—Porque, á pesar de tus sesenta y siete cumplidos, te creo capaz de todo.

Por eso cuando, al anochecer de los domingos, salía de su agujero don Tobías para ir un rato al café, si algún amigo, tomando pretexto de verle llevar encima todas las alhajas y baratijas del establecimiento, trataba de embromarle con un supuesto segundo matrimonio, el usurero poníase serio, dejaba de engullir el trozo de media tostada que aquella noche constituía su cena, y con la mayor gravedad decía:

—El puesto que Ceferina Rebollo ocupó en mi casa, Ceferina Rebollo únicamente volvería á ocuparlo.

Y en efecto, nunca jamás contrajera segundo matrimonio el muy bueno de don Tobías, si una pasión volcánica no se adueñara de su pecho y le obligase á conducir al altar á Juanita, la hija de Sebastián el colchonero, que furiosamente, con el calor de sus diez y siete primaveras, correspondía al violento amor de don Tobías.

Y fué de ver la transformación rápida de éste, que

no se cansaba de decir, á cuantos querían oirle, que se encontraba más joven que nunca y que su felicidad la debía á aquel ángel que le adoraba. Aquélla sí que era una señorita... y no la pobre difunta, que, aunque muy buena también, fué siempre zafia, tosca y bravía como una rabanera. Así se explicaba que él se hubiera visto precisado á echar de casa, plantándolos en la calle, á los gandules de sus hijos y á las arpías de sus hijas, que sin pizca de respeto al autor de sus días, habían cubierto de improperios é insolencias sus venerables canas, y á poco más sacan los ojos en sus propias barbas á la inocente criatura culpable sólo del dulce delito de amor.

Pero la rencorosa Natura, que no perdona á quien sabe arrancarle el secreto de la juventud, tampoco perdonó á Tobías; y una hermosa mañana de primavera, cuando todo le sonreía y cuando más joven y más fuerte que nunca se encontraba, moría en su lecho nupcial incrustado en nácar con guirnaldas de amorcillos, llamando á gritos á sus hijos y pronunciando otras incoherentes frases, presa del mayor terror, como si hacia él avanzara sus zarpas algún monstruo horrible y amenazador.

Y la inocente Juanita, mientras se apresuraba cándidamente á poner en salvo cuanto dinero y alhajas recoger podía, pensaba que la visión horrorosa que amargaba los últimos momentos de su infeliz marido era la de esa que la gente de pluma conocemos por la Fría, la Pálida, la Desdentada, la Implacable ó la Hedionda, y á la que ella de más gráfica manera, con el resto del ignaro vulgo, llamaba sencillamente la Muerte Pelona.

Caída en sopor extraño y profundo el alma de Tobías, sintió que unos dedos como garfios le estrujaban y ahogaban y se le introducían por todos sus intersticios naturales. Vuelto en sí, hallóse entre las garras de un diablo bastante mal fachado y con trazas de alguacil, quien, ante sus rugidos de terror, procuró tranquilizarle asegurándole afablemente que su presencia y compañía, aunque no fueran muy gratas, en nada prejuzgaban la cuestión principal; sin que tampoco hubiera motivos para tan exagerado terror, pues aparte de que cada vez se iba abriendo más la manga, todo quedaría reducido en último término á unos miles de años más ó menos de purgatorio, ya que el infierno de hecho se estaba amortizando, desde que unos sabios profesores alemanes habían demostrado con su habitual competencia los inconvenientes é ineficacia de las penas capitales. Y en cuanto al tratamiento recibido que tanto extrañara, era sencillamente una requisa con todas las almas practicada y muy singularmente con las de usureros y viejos avaros, dentro de las cuales era frecuente hallar *peluconas*, *luises* y otras monedas de oro de diferentes cuños que conseguían pasar de matute mediante ciertas fórmulas mágicas. Y en prueba de verdad de tal su aserto podía mostrarle una libra esterlina procedente de una solterona millonaria, por él usada en forma de dije para el reloj y exhibiéndola del lado del San Jorge por parecerle más artística y ser él diablo de espíritu amplio y poco meticuloso.

Más sereno ya Tobías, al conocer el parlamentario carácter de su cornudo acompañante se dispuso á seguirle, reparando entonces que no estaban solos, pues á su lado y cubriéndose el rostro con las alas se halla-

ba el ángel de su guarda, el cual por su naturaleza bondadosa y por sus pocas palabras parecióle un tanto simple y bobalicón.

De otras muchas cosas se fué enterando por el camino; pero nada le asombró tanto ni le causó mayor pesadumbre como aquello de saber que el dinero era transportable de un mundo á otro, y que podría serle útil en su espiritual estado A sus observaciones replicaba el diablo que era un error crasísimo, no por muy difundido menos lamentable, el de suponer que el dinero sólo puede aprovechar á las almas cuando se invierte en sufragios y responsos, pues para los efectos del juicio postrero resulta mucho más práctico emplearlo en captarse las simpatías de todos los demonios que, á título de simples curiales ó de escribanos letrados, en su preparación y sustanciación intervienen, ya que es cosa sabida que tales oficios les están de inmemorial encomendados, y no siendo menos evidente que los jueces más justos se dejan siempre influir en poco ó en mucho del personal que les rodea; por todo lo cual lo mejor y lo más seguro es emprender el viaje eterno con un buen repuesto de onzas, y es harta necedad la de dejar á herederos ingratos, haraganes y codiciosos lo que de tanto provecho puede servir á uno mismo.

Poco á poco fueron saliendo de la región de las sombras y entrando en otra donde cruzó Tobías con su cortejo por diferentes dependencias en las que, examinándole de pies á cabeza, le ponían un sello en las costillas y le hacían pasar á la inmediata. En unas había grupos de ángeles de las últimas categorías, examinando expedientes en elevados pupitres, iluminados por cerúlea luz; se acompañaban, entonando á coro monótonas salmodias. En otras, los grupos eran de

diablos mal olientes que alrededor de un brasero se arremolinaban, fumando, bebiendo y entregándose á toda clase de groseras expansiones. Estos, al ver que se trataba de un insolvente, juraban como carreteros, lanzaban llamaradas y espumarajos por la boca y caían á una sobre él, haciéndole desaparecer bajo un diluvio de coces, pescozones, latigazos, cornadas y mordiscos.

Por fin, el alma magullada de Tobías, cubierta de etiquetas y de sellos, como maleta de viajante, llegó á un amplísimo espacio cuyos confines azules en el infinito se perdían. En él lucían esplendorosos los astros y flotaban nubes de las más bellas formas y colores, en las que se posaban miriadas de espíritus celestes.

Multitud de angelitos de nalgas sonrosadas jugueteaban, revolcándose en un celaje tornasol, produciendo armonías deliciosas. Luego, al ponerse de pie y al sacudirse las alas, agitándolas rápidamente, despedían gotas infinitas de vapor, de irisados matices, que en lluvia de estrellas se convertía.

Sobre nubes de ópalo y aljófar, cuajadas de zafiros, diamantes, rubíes y esmeraldas, varias docenas de serafines de rasgados ojos azules, de nacarina piel, mórbidas formas y cabellos rubios, guardando la entrada del Paraíso, descansaban con dulce languidez, no exenta de cierta coquetería.

Millares de millares de cabecitas aladas surcaban en enjambres el luminoso espacio, y con maliciosa insistencia acudían al rincón lóbrego y triste donde las puertas del infierno dejaban escapar las horribles blasfemias y el crujir de dientes de los réprobos. Allí, el portero, pobre diablo asmático y gotoso, se ayudaba á vivir repasando la cartilla á unos diablejos arrodilla-

dos entre sus patas, á los que los traviesos querubes soplaban en las orejas y mordisqueaban en los tiernos cuernecillos, huyendo después en alegre desbandada cuando el irascible dómine los espantaba con sus disciplinas.

Sin darse apenas cuenta de ello, encontróse Tobías ante la presencia del juez de guardia, venerable anciano de luengas y beatíficas barbas, que bostezaba haciendo solitarios con una baraja, que guardó presuroso en un bolsillo de su bata azul.

No había empezado aún á examinarle por las generales de la ley, cuando dos reverendos padres jesuitas, procedentes de un nubarrón que á lo lejos negreaba, se acercaron solícitos, suspendiendo la conversación tirada en que se hallaban engolfados con un fornido demonio, expulsado de los infiernos por sus ideas republicanas, á quien ellos trataban de catequizar con el señuelo de un matrimonio ventajoso. Sin pedir la venia tomaron la palabra, y el uno acusando al reo y el otro defendiéndole, empezaron á entonar una especie de letanía, que bien pronto comprendió aquél era el ritual aplicable á los procedimientos de oficio. Con gran satisfacción suya, notaba que su acusador no sabía de la misa la media en lo que á sus latrocinios podía referirse, pues se concretaba á imputarle generalidades y vaguedades usureriles que á todos los usureros podían aplicarse legítimamente desde que el mundo es mundo y el sesenta por ciento se inventara. Con no menor agrado oía las exculpaciones que su defensor invocaba, atribuyéndole intenciones benéficas que nunca en su ánimo estuvieron, y actos de caridad, limosnas y otras pías liberalidades, de cuya práctica, ciertamente, no le remordía la conciencia. Y buenas

ganas se le pasaban de hacer constar, para que fueran anotados en su haber, ciertos actos y obras de indiscutible piedad por él realizados y de los que nadie se acordaba, tales como: los numerosos y excelentes consejos que desinteresadamente había dado á sus prójimos; las muchas veces que acompañó á los fieles difuntos á su última morada; las no menos numerosas en que encontrándose á un ciego en un camino hubo de ayudarle á cruzar la calle pasándole de una á otra acera, y otros muchos tan misericordiosos y gratuitos cual los citados; pero temiendo que una inspección más depurada aumentase el saldo en su contra, prefirió callarse, dejando á aquéllos decir cuanto buenamente quisieran, y dejándose traer y llevar de su diablo aprehensor y del ángel de su guarda, que á título de *hombres buenos* parecían acompañarle y de cuando en cuando, y alternativamente, tiraban de él mascullando algo entre dientes; trámite obligado de la ceremonia y supervivencia seguramente de las batallas campales que en antiguos tiempos libraban sobre cada alma enjuiciada los espíritus angélicos contra los hijos de Luzbel.

Dos rollizos demonios de cuernos retorcidos, de ojos maliciosos y penetrantes, garrapateando con sus brillantes uñas, rápidos y veloces levantaban acta...

Mas el juicio apenas comenzado, fué interrumpido por un caso de fuerza mayor, tan insólito y repentino, que ni aun siquiera pudo testimoniarse en autos.

Blanca, cristalina y pura cual albor de la mañana, nimbada de áureos efluvios, irradiando felicidad y bienaventuranza, Ceferina Rebollo, cumplida ya su condena, subía al cielo en inefable paz.

Flotando al aire la suelta cabellera, impelida por

blando movimiento, gozosa ascendía Ceferina, juntas las manos, los ojos en lo alto, teñida en dulce púrpura su cara de azucena.

Una sonrisa de amor matizaba su boca; una sonrisa de amor divino, del divino amor que inundaba su alma, del divino amor que la poseía, que la envolvía toda, que rebosaba en ella hasta salir por los labios.

Y Ceferina sonreía con amor á todos los seres y á todas las cosas que en su camino ascensional encontraba.

Y amaba sonriendo á los ángeles que volando pasaban á su lado acariciándola con los hermosos abanicos de sus blancas alas; y amaba sonriendo á los serafines que allá en lo alto asomaban entre nubes y recortaban sus celestiales figuras entre sus irisadas plumas de pavo real. Y sonreía y amaba á las almas como ella pura y que como ella subían. Y á los pequeños angelitos que jugueteaban traviesos. Y á las bandadas de querubines que trazaban círculos en el espacio y la envolvían en ellos. Y á las estrellas de múltiples colores que á su paso encontraba. Y á las nubes blancas y opalinas y tornasoladas, y á las de plata y oro, y á las cuajadas de piedras preciosas que atravesaba y que la envolvían en esplendente aureola. Y á los pequeños celajes que arrastraba tras de sí como si cola ó cabellera de cometa fueran. Y hasta á los mismos demonios amaba y sonreía Ceferina; á los demonios, que con cabruna sequedad volaban agitando sus alas de murciélago...

Y sonriendo y amando Ceferina llegó fatalmente á emparejarse con el marido infiel.

Quizás sin la turbación de éste su presencia para ella pasara inadvertida.

Pero era fatal. Estaba escrito.

Un temblor convulsivo que algo terrible presagiaba, recorrió de talones á cogote el alma de Tobías.

Ella miró al azogado con dulzura. Pero la sonrisa cayó de sus labios casi con la misma presteza que cayera en los abismos el lío de ropa que su brazo cobijaba. Una nube sombría cruzó su tersa frente, y en seguida y en rápidos momentos la blancura de su faz tornóse negra como la pez.

Una risa sarcástica y demoníaca contrajo sus labios haciéndole enseñar los dientes, y rápida, con agilidad de pantera, derribando alguaciles y echando á rodar escribanos, jesuítas y demonios, lanzóse sobre él, hincando en certera presa sus uñas en el cuello de Tobías, que acoquinado se replegaba y encogía.

Imposible describir la tremebunda escena.

Las esferas temblaron. Durante largas horas un revuelo inmenso, que en fugitivas infinitas ondas se replegaba á los últimos ámbitos, ensordeció el espacio. Los ángeles caían en racimos víctimas de dislocaciones y síncopes. Las cabezas de los querubes chocaban unas con otras, con ecos de carambolas, que levantaban chichones á granel...

Una figura gigantesca y terrible se alzaba en jarras teniendo á sus pies á un alma traqueteada, maltrecha y dolorida.

Y en las profundidades del averno rugía siniestra la carcajada de Satán.

APÉNDICE

COINCIDENCIAS LITERARIAS

Si algo más fuera yo que un mero aficionado á cosas de literatura; si por echarlas en serio de escritor tuviese ya mis pretensiones profesionales—que sí las tendría á poco intelectual que me encontrara—, dudo mucho, querido lector, que el inevitable amor propio me permitiera hacerte la confesión que á seguida hallarás, si leer quieres.

Tal vez, á fe, mejor hiciese, porque apostara contra sencillo doble á que esta espontaneidad para maldita de Dios la cosa de servirme habrá, como no sea para desmerecer en tu concepto—fin ciertamente nunca perseguido—, pues no has de creer lo que á decirte voy por más que afirme y jure, si preciso fuere, que la verdad en mis palabras resplandece.

Y si no, vamos á ver. ¿Serías capaz de admitir como posible y verosímil que yo—yo ú otro cualquiera autor desconocido; pongamos otro para que con toda libertad y sin consideración á mi persona respondas—; aceptarías como bueno que un señor que sólo escribiera en su vida cartas á la familia y tal cual articu-

lejo periodístico, agarrara un día la pluma y, cuartilla tras cuartilla, enjaretase en un decir ¡Jesús! un cuento fantástico con el argumento mismo que en otro suyo empleara Guy de Maupassant?

Un poquillo gordo para tragar parece, ¿verdad?

Pues, y si como disculpa añadiera el afortunado *coincidente* que él no había leído á Maupassant y que la casualidad llevó á sus manos, después naturalmente de escrito el cuento de marras, una traducción de aquel autor, pesetera por más señas y publicada hacía ya sus buenos veintitantos años, en la que viera el desagradable hallazgo, que en conocimiento del público respetable se apresuraba á poner, para que nadie fuera osado á suponerle de plagio sospechoso, tú ¿qué dirías?

¡Ah lector querido! Dí lo que quieras, que ya puedes decirlo, pues eso que lees, ni más ni menos, es lo que á mí me ocurrió con *La Quinta de la Hidalguilla*.

Y para que con más conocimiento de causa enjuicies, ahí va tal y como pasó, pues aunque quizás estas interioridades de confección sólo á los maestros les esté permitido divulgar, otra ventaja que todo escritor adventicio tiene, y de la que yo no quiero desprenderme, es la de poder decir, sea preguntado ó no, cuanto en gana le venga, sin pararse á mirar si estará bien ó mal dicho, si será ó no oportuno, y si sufrirán con sus palabras mengua ó quebranto, grave ó menos grave, las sagradas normas regidoras de la andante y militante caballería literaria.

Sabrás, pues, cómo yo, por obra y gracia de la natural cortedad de mis facultades imaginativas, nunca acerté á poner pluma en papel, fuera novela ó cuento,

crónica ó artículo lo que pergeñar intentara, sin que la Realidad, mi señora, se hubiese antes dignado favorecerme con un argumento ó tema, que después yo amasaba ó tejía á mi manera y modo, desfigurándololó las más veces y estropeándolo seguramente algunas.

Así, y envidioso, ¿por qué no decirlo?, de la facilidad creadora de los demás, fuí componiendo uno tras otro los diferentes cuentos que en este volumen aparecen—cuyas particulares historias si interesantes las considerara trabajo ninguno me costaría narrarte—; y cuando coleccionados hallé los frutos de mis ocios, aderezados por el ingenio pobre mío con las referencias que el azar casi siempre me deparara, nació en mi mente la descabellada idea de publicar el presente libro.

Con satisfacción, que en el santo tribunal de la penitencia no he de ocultarte, observé que el carácter fantástico preponderaba en ellos, lo cual hubo de alegrarme sobremanera, porque me daba legítimos ocasión y derecho á estampar á su frente, en grandes letras, el título de *Cuentos Fantásticos*, calificativo que, de no andar escarmentados y recelosos por las paparruchas que similarmente rotuladas continuamente se lanzan al mercado, aumentaría el número de mis lectores, pues bien sé son muchos los que, cual si no tuvieran de tejas abajo bastantes materias en las que pensar y de las que ocuparse, se andan á caza de misterios alargando las narices y husmeando las costuras, pliegues y zurcidos del velo que, para tormento y desesperación de impacientes indiscretos, encubre y tapa lo que sobrenatural llamamos.

Pero al descender á detalles, al analizar una por una las diferentes clases de fantasías que mi presunto libro

había de contener, eché de menos alguna que, sin salirse del género que á todas unifica, diera, por así decirlo, una nota más aguda en la armonía del conjunto.

Mucho hube de calentarme la cabeza en busca del argumento deseado, y ya desesperaba de encontrarlo, cuando una casualidad venturosa, que fácilmente de providencial reputé, púsolo ante mis ojos tan rematado y completo, tan apetitoso y atrayente, que ya el cuento estaba hecho y apenas si necesitaba para ser servido de una vuelta en la sartén, cual fresco trozo de blanca merluza que entreabre rozagante la cesta de la compra.

Y fué que un mi amigo á quien leyera un día el que *Espiritismo* titulo, tan pronto hube su lectura terminado:—Pues eso parecido es—me dijo—á lo que le ocurrió á mi amigo *Fulano de Tal.*—Y como le preguntase cómo fuera el caso aquel á *Fulano de Tal* ocurrido, pasó á contarme el asunto que, en fundamentales líneas, constituye la trama de *La Quinta de la Hidalguilla.* El bizarro militar (no menos embustero que bizarro, según todas las muestras), á quien un compañero pide vaya á velar á su difunta novia; la partida á caballo, la llegada á la casa, el pasar del tiempo ante el ataúd, la sensación de malestar subsiguiente, el decidirse á buscar compañía; la aparición, en fin, del fantasma «que peine en mano quiere obligarle á peinar su suelta cabellera»; la lucha, la huída; y al día siguiente el no saber si fué sueño ó realidad, hasta que el ordenanza le muestra el mechón de cabellos; y, por último, la explicación lógica y natural de tan macabro enredo.

Fascinado por la originalidad de la idea, dándola vueltas para darla forma, pasaron muchos días, hasta

que el cuento salió, ajustado en sus rasgos generales á lo que yo tenía por verdad, de la que apenas si únicamente separade me había en el detalle del *peine*, que, aunque muy verosímil, me pareció demasiado vulgar y totalmente inadecuado al desarrollo de los sucesos que mi imaginación forjara.

¡Cuál, pues, no sería mi sorpresa cuando, en el volumen titulado *La Mancebía*, de la Casa Sempere, de Valencia, llego á topar con el desairado *peine* en el cuento *Aparición*, que en resumen, y para los que no lo conozcan ó recuerden, es como sigue:

En una reunión el marqués de la Tour Samonel, militar de ochenta y dos años, relata la aventura inexplicable que ha sido la obsesión de su vida. Hallándose de guarnición en Rouen, encuentra un día á un antiguo amigo, quien le cuenta su desgraciada vida. Locamente enamorado de una muchacha, se había casado con ella, y después de un año de dicha desenfrenada, murió repentinamente enferma del corazón; el mismo día del entierro abandonó él la quinta y se fué á Rouen, donde, solitario y desesperado, sólo pensaba en el suicidio... Terminado el relato, pidió al marqués que le hiciera el gran servicio de ir á la quinta y llevarle unos papeles, que encontraría en la mesa de la habitación conyugal, en la que él no entraría por nada del mundo. Invitóle á almorzar, y durante el almuerzo, muy excitado, explicóle lo que tenía que hacer: recoger tres paquetes de cartas de un cajón cuya llave le entregó. Dióle también una carta para el jardinero. Y, á la una de la tarde, con un tiempo espléndido, encaminóse el marqués hacia la quinta, «poseído de una »de esas alegrías de vivir que le llenan á uno, sin sa»ber por qué, de una felicidad tumultuosa y como im-

»palpable, de una especie de borrachera de fuerza». Al aproximarse á la quinta, sacó la carta para el jardinero, y al ver que el sobre estaba cerrado, se irritó por la indelicadeza y estuvo por volverse atrás. De entre yerbajos y ruinas salió el jardinero, quien pareció estupefacto al ver al marqués; leyó y releyó la carta, y al saber que quería entrar en la casa se quedó aterrado y balbuceó: «—¿De modo que va usted á... su cuar»to?» El marqués empezó á impacientarse: «¡Por vida »de...! ¿Va usted ahora á interrogarme? ¿A usted qué »le importa? —No, caballero..., pero es que... es que »esa habitación no ha sido abierta desde... desde la... »muerte. Si quiere usted esperarme cinco minutos voy »á ver... á ver si...» Colérico el marqués rechazó al jardinero, que continuaba oponiendo reparos. Penetró en la casa y al poco rato se hallaba en la habitación indicada; era «una gran pieza en desorden, una cama »sin sábanas, pero conservando los colchones y las al»mohadas, sobre una de las cuales se veía la huella »profunda de un codo ó de una cabeza, como si acaba»ran de colocarse encima... Dos ó tres sillas estaban »caídas en el suelo y noté que una puerta, la de un ar»mario sin duda, había permanecido entreabierta.» En la semiobscuridad dirigióse á la mesa y abrió el cajón. «Estaba haciendo esfuerzos por descifrar los so»brescritos, cuando me pareció oir, ó mejor dicho sen»tir, un rozamiento detrás de mí. No le dí importan»cia, pensando que una corriente de aire habría movi»do alguna tela ó alguna cortina. Pero al cabo de un »minuto, otro movimiento casi indistinto me hizo sen»tir sobre la piel un singular, ligero y desagradable »estremecimiento. Era tan tonto, tan pueril, sentir la »insignificante emoción, que por pudor á mí mismo no

»quise volver la cabeza. Acababa de encontrar el »segundo de los paquetes que buscaba y había des»cubierto ya el tercero, cuando un penoso y profundo »suspiro, lanzado sobre mi hombro, me hizo dar un »salto á dos metros de distancia... Una mujer alta, »vestida de blanco, me miraba de pie delante del si»llón donde yo estaba sentado un segundo antes.» El marqués se estremeció; estaba aturdido, enloquecido, sin saber lo que hacer. La aparición, mostrando un peine de concha, murmuró: «Péineme usted, ¡oh! péi»neme usted; eso me aliviará, me curará: es necesario »que me peinen. Mire usted mi cabeza... ¡Cuánto su»fro, y mis cabellos qué daño me hacen!» Él la peinó como un autómata y ella desapareció luego por lá puerta entreabierta, que quedó cerrada é inquebrantable. Invadido por el pánico, el marqués recogió precipitado las cartas y salió; encontró el caballo y partió á galope. Llegó á Rouen, se encerró en su cuarto. «Iba ya á suponer todo lo pasado una quimera, una »ilusión de mis sentidos, cuando me aproximé á la »ventana. Mis ojos por casualidad descendieron sobre »mi pecho. ¡Tenía lleno el dolmán de cabellos de mu»jer, largos y negros, que se habían enredado en los »botones!» Queriendo reflexionar lo que había de decir á su amigo, envióle las cartas con el ordenanza, á quien preguntó con mucho interés por él, pareciendo inquietarse al saber que estaba algo enfermo á causa del sol que había tomado en el camino. Al día siguiente el marqués fué á verle, pero no le encontró ni volvió á saber de él. Entonces dió parte á la policía. «Se prac»ticó un minucioso registro en la quinta abandonada. »No se descubrió nada sospechoso. Ningún indicio »reveló que allí hubiera estado oculta una mujer. La

»investigación judicial no dió resultado alguno y na»die se volvió á ocupar más del asunto. Y desde hace »cincuenta y seis años—termina diciendo el marqués »—no he tenido noticia de todo aquello. No sé más.»

Tal es el cuento de Maupassant por mí *plagiado* inocentemente, merced á la vanidad de ese amigo de mi amigo que creyó oportuno apropiarse el argumento, como si realmente á él le hubiera sucedido.

Porque la idea es innegablemente la misma, y nadie que haya leído á Maupassant podrá creer que el argumento de la *Quinta de la Hidalguilla* se funda en un suceso real. Mi cuento, pues, con relación al de Guy se encuentra lo mismo que el nieto con respecto al abuelo que no conoció, del que, sin saberlo, hereda cualidades esenciales de temperamento y carácter. Y puesto que á la fuerza ahorcan, mi cuento siéntese orgulloso de su abolengo ilustre.

Mas no creas que por ello le avergüence el haber nacido de un relato á todas luces sospechoso de embuste, pues á mi manera de ver las modificaciones introducidas por mi desconocido colaborador más le mejoran que le perjudican, y casi me tientan á darle las gracias, enviándole con ellas mi generoso perdón.

Y tú, lector, si malicioso eres, dirás á esto que yo, enmendando la plana á Maupassant, procedo ahora con la misma desfachatez que aquel acreditado ratero que habiéndose apoderado del reloj de uno de nuestros primeros astros coletudos y no encontrándolo de tanto valor como él pensara, envióle una esquela que venía á decir: «Muy señor mío: Por una equivocación que lamento, he aligerado á usted de esa cazuela indecente con la que iba presumiendo por las calles; pero puede estar tranquilo porque, como no lo merece, no volverá

en lo sucesivo á trabajarle su afectísimo *El... N.*»
Ciertamente no es la mejor ocasión de murmurar de Maupassant; pero, dejando sus excelencias á salvo, ¿no te parece que el gran escritor trató el asunto con poco cariño? ¿No es una desgracia que ese buen marqués de la Tour Samonel, de quien Maupassant no dice fuera rematadamente tonto, estuviese cincuenta y seis años buscando una solución que cualquiera de sus oyentes encontraría en seguida? Porque, si el amigo de la quinta no quería ir á ella ni á tiros después de la *muerte* de su mujer, y entregaba cerrada la carta para el jardinero, y el jardinero balbuceaba y quería impedir la entrada, y por último aparecía una loca, muy bien que el señor marqués corriera á la desesperada en el primer momento, porque el miedo es libre; pero después debió pensar que el gallo tapado que allí había asomaba ya la cresta, y lo debió pensar, no encerrado en su habitación con la cabeza entre las manos, que no consta tuviese motivos para ello, sino sobre la marcha, encaminándose á la casa de su amigo; éste sabría por qué había muerto para él aquella loca y por qué habiéndola querido tanto tenía ahora tan pocas prisas por verla. Pues, ¿y esa policía y esos jueces que practican registros minuciosos y nada sospechoso hallan...? ¡Ah, si hubiera sido en España! ¡Cómo nos hubiéramos desatado contra ellos...! ¿Pero es que no se les ocurrió interrogar al jardinero? Él les hubiera explicado por qué tartamudeaba y por qué temblaba. ¿Y aquella cama con tan recientes huellas de haber estado acostada una persona...?

Decididamente encuentro mayor interés en la versión de mi desahogado cómplice.

como comprendo que vale más no meneallo, no

insisto y ya sólo me resta por decir que al notar la coincidencia, entre retirar el cuento, dejarlo á ver si *colaba* ó modificarle ligeramente, haciendo desaparecer la semejanza, he preferido cantar claro y decir la verdad.

Tanto más cuanto que será difícil vuelvan á cogerme en otra, pues, con las medidas que me propongo adoptar, trabajo mando al que de mi credulidad y buena fe abusar quiera.

¿Tú no sabes lo que hizo un magistrado á quien robaban la cartera? Pues te lo he de contar en dos palabras, aunque me llames pesado y creas que sólo sé contar cuentos de rateros, en lo que además te equivocarías, entre otras razones por que esto no es cuento, sino *sucedido.*

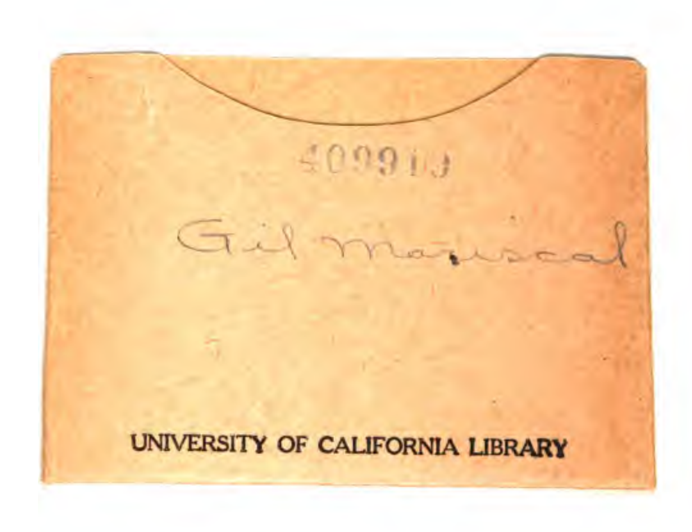
Hace dos ó tres años había en esta Audiencia un magistrado á quien repetidas veces quitaron en la calle otras tantas carteras, hasta que, cansado de la maniobra, se fué á los periódicos con un atento comunicado—por él me enteré del caso—en el que manifestaba la última sustracción de que había sido víctima, y dirigiéndose á sus despojadores suplicábales la devolución de ciertos documentos sin valor ni interés para ellos, les hacía generosa donación de los billetes del Banco, que ellos con tanta impaciencia habían dado por hecha y aceptada, y, con objeto de que en lo sucesivo no volvieran á molestarse, tenía el gusto de poner en su conocimiento que renunciaba al uso de cartera por todos los días que le quedaran de vida.

También yo, siguiendo su ejemplo, renuncio por ahora, y probablemente para siempre, á escribir cuentos fantásticos.

FIN

ÍNDICE


YR 4635
U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003324703


409910
Gil Mariscal
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



DEL MISMO AUTOR

Los Jesuítas (folleto), 1 peseta.

En Villabravía (novela), 3 pesetas.

Ríe (cuentos), 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

El gato de Don Sandalio.

Girones.

El País de Tam-pin-chang.